

SIENKIEWICZ

Sigámosle!!

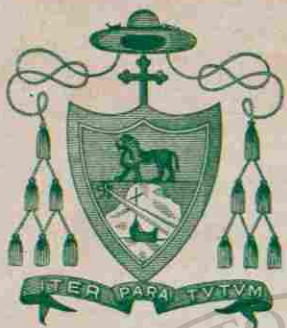


Forba.5

158

2

7

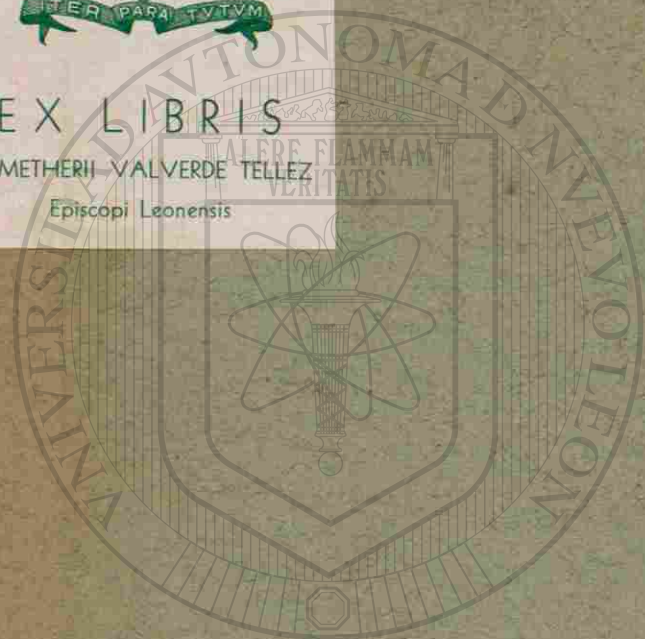


1080022164

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



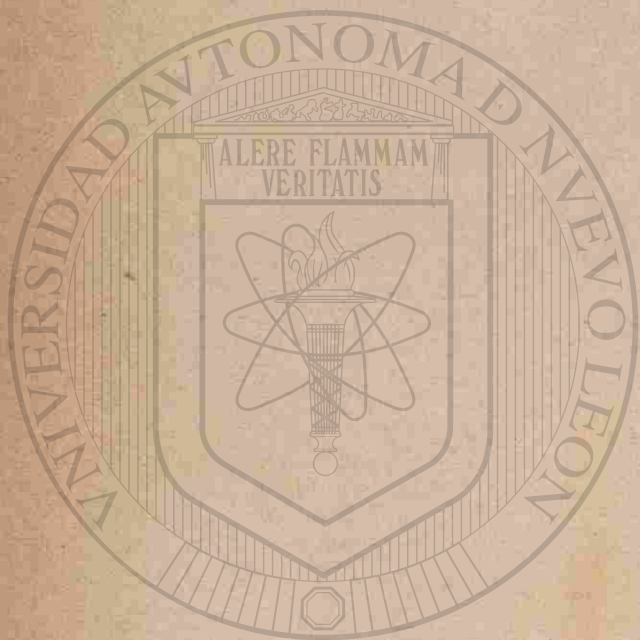
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SIGAMOSLE!

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIB. Y TIP. CATÓLICA
CALLE DEL PINO, N.º 5

BARCELONA
AÑO DE 1902

ENRIQUE SIENKIEWICZ



SIGÁMOSLE!

TRADUCIDO POR M. C. G.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ilustrada con reproducciones de
los cuadros que para la 1.^a edición
pintó el célebre artista polaco
* * JUAN STIKA * *

CON LICENCIA

ECCLESIASTICA

47020

PG 7158

54

55

1902



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ADVERTENCIA IMPORTANTE.—Sienkiewicz, novelista polaco católico, ha escrito numerosas obras, algunas de las cuales no pueden por su realismo excesivo y por al traducirlas haber sido mutiladas ó alteradas con pérdida intención, ser de todos leídas: así, pues, nos permitimos aconsejar que no se lea obra alguna de este autor si no está aprobada por la Autoridad eclesiástica.



PRELIMINAR

En la vida de las naciones, al igual que en la de los individuos, hay horas de sufrimiento, en las que no sin temor se pregunta: *Quo vadis?* ¿dónde vamos? Olvidando ó negándonos á levantar los ojos al cielo, el silencio más desconsolador es la única respuesta; y hombres y sociedades se cansan de luchar, desfallecen y acaban por abandonarse en brazos del desaliento.

La obra cuya primera edición ilustrada ofrecemos hoy á cuantos hablan castellano, es un grito de esperanza que Sienkiewicz

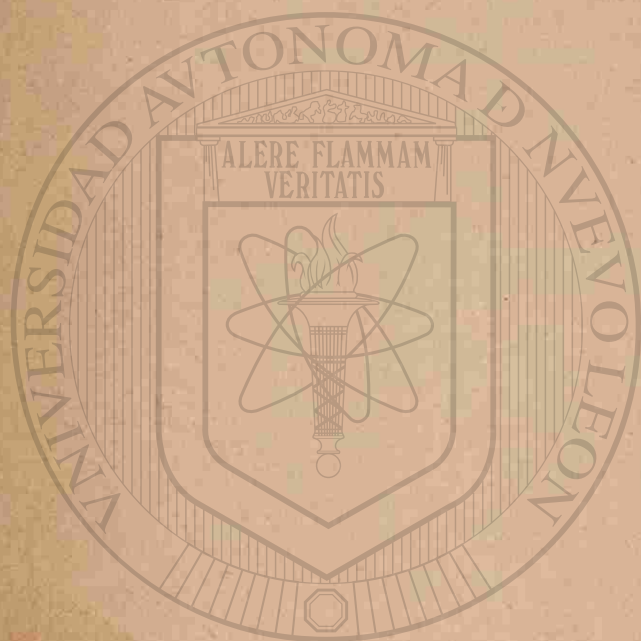
hace vibrar entre sus contemporáneos: Anthea, la hermosa joven, dirige á todos los hombres el conmovedor llamamiento: ¡SIGÁMOSLE! *Eamus ad ipsum!*

Después de haber pintado con singular maestría el estado de la sociedad pagana en *Quo vadis?*, obra cuyo mejor elogio es su éxito grandioso, el autor nos hace sentir en este relato, no muy extenso pero hermosísimo, las luchas de un alma que sufre; y resume todas sus aspiraciones en este grito salido de los labios de Anthea: *Eamus ad ipsum!*

¿Dónde ir? Sienkiewicz nos presenta un alma que vaga errante de ciudad en ciudad buscando apagar el hastio, lograr la felicidad siempre soñada y nunca sentida; va á Roma y la cifra en la gloria,—á Alejandria en la fortuna,—al Didascaleo en la ciencia,—al Gyneceo en el amor,—á Memfis en el reposo,—á Jerusalén en los misterios,—al Calvario en la esperanza,—al pie de la Cruz en la oración: y la felicidad tan deseada la encuentra sólo á los piés de Jesús, el divino Nazareno. *Eamus ad ipsum!*



ANTHEA



CAPÍTULO PRIMERO

Cayo Septimo Cinna, patricio romano, había pasado en las legiones los mejores años de su juventud, y en ellas gustó la penosa vida de los campos de batalla.

Al cabo de unos años regresó á Roma para gozar la gloria, el lujo y la opulencia, que le brindaba su fortuna cuantiosa, pero mal cimentada.

Se entregó á los placeres, saciándose de cuanto le ofrecía la ciudad maravillosa. Pasaba las noches en locas orgías en las suntuosas quintas suburbanas, y los días

ejercitando sus fuerzas en los establecimientos de los *lanistas* (1); hablando con los retóricos en las termas, practicándose en las más variadas disertaciones, y comentando y ampliando las murmuraciones de la ciudad; en el Circo; en las arenas con los gladiadores; entre los hechiceros de la Tracia, y admirando las hermosas danzantes venidas de las islas del Archipiélago.

De su madre, la ilustre Lúcula, había heredado Cinna el delicado gusto por los manjares exquisitos. En su mesa servíanse diariamente vinos de Grecia, ostras de Nápoles y las mejores langostas de Ponto, endulzadas con la miel de Numidia. Los manjares más raros, los mejores que en Roma se vendían, honraban la mesa de Cinna, desde los peces del mar Rojo á la perdiz blanca muerta á orillas del Borysteno.

Y él, Cinna, los gustaba, nó como rudo legionario, sino como patricio dotado de exquisito paladar.

Se esforzó en convencerse, y quizás lo estaba realmente, de que sentía gran pasión por las obras de arte: le entusiasmaban las estatuas halladas en las ruinas de Corinto, las *epilychnias* (2) de Attica, los vasos de Etruria y los importados de la ne-

(1) Llamábanse *lanistas* los que compraban y educaban gladiadores para el Circo.

(2) Lámparas.

bulosa Seres, los mosaicos romanos, las telas del Eufrates, los perfumes de Arabia, en una palabra, todas las fruslerías y bagatelas que llenan el vacío de una vida patricia.

Cinna hablaba de estas cosas, como profundo conocedor é inteligente aficionado, con los nobles ancianos que, para sentarse á la mesa, cubrían su calvicie con coronas de rosas, y, después del festín, mascaban pétalos de heliόtropo para perfumar su aliento.

Sabía también apreciar las bellezas de un período de Cicerón, de las poesías de Horacio y de Ovidio. Educado por un retórico ateniense, hablaba con elegante facilidad la lengua griega; sabía de memoria cantos enteros de la *Ilíada*, y podía, teniendo levantada la copa, declamar sin cansarse estrofas de Anacreonte, hasta caer vencido por la embriaguez en el letargo precursor del torpe sueño.

Gracias á su maestro y á otros retóricos, tenía las nociones de filosofía suficientes para apreciar el mérito de los monumentos que en remotas edades Hélade y las colonias levantaron á la inteligencia, y sabía también que de tantas maravillas de arte, entonces sólo quedaban montones de ruinas.

Conocía personalmente numerosos estoicos, á quienes odiaba por creerles un partido político, y no ascetas despreciadores de

los placeres de la vida. Los escépticos solían acompañarle en sus convites, y entre plato y plato reíanse de muchos sistemas filosóficos, y proclamaban levantando sus copas rebosantes de vino, que el placer es sueño vano, la verdad utopía imposible, y que el solo fin digno de la vida de un sabio es el reposo, la inercia.

Cinna oía estos discursos sin darles gran importancia. No tenía ni deseaba tener opiniones propias. Para él Catón era la personificación de una gran energía unida á una gran estupidez. Comparaba la vida á un mar sobre el que sopla impetuoso viento, y decía: el talento consiste en desplegar las velas de manera que el soplo del viento haga avanzar la nave.

Amaba sus anchas espaldas, excelente estómago, hermosa cabeza, nariz aguileña y saliente mandíbula. Y tenía la convicción de que dotado de éstas para él tan envidiables cualidades, vivir le sería siempre fácil.

Sin pertenecer á la escuela escéptica, en la práctica era escéptico y voluptuoso, á pesar de constarle que en los placeres no se halla la felicidad.

Desconocía la verdadera doctrina de Epicuro, y sin embargo se imaginaba ser un perfecto epicúreo.

Consideraba la filosofía como un ejercicio tan útil á la inteligencia como lo eran al

cuerpo los que le enseñaba el *lanista*. Cuando se cansaba de discutir dirigíase al Circo y se distraía viendo derramar sangre.

No creía en los dioses, ni en la virtud, ni en la verdad, ni en la felicidad. En cambio prestaba fe á la magia: era supersticioso, y sentíase atraído por el misterio que envolvía las religiones orientales.

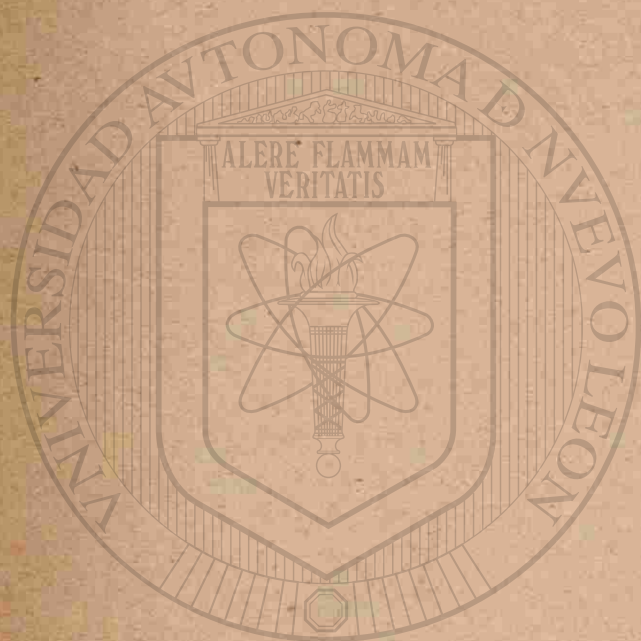
Cuando la cólera no le hacía cruel trataba bien á sus esclavos.

Opinaba que la vida es como una ánfora: vale más cuanto mejor es el vino que la llena. Y en consecuencia procuraba llenar la suya del que juzgaba más sabroso y rico.

No amaba las personas, amaba las cosas, y entre éstas prefería la varonil belleza de su rostro, la elegancia de su pie de patricio.

En los primeros años de su vida de fausto y placeres, gustaba de admirar á Roma con sus excentricidades. Logró hacerse popular. Luego vino el cansancio, el hastío...





II

EN ALEJANDRÍA

CINNA acabó por arruinarse. Su patrimonio cayó en manos de acreedores: sólo le quedó un gran cansancio igual al que causa el trabajo penoso, la saciedad, y algo hasta entonces no sentido: una inquietud profunda, inmotivada.

Había gozado de la riqueza, del amor, tal como entonces lo entendía el mundo, de los encantos del lujo y de la gloria militar... saboreado superficialmente todos los conocimientos humanos, y gustado el arte y la poesía.... Se comprende, pues, que cre-

yera haber sacado de la vida todo el partido posible.

Y sin embargo, sentía que había olvidado algo muy esencial: ¿qué era ese algo? Lo ignoraba. Y en vano se fatigaba buscando adivinarlo.

A veces procuraba alejar tales pensamientos y vencer la inquietud; quería convencerse de que en la vida no había ni podía haber nada más... Pero su inquietud, lejos de disminuir aumentaba de tal manera, que dijérase sufría no ya para él sino para el mundo entero.

Y acababa por envidiar á los escépticos y á la vez tenerlos por un hato de insensatos, porque afirman que la nada puede llenar la vida.

Dijérase que en Cinna vivían dos hombres: uno que se admiraba de su propia inquietud, y otro que la consideraba como absolutamente justificada.

Cinna después de su ruina y gracias á valiosas influencias, fué nombrado gobernador de Alejandria, favor otorgado con el fin de que reconstituyera su fortuna.

Embarcóse, y en el navío le acompañó la inquietud y le siguió á través de los mares.

Creyó que sus nuevas funciones, el mundo nuevo que ante sus ojos se abría, las sensaciones nuevas que le esperaban, le librarían de tan importuna compañera.

Y se engañaba. Pasó un mes y pasó otro, y, al igual que el grano exportado de Italia crece más frondoso en las fértiles llanuras del Delta, la inquietud, cual arbusto convertido en inmenso cedro, proyectaba sombra creciente en el alma de Cinna.

Primero intentó ahuyentarla viviendo como en Roma había vivido.

Alejandria, ciudad opulenta, emporio de la ciencia y de las artes, patria de las mujeres de cabellos de oro y de mejillas diáfnas y rosadas, embellecidas por el sol de Egipto con sutil capa del más puro ámbar, le brindaba mil encantos. Y Cinna buscó entre locos devaneos el olvido y la calma. Pero en vano.

Entonces soñó en el suicidio. Recordaba que muchos de sus amigos emplearon este medio para librarse de enojosos cuidados, guiados por razones más fútiles que las suyas: unos por hastío ó por enojo, otros porque para ellos la vida ya no tenía atractivos: una espada en manos de un esclavo y todo concluido.

Esta idea enseñoreóse de Cinna, y se disponía á ponerla en práctica cuando extraño sueño disuadióle de su intento.

Soñó que pasaba el Leteo,—el río del olvido,—y que en la opuesta orilla sentada esperándole veía, en figura de esclavo hambriento, la inquietud que le tortura-

ba, y que el esclavo le saludaba diciendo:

—Señor, pasé delante para recibirte.

Por vez primera Cinna tuvo miedo: no podía sin aprensión soñar en la otra vida, en la vida de ultratumba... Debía esperar-la... y esperar que hasta allá le seguiría la inquietud.

En su desespero resolvió consultar á los sabios del Serapéum, confiando que ellos acertarían con la solución del enigma.

Estos filósofos no la supieron. En cambio diéronle á Cinna el título de «*τοῦ μυστικῶν*» —título honorífico con que solían honrar á los romanos de noble cuna y á los grandes personajes.

¡Pobre consuelo, llamarle sabio al hombre que no acertaba con la solución del problema que más angustiara su existencia!

La ironía le pareció cruel. Sin embargo, Cinna esperó, imaginando que el Serapéum no descorre de una vez el velo que protege su saber.

Entre los sabios de Alejandría descollaba el noble Timón. Rico ateniense y ciudadano romano llegó, hacia veinte años, á Alejandría guiado por el deseo de estudiar la misteriosa ciencia de los egipcios. Decíase que había leído cuantos pergaminos y *papyrus* guardaba la Biblioteca, y que poseía á fondo toda la ciencia humana. Era de carácter dulce é indulgente.

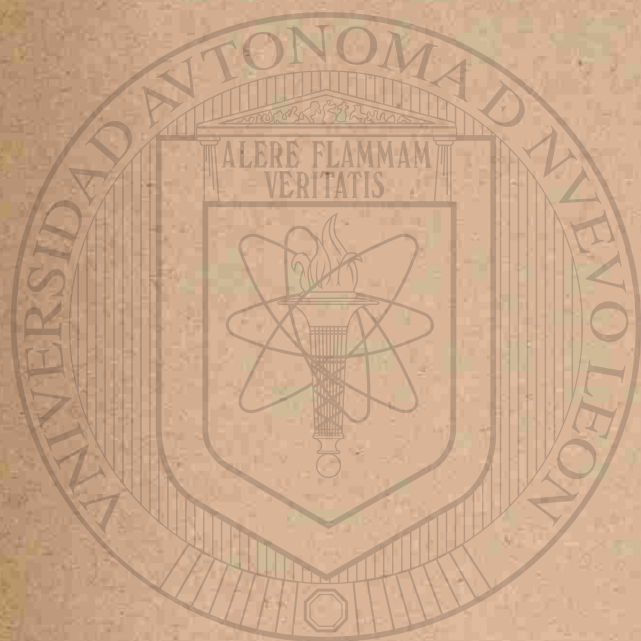
Cinna no tardó á distinguirle entre la multitud de pedantes y comentadores de escaso talento; gustó de ser su discípulo, y las relaciones entre maestro y discípulo pronto trocáronse en sincera amistad.

El joven romano admiraba á Timón por su ingeniosa dialéctica, por su elocuencia y especialmente por la elevación de sus conceptos cuando hablaba de los destinos del hombre y del fin del universo. Lo que le causaba impresión más intensa era que el maestro unía á aquella grandiosidad del genio cierta melancolía, velada inquietud.

Cuando andando el tiempo aumentó la amistad, deseaba Cinna preguntar al viejo filósofo la causa de esta inquietud, y anhelaba también poder abrirle el corazón.

La oportunidad no tardó en presentarse.





III

EN EL DIDASCALEO

ERA al anochecer, y después de animada discusión sobre la transmisión de las almas, Timón y Cinna, solos en la espaciosa galería, contemplaban el espléndido paisaje, la inmensidad del mar. Aula magnífica que bien podía llamarse suntuoso Didascaleo.

El joven romano, estrechando entre sus manos las del viejo Timón, le confesó cuál era el sufrimiento que más turbaba su existencia, qué motivos le habían impulsado á

buscar la amistad de los sabios y de los filósofos del Serapeum.

—Al menos me ha cabido la fortuna de conocerte, maestro, añadió al terminar su explicación, y sé que pues tú no puedes descifrarme el enigma de la vida, no hay en el mundo quien sea capaz de tanta empresa.

Fijos los ojos en el mar que reflejaba, como terso espejo, la blanca luz de la luna nueva, Timón callaba...

Hasta que interrumpiendo el largo silencio preguntó:

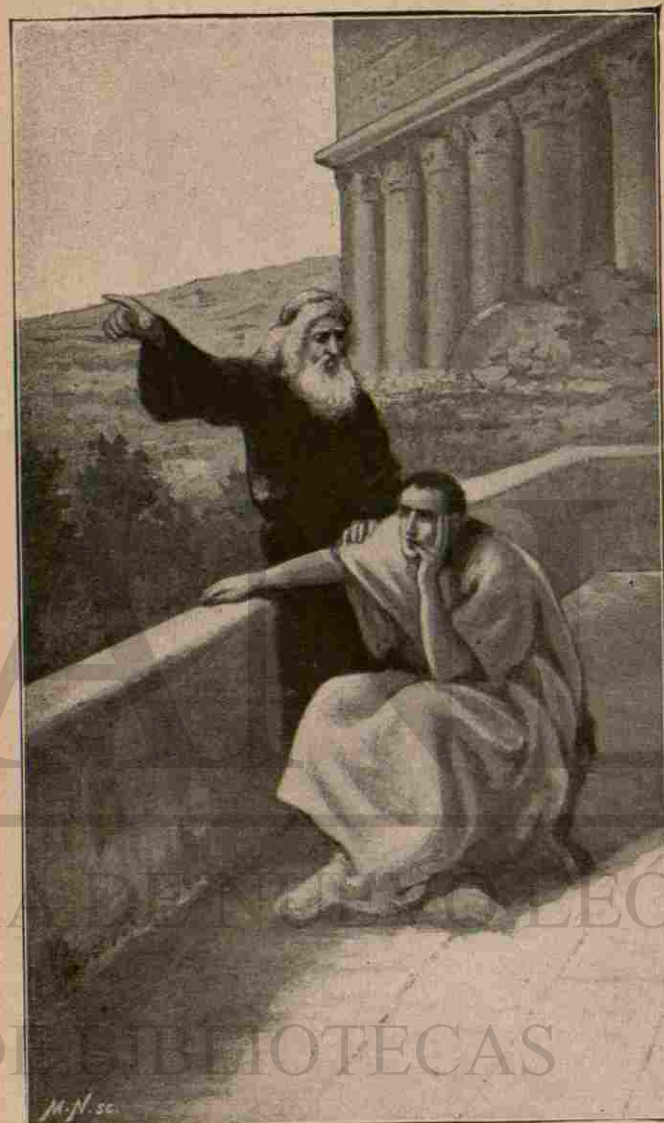
—¿Viste, Cinna, durante el invierno caer sobre la ciudad las bandadas de pájaros venidos de las nieblas del Norte? ¿Sabes, hijo mío, qué buscan estas aves en Egipto?

—Calor y luz, maestro...

—Sí, y cual ellas las almas humanas buscan el calor del amor y la luz de la verdad. El pájaro sabe donde hallará lo que anhela; el alma, la pobre alma humana, vuela al azar, inquieta, triste, ignorando á donde va.

—Es verdad, maestro; mi alma se desespera buscando el camino.

—En otros tiempos, la fe en los dioses regalaba la envidiada calma; hoy la fe se ha extinguido como el aceite de una lámpara. Por un momento creyóse que la filosofía haría nacer en las almas el sol de la verdad: ¡vana esperanza! Vinieron los escépticos y



El pájaro sabe donde hallará lo que anhela; el alma...



Ella en inspirados sueños veía lo invisible á los ojos profanos de los demás mortales.

fundaron su doctrina sobre las ruinas de la extinta Academia de Atenas: soñaban gozar la paz y de ellos se enseñoreó la inquietud... Porque renunciar á la luz de la verdad y al calor del amor es dejar al alma sumida en las tinieblas, en la inquietud... ¡Y en tanto los hombres ciegamente, extendidas las manos, ardiente la cabeza, buscamos en vano una solución!...

—¿Y no diste con ella?

—La busqué... sin resultado. Tú confiaste hallarla en los placeres, yo en el pensamiento. Ambos vagábamos en las tinieblas, y sólo tinieblas nos rodean. Sabe, pues, que no eres el único que sufres, sabe que en ti sufre y se lamenta el alma del mundo... ¿Hace muchos años que no crees en los dioses?...

—En Roma aún les honran públicamente, y aceptan otros nuevos traídos de Egipto y del Asia; pero sólo los campesinos que á la luz del alba llegan de vecinas granjas ó villorrios, pueden aún creer sinceramente...

—Y ellos son los únicos que gozan la calma.

—¿Como la gozan cuantos en Alejandria se postran ante ovejas y gatos?

—Sí, como la gozan cuantos, semejantes á las bestias, sólo ambicionan comer y dormir.

.....

—Pero ¿crees que ese vivir vale la pena?

—¿Y la muerte? ¿sabemos qué nos reserva la muerte?

—Entonces ¿qué diferencia encuentras entre tú y los escépticos?

—¿Los escépticos?... Escépticos son aquellos que gustosos aceptan, ó fingen aceptar, las tinieblas y la ignorancia; pero á mí, al contrario, esas tinieblas y esa ignorancia me martirizan.

—¿Y no esperas salvación?

Timón calló un instante; luego lentamente, cual titubeando, dijo:

—La espero...

—¿De dónde?

—No lo sé... aún no lo sé.

Y apoyando la cabeza en la palma de la mano, cual si ejerciera en él misterioso influjo el silencio que reinaba en la galería, añadió en voz muy baja:

—¡Cosa extraña! me parece que si el mundo no fuese más que lo que vemos, que si nosotros no pudiésemos ser más que lo que somos, no nos atormentara esa inquietud que nos tortura... En la misma enfermedad veo el remedio y espero la curación. Ha muerto cuanto daba vida al alma. ¡Muertas las antiguas creencias! ¡Muerta la filosofía!... La vida vendrá de algo nuevo, de una verdad desconocida...

.

Esta conversación infundió vigor al alma de Cinna. Sabía que no era él el único que sufría, que todo el mundo estaba enfermo.

Y experimentaba una sensación semejante al descanso; parecía que descargaban de sus espaldas un peso inmenso y lo repartían entre millares de espaldas.





IV

EN EL GYNECEO

A PARTIR de este día fué más íntima la amistad entre Cinna y el anciano griego. Veíanse frecuentemente y comunicábanse sus ideas y esperanzas.

Sin embargo, á pesar de la experiencia de la vida y del triste decaimiento, efecto de excesivos placeres, Cinna era joven, demasiado joven para que el mundo no le brindara nuevos atractivos.

Y nuevo atractivo, despertar de dormidas ilusiones fué para él Anthea, la hija única de su buen amigo.

El nombre de la hija de Timón era en Alejandria tan popular como el de su padre.

Los romanos, que frecuentaban el palacio del maestro, la admiraban; y la admiraban los griegos y los filósofos del Serapeum; y rayaba en veneración el amor que le profesaban las gentes del pueblo.

Vivia en el Gynecceo; pero Timón, lejos de tenerla encerrada en él y contentarse con que se dedicara á ocupaciones femeniles, procuraba enseñarle cuanto sabía.

De niña le dió, para que leyese, los autores griegos, los escritores latinos y los filósofos hebreos. Anthea, dotada de singular memoria y educada en Alejandria, ciudad cosmopolita, hablaba correctamente los tres idiomas.

Era la única confidente de todos los pensamientos del maestro, y varias veces en los grandes convites ó *sympose*, ella, cual otra Ariana, supo librarse y librar á los demás del confuso laberinto de los más arduos problemas filosóficos.

Era la admiración y la alegría de su padre. La rodeaba el encanto del misterio, y el de la casi divinidad: ella en inspirados sueños veía lo invisible á los ojos profanos de los demás mortales.

El sabio anciano la amaba como á sí mismo, como á su alma; y la amaba más porque le torturaba el temor de perderla, pues la joven le explicaba con frecuencia que mien-

tras dormía solían aparecersele seres monstruosos rodeados de extraña y deslumbradora luz. ¿Eran presagios de larga vida ó augurios de próxima muerte? Lo ignoraba.

Todos la amaban: los egipcios que la veían en la casa paterna llamábanla Loto, —la flor del olvido, —quizás porque su pueblo rendía á esta flor un culto divino; quizás porque al contemplar á Anthea olvidaban cuanto hermoso hay en la tierra.

Pues era su belleza igual á su saber. El sol de Egipto no había con su hálito ardiente ni empañado siquiera la tersa blancura de aquel rostro de hada, y sus mejillas tenían el rosicler de la aurora y la transparencia del más puro nácar. Sus ojos eran hermosos cual el azul incomparable del Nilo, y sus miradas, como las aguas del misterioso río, parecían destellos de luz salidas del ignoto, circundadas del encanto del misterio.

Cinna la vió, la oyó... y al salir del palacio del maestro soñaba en levantarle un altar en el atrio de su casa y en sacrificarle las dos más bellas palomas blancas.

En el decurso de su existencia había conocido muchas mujeres: las hijas del Norte de largas cejas rubias y hermosa cabellera, dorada como el trigo; las hijas del Mediodía; las de Numidia, de trenzas más negras que la lava de los volcanes. Pero nunca hasta entonces había visto un alma tan grande en

un cuerpo tan bello. Cada vez que veía á Anthea, que escuchaba sus palabras, multiplicábase su entusiasta admiración.

Y el que no creía en los dioses llegó á dudar de que Anthea fuese hija de Timón, y á creer que, mitad mujer, mitad diosa, debía ser nacida de divinidades, hija de inmortal.

Cinna la amó, y la amó con amor nuevo, invencible, inmenso. Amor diferente de cuantos hasta entonces sintiera, porque Anthea era también diferente de las demás mujeres. Si deseaba poseerla era para arrojarse á sus piés. Y por este placer diera gustoso hasta la última gota de su sangre.

Parecíale preferible ser mendigo con ella, que rey sin ella. Y cual el torbellino de la mar arrastra con fuerza irresistible cuanto se opone á su vertiginosa marcha, así el amor se enseñoreó del alma de Cinna, de su corazón, de sus días, de sus noches, de su existencia toda...

Y el amor acabó por ser dueño absoluto del alma de Anthea.

Tu felix Cinna! le decían los amigos.

Tu felix Cinna! repetíase á sí mismo.

Y el día de los esponsales, cuando los puros labios de Anthea balbucearon temblorosos la frase sacramental: *Ubi tu Cæius, ego Cæia:*

—Donde estarás tú Cayo, estaré yo Caya,
—imaginóse que su felicidad era como la mar, sin límites, sin término...



V

EN MEMFIS

U n año había transcurrido del día de los esponsales: Anthea continuaba siendo para Cinna objeto de respetuoso culto, alma de su alma, encarnación del amor, de la sabiduría, de la luz...

Pero esta felicidad inmensa como el mar debía como el mar ser tornadiza y engañadora.

Al morir aquel primer año Anthea fué presa de misteriosa enfermedad. Sus sueños proféticos trocáronse en visiones horribles capaces de causarle la muerte. Su rostro

un cuerpo tan bello. Cada vez que veía á Anthea, que escuchaba sus palabras, multiplicábase su entusiasta admiración.

Y el que no creía en los dioses llegó á dudar de que Anthea fuese hija de Timón, y á creer que, mitad mujer, mitad diosa, debía ser nacida de divinidades, hija de inmortal.

Cinna la amó, y la amó con amor nuevo, invencible, inmenso. Amor diferente de cuantos hasta entonces sintiera, porque Anthea era también diferente de las demás mujeres. Si deseaba poseerla era para arrojarse á sus piés. Y por este placer diera gustoso hasta la última gota de su sangre.

Parecíale preferible ser mendigo con ella, que rey sin ella. Y cual el torbellino de la mar arrastra con fuerza irresistible cuanto se opone á su vertiginosa marcha, así el amor se enseñoreó del alma de Cinna, de su corazón, de sus días, de sus noches, de su existencia toda...

Y el amor acabó por ser dueño absoluto del alma de Anthea.

Tu felix Cinna! le decían los amigos.

Tu felix Cinna! repetíase á sí mismo.

Y el día de los esponsales, cuando los puros labios de Anthea balbucearon temblorosos la frase sacramental: *Ubi tu Cæius, ego Cæia:*

—Donde estarás tú Cayo, estaré yo Caya,
—imaginóse que su felicidad era como la mar, sin límites, sin término...



V

EN MEMFIS

UN año había transcurrido del día de los esponsales: Anthea continuaba siendo para Cinna objeto de respetuoso culto, alma de su alma, encarnación del amor, de la sabiduría, de la luz...

Pero esta felicidad inmensa como el mar debía como el mar ser tornadiza y engañadora.

Al morir aquel primer año Anthea fué presa de misteriosa enfermedad. Sus sueños proféticos trocáronse en visiones horribles capaces de causarle la muerte. Su rostro

palideció hasta adquirir la transparencia del nácar: sus manos llegaron á ser diáfanas y sus hermosos ojos se hundieron profundamente. El lotos rosado se volvía blanco, blanco como la faz de los muertos. Repetidas veces vió á los buitres revolotear por encima el palacio de Cinna. La presencia de tales aves era tenida en Egipto como augurio de muerte.

A Anthea sus visiones la aterrorizaban. Cuando al mediodía el sol inundaba la tierra de luz blanca y de calor vivificante; cuando, de noche, la ciudad dormía envuelta en silencio, imaginaba oír los precipitados pasos de invisible cortejo y ver surgir de las insondables profundidades de la atmósfera una faz cadavérica que clavaba en ella sus ojos brillantes.

¡Ah! ¡aquellos ojos la miraban implacables, cual si anhelaran fascinarla, arrastrarla á tinieblas misteriosas, terribles!

Y el cuerpo de Anthea temblaba de fiebre: su frente pálida, lívida, bañábase de sudor helado: entonces cual niño aterrorizado, perdidas las fuerzas y buscando un apoyo, dejábase caer en los brazos de Cinna gritando:

—¡Socorro!

—¡Socorro! repetían sus labios amoratados. ¡Socorro! ¡Cayo! ¡Defiéndeme!

Y Cayo hubiera atacado á cuantos espec-

tros engendrara Perséphone... Pero en vano clavaba su mirada escrutadora en el espacio ó en las tinieblas: nada veía. A su alrededor reinaba la majestuosa calma del desierto: los deslumbrantes rayos del sol bañaban la ciudad: el azul del mar vibraba al beso de la luz, interrumpiendo el silencio el acompasado volar de los buitres que se cernían sobre el palacio.

Las visiones hiciéronse más frecuentes hasta llegar á ser cotidianas. En todas partes, en el campo, en el atrio del palacio, en las habitaciones más recónditas, en todas partes, asaltaban á Anthea.

Cinna consultó á los médicos: mandó llamar á las tañedoras de la *sambuca* egipcia; á los sacerdotes maestros en el arte de tocar la flauta de arcilla, esperando que el ruido infernal de aquella música salvaje ahogaría el misterioso rumor de los seres invisibles.

¡Vana esperanza! Anthea lo percibía á pesar de las notas estridentes, del más desenfrenado concierto. Y cada día cuando el sol llegaba á lo más alto de su carrera, á la hora en que la sombra queda en torno de los pies del hombre, cual túnica caída de los hombros, en el aire ardiente y palpitante surgía de súbito la faz cadavérica... inmóvil, clavando en Anthea sus ojos brillantes; después retrocedía lentamente, y su expresión horrible parecía repetir: «¡Ven! ¡ven!»

A veces la enferma creía que el espectro agitaba los labios, otras veces veíale vomitar sobre ella inmundos necróforos...

Al solo recuerdo de tales visiones los ojos de Anthea se llenaban de terror.

Pronto la vida hubo de resultarle carga tan penosa que rogaba á Cinna le permitiera tomar un veneno, ó le clavara en el pecho su afilado gladio.

¡Bien sabía Cinna que jamás podría resolverse á ello!

Por Anthea diera su sangre, toda su sangre... Por ella con aquel mismo gladio abríriase las venas una á una... ¡Matar á Anthea! ¡Ver muerta aquella cabeza adorada, cerrados los párpados, inmóviles, fríos! ¡Ver aquel cuello herido, sangriento!... ¡Ah! ¡para resolverse á tanto precisaba primero enloquecer!...

Un día un médico griego dijo á Cinna:

—La que se aparece á tu joven esposa es Hécate. Los seres invisibles que la torturan con misteriosos rumores son espíritus malignos enviados por la diosa cruel.

Y añadió:

—La enferma no tiene remedio; ha visto á Hécate y debe morir.

Cinna, que la víspera se hubiera burlado de Hécate y de sus espíritus malignos si



El lotos rosado se volvía blanco, blanco como la faz de los muertos.



Surgía de súbito la faz cadavérica... inmóvil, clavando en Anthea sus ojos brillantes.

alguien se los mentara, aquella misma noche mandó ofrecer espléndido sacrificio á la diosa.

¡Ofrenda inútil! Al mediodía siguiente el lúgubre espectro apareció de nuevo.

Cinna probó de cubrir la cabeza á Anthea: en vano, á través de las espesas telas veía la faz espectral. La encerró en obscuro aposento. En la obscuridad Anthea seguía viendo aquel rostro terrible: dibujábase en la pared, brillaba en las tinieblas con luz pálida, incierta.

Sin embargo, la enferma solía pasar las noches tranquilas. Se apoderaba de ella un sueño tan profundo que dijérase no debía despertar. Pronto fué tal su debilidad que le era imposible tenerse en pie: la llevaban en litera.

La antigua inquietud renació con mayor fuerza en el alma de Cinna. Al temor por la vida de Anthea añadiase la extraña sospecha de que aquella enfermedad se relacionaba con las divinidades de que hablaban con Timón. ¿Quizás el padre de Anthea participaba de igual presentimiento? Cinna ni se atrevía á preguntárselo.

La enferma languidecía, cual flor mordida por venenoso insecto.

Cinna había perdido la esperanza. Anhelando salvar á Anthea intentó un postrer esfuerzo. La mandó trasladar á Memfis.

Pero ni los aires de Egipto ni el plácido vivir á la sombra de las Pirámides atajaron los progresos del terrible mal, y debieron regresar á Alejandría.

Cinna entonces llamó pidiéndoles remedio para Anthea á hechiceros, adivinos, inventores de extraños brevajes; á la multitud de los que fingiendo milagros explotan la humana credulidad. ¡Anhelaba un fin, y para lograrlo todos los medios le parecían buenos!

Por aquel entonces llegó á Alejandría Joseph, hijo de Khusa, célebre médico judío. Cinna apresuróse á rogarle visitara á la enferma: alentó un momento de esperanza.

El sabio no creía en dioses griegos ni romanos: desechó con desprecio la fábula de Hécate.

Su opinión era que Anthea estaba endemoniada y que le precisaba abandonar cuanto antes Egipto, pues las pútridas emanaciones del Delta le eran nocivas y aumentaban su extrema debilidad.

Joseph de Khusa era judío; indicó como sitio inmejorable Jerusalén; ciudad, decía, cuya entrada está vedada á los diablos, y donde se gozaba de aire puro y exento de humedad.

Cinna apresuróse á seguir el consejo, porque era lo único que no había probado y porque conocía al procónsul romano gobernador de Judea, que en aquel entonces era

Poncio Pilato, antiguo cliente (1) de la familia de los Cinna.

Los jóvenes esposos partieron sin demora.

Pilato los recibió con singulares muestras de alegría, y los alojó en su palacio de verano situado cabe á las murallas de Jerusalén.

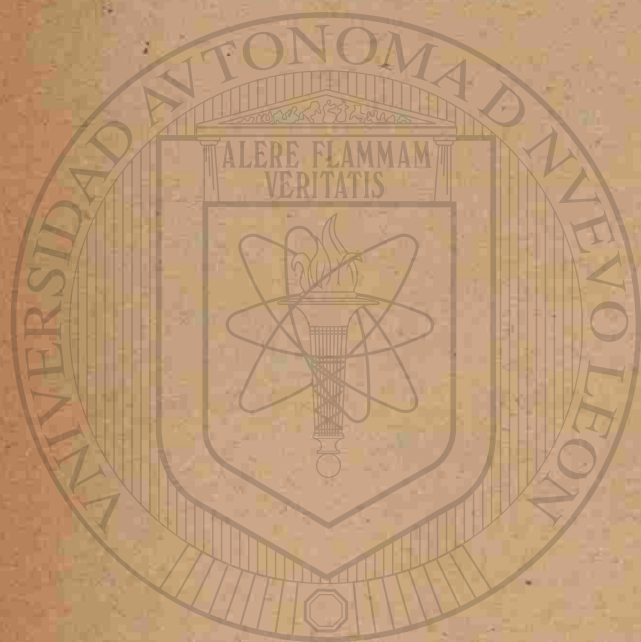
Pero los días pasaban y las esperanzas de Cinna se desvanecían. El espectro que les había perseguido hasta á bordo del buque que los llevó á Judea no cejaba en su empeño.

Y estaba convencido de que en Jerusalén como en Alejandría les seguiría torturando implacable.

¡Anthea veía transcurrir los días largos, angustiosos, monótonos, sumida en el terror y la desesperación y esperando la muerte que nunca llegaba!

(1) Así llamaban los romanos á los que estaban bajo la protección de los nobles patricios.





VI

EN JERUSALÉN

LA mansión ofrecida por Pilato era un palacio magnífico, pero á pesar de los surtidores y de la sombra de los árboles, el calor en el atrio era sofocante. Los mármoles parecían abrasados por aquel sol de primavera.

Cinna vió en el jardín, no lejos del palacio, un viejo sicómoro que extendía á gran distancia su sombra. El sitio era descubier-
to y aireado, y en él mandó colocasen la litera de Anthea, adornada con jacintos y flores de manzano. Y sentándose junto á

ella, le preguntaba tomándole las manos, de palidez alabastrina:

—¿Te sientes bien, querida mía?

—Sí, contestó Anthea con voz apenas perceptible.

Y cerró los ojos como vencida por el sueño.

Reinó profundo silencio. La brisa agitaba las ramas haciendo un ruido tan suave como el crujir de la seda; los rayos del sol atravesando el follaje, dibujaban en el suelo caprichosas manchas rojizas; entre las piedras cantaban los grillos.

Abriendo los ojos la enferma, preguntó:

—Cayo, ¿es cierto que en este país ha aparecido un filósofo que devuelve la salud á los enfermos?

—Llámanle el profeta, respondió Cinna. He oído hablar de él, y quería traértelo; pero al parecer es sólo un impostor. Blasfema y predica contra las creencias del país, y por esta causa el procónsul le ha entregado á los verdugos: hoy mismo debe ser crucificado.

Anthea inclinó la cabeza.

—El tiempo te curará, prosiguió Cinna viendo retratada la tristeza en el semblante de la que tanto amaba.

—El tiempo... está al servicio de la muerte y no al de la vida, replicó Anthea lentamente.

De nuevo reinó el silencio: los rayos del sol reflejábanse en el suelo; cantaban los grillos cada vez más fuerte, y de las hendiduras de las piedras salían las lagartijas sedientas de sol.

Cinna tenía los ojos fijos en Anthea, y por milésima vez cruzó por su mente la desgarradora idea de que estaban agotados todos los remedios... que era vana toda esperanza... y que en breve no quedaría de aquel ser adorado más que una impalpable sombra, un puñado de ceniza en una urna del columbario de familia.

Cerrados los ojos, y recostada en la litera cubierta de flores, Anthea parecía muerta.

—¡Yo te seguiré! pensaba Cinna.

Oyóse el ruido de pasos lejanos.

La palidez de Anthea aumentaba: su boca entreabierta aspiraba el aire con dificultad. La infeliz mártir creyó oír los precipitados pasos del cortejo de seres invisibles precediendo al espectro de ojos de brillantes. Pero Cinna le tomó la mano y procuró tranquilizarla.

—No temas, Anthea mía. También oigo estos pasos.

Y añadió:

—Es Poncio Pilato que viene á visitarnos.

Y apareció el procónsul á la vuelta del sendero, escoltado por dos esclavos.

Era un hombre de mediana edad, de ros-

tro lleno y lampiño. Su frente reflejaba, á la vez que gravedad ficticia, inquietud y fatiga.

—¡Salud á ti, noble Cinna; y á ti, Anthea divina! dijo al llegar á la sombra del sicomoro. Fresca ha sido la noche, y cálido es el día: ¡que á entrambos os sea propicio! ¡que la salud de Anthea vuelva á ser floreciente como estos jacintos, como las flores de manzanó que adornan su litera!

—¡Salud, noble Pilato! seas bienvenido, repuso Cinna.

Sentóse el procónsul en un banco de piedra, y al contemplar á Anthea frunció el ceño y dijo:

—La soledad y el fastidio engendran la tristeza y la enfermedad. Entre la multitud desaparecerá el temor. Seguid mi consejo. Aquí, por desgracia, no estamos en Antioquia ni en Cesarea. No tenemos juegos ni carreras, y si levantásemos un circo, estos fanáticos lo destruirían al día siguiente. La única palabra que oímos es: ¡la ley! ¡la ley! Y todo le molesta á esta ley. ¡Cuánto preferiera hallarme en el país de los escitas!

—¿Qué quieres decir, Pilato?

—Es verdad... ¿qué digo? ¡Ah! ¡los temores, la inquietud!... Confundidos entre la muchedumbre no pesarian sobre vosotros el temor ni el fastidio. Hoy precisamente podéis asistir á un curioso espectáculo. En Je-

rusalén precisa contentarse con poco... Cuidad, pues, que Anthea se encuentre este mediodía entre la multitud. Hoy tres hombres morirán clavados en cruz, y más vale ver algo que nada. En la ciudad podréis ver también millares de peregrinos, que de todo el país han afluido á Jerusalén para celebrar las fiestas de Pascua. Cómodamente podréis contemplar á este extraño pueblo. Dispondré que os acompañen á un lugar excelente, cerca de las cruces. Espero que los ajusticiados darán pruebas de valor. Uno de ellos es un personaje singular: se titula Hijo de Dios, es manso como una paloma, y en realidad no merece la muerte.

—¿Cómo, pues, le condenaste á ser crucificado?

—En primer lugar para salirme del atolladero y luego para que no cayera sobre mí el insensato furor de ese nido de avispas que se guarecen en el Templo. Ya los sacerdotes se quejan de mí á Roma. Y luego la víctima no es ciudadano romano.

—¿No es ciudadano romano? ¿Acaso por eso serán menores sus sufrimientos? repuso Anthea.

El procónsul calló. Luego en voz muy baja, cual si hablara consigo mismo, prosiguió:

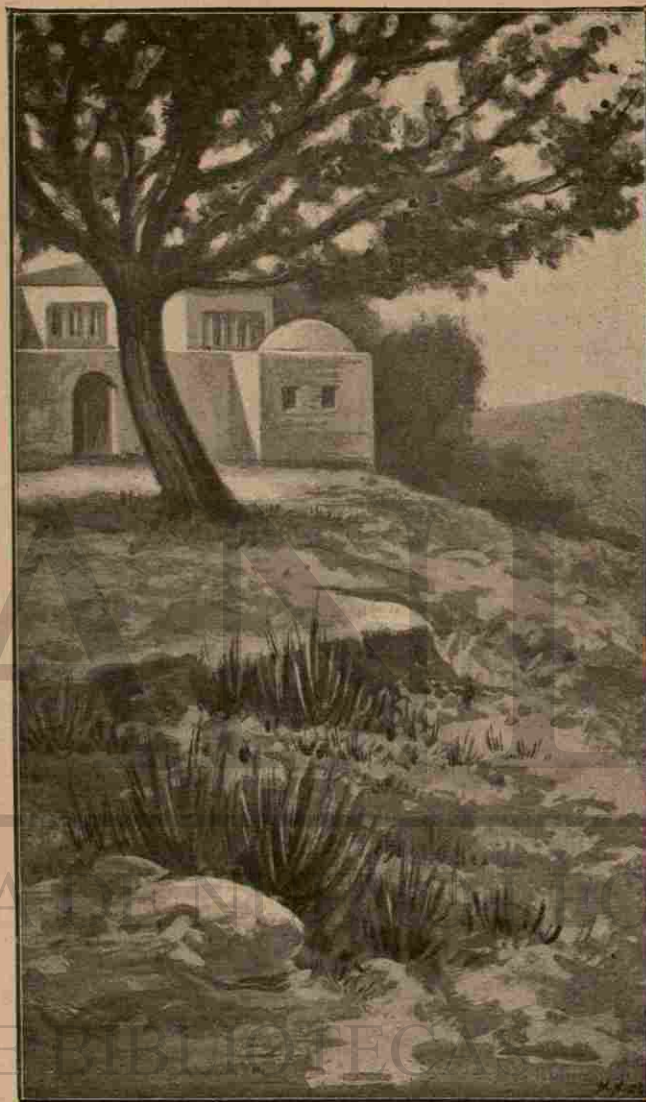
—Entre todas las cosas la que más odio es la exageración. Me basta oírla nombrar para sufrir todo el día... La moderación, el

justo medio... ello es lo prudente, lo sabio... ¡Creo que en toda la tierra no existe pueblo que lo practique menos que éste!... ¡Y me fastidia! ¡y me desespera! Siempre luchando sin que me brinden una hora de calma ni los hombres ni la naturaleza. ¿No la veis? es primavera, y las noches son frías y los días tan ardientes que las piedras os queman los pies. Faltan largas horas para llegar al mediodía y el aire es cálido, asfixiante...

¿Y los hombres? mejor será que no hablemos de los hombres... Antes que en Jerusalén preferiría vivir... En fin... reanudemos nuestra primera conversación... Id á presenciar la ejecución. Estoy convencido de que este Nazareno morirá heroicamente... Le mandé azotar esperando salvarle de la muerte... ¡porque, creedme, no soy cruel!

Recibió los azotes paciente como cordero y bendiciendo á la humanidad. ¡Al sentir que de las heridas manaba sangre levantó los ojos al cielo... oraba!!!

¡Es el más extraordinario, el más admirable de cuantos hombres he conocido!... Desde que le azotaron mi mujer me importuna repitiendo: «No es posible que permitas la muerte de ese Justo.» ¡Yo! ¿y qué anhelo sino salvarle? Dos veces abandoné el Pretorio: dos veces hablé á esos sacerdotes feroces, á esa turba miserable... A una voz, desencajado el rostro, aullando cual energú-



Casa en los alrededores de Jerusalem.



PONCIO PILATO

menos, sólo han sabido contestar: «¡Crucifícale!»

—¿Y cediste? preguntó Cinna con energía.

—De no ceder en Jerusalén estalla espantosa revuelta... y yo estoy aquí para mantener el orden. ¡El deber ante todo!... No amo las exageraciones; tampoco amo á la muerte... Pero cuando he tomado una resolución, no titubeo en sacrificar la vida de un hombre en pro del bien público... y más aún si el tal hombre es un desconocido de quien nadie vendrá á pedirme cuentas... No es ciudadano romano... peor para él.

—¿Crees acaso que sólo para Roma nace el sol? murmuró Anthea.

—Divina, le contesté el procónsul, podría responderte que en toda la tierra el sol al brillar sólo encuentra romanos; que él es la aureola del poder romano, y que es deber sacrificarlo todo á la felicidad de Roma... ¡Las revueltas debilitan nuestra autoridad!... Permitame te ruegue no me obligues á revocar la sentencia. Cinna te dirá que es imposible, y que el Emperador es el único que tiene poder para tanto... Yo, aunque quisiera, no podría... ¿Verdad, Cayo?

—Es verdad.

Tales palabras causaron en Anthea visible tristeza, que reflejóse en su rostro, y la obligó á murmurar:

—¡Entonces un inocente puede ser torturado y muerto!

—En el mundo no hay inocentes, contestó Pilatos. Este Nazareno no ha cometido el menor delito... bueno; yo, como procónsul, me lavé las manos. Pero como filósofo condeno su doctrina. Hablé con El y me convencí de que enseña cosas extraordinarias, inauditas.

Afirma que el mundo existe por la sabiduría y la moderación... Claro que ni yo ni nadie se atreverá á negar que la virtud es útil... Los estoicos que enseñan á recibir con indiferencia las adversidades, no exigen como El la renuncia de todo, desde las riquezas hasta la comida cotidiana... ¡Pedir tanto es demasiado!

Dime, Cinna, tú que eres sabio, ¿qué dirías de mí si un día sin motivo alguno regalara este palacio, que hoy habitáis, á los vagamundos harapientos que se calientan al sol cabe á la puerta de Job?...

Esto ó algo parecido es lo que el Nazareno exige á sus discípulos.

Enseña también que los hombres todos debemos amarnos como hermanos; judíos y romanos, romanos y egipcios, egipcios y africanos... todos... En fin, que al oír tal disparate me cansé de prestarle atención.

En presencia del tribunal, en aquellos instantes decisivos que eran para El de vida ó

muerte, su actitud era digna, noble; dijérase que no le juzgaban: ¡enseñaba y oraba! ¿Cómo podía salvar á quien al parecer no le preocupa salvarse?

Cuanto enseña lo practica...

Se proclama Hijo de Dios. Destruye los fundamentos sobre que descansa nuestra sociedad. ¡Poco se lo agradecerán los hombres!

Yo, como hombre, protesto de su doctrina. Aun suponiendo que no tenga fe alguna en los dioses, asunto este que sólo á mí me incumbe, admito la necesidad de una religión. Y la defiendo públicamente, porque opino que la religión es para los hombres el freno más excelente... Los caballos deben atarse al carro y precisa atarlos bien... Además la muerte debe asustarle poco al Nazareno, porque afirma que resucitará.

Cinna y Anthea se miraron sorprendidos.

—¿Resucitará?

—Dentro tres días, ¡ni más ni menos! Así lo enseñan sus discípulos. Se me olvidó preguntárselo... Pero vamos, poco importa, pues la muerte desata las promesas... Y aun cuando no resucite nada perderá porque, según su doctrina, la verdadera felicidad y la vida verdadera empiezan después de la muerte... Lo afirma con entereza y convicción, como hombre que tiene la certeza absoluta de que cuanto anuncia se cumplirá... En su reino brilla una luz más pura,

más hermosa que la luz del sol; y dice que cuanto más padeciereis en la tierra tanto mayor será vuestra dicha allá, al lado opuesto. ¡Basta amar, amar mucho, amar siempre!

—Extraña doctrina; dijo Anthea.

—¿Y el populacho gritaba: ¡Crucifícale!? preguntó Cinna.

—A mí no me sorprende, contestó Pilato... el alma de este pueblo es el odio... y el odio pide siempre víctimas de amor.

Anthea pasóse por la frente su mano diáfana y preguntó:

—¿Entonces este Nazareno tiene la convicción de que después de muerto se vive y se puede ser feliz?

—Sí, y en consecuencia no teme ni la cruz ni la muerte.

—¿Cinna, que fe tan hermosa!

Y tras un momento de silencio preguntó:

—¿Cómo sabe todo esto ese Justo?

—Pretende saberlo del Padre de todos los hombres. Este Dios es para los judíos lo que Júpiter para nosotros, pero el Nazareno enseña que es á la vez Uno y Trino... y que es misericordioso.

—¡Qué hermoso, Cayo! repetía la enferma.

Cinna entreabrió los labios cual si fuera á contestar... pero siguió en silencio.

Y la conversación quedó interrumpida.

Pilato recordando, sin duda, la doctrina

del Nazareno, sacudía la cabeza y levantaba los hombros.

Momentos después levantóse y se despidió de Cinna y Anthea diciéndoles:

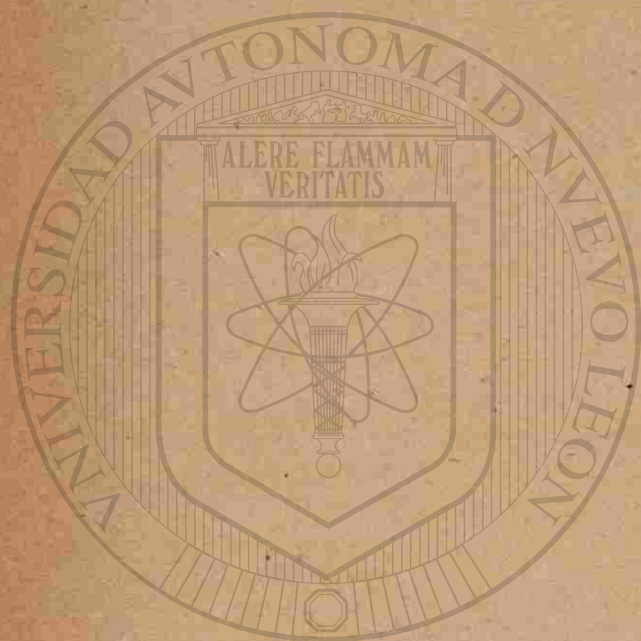
—Hasta luego.

Entonces Anthea abandona su litera y exclama:

—¡Cinna, yo quiero ver á este Nazareno!

—Apresuraos, dice Pilatos retirándose, pues el cortejo va á salir.





VII

HACIA EL CALVARIO

El día amaneció sereno y cálido. Al nacer la tarde surgieron de tras las colinas nubes cobrizas y sombrías, pequeñas, pero henchidas de tempestad.

Veíanse pedazos de cielo intensamente azul. Las nubes iban amontonándose y cubriendo el firmamento. El sol al besarlas con sus rayos ardientes las festoneaba de oro.

Sobre la ciudad extendíase el cielo terso, sin nubes, y el aire yacía en enervadora calma.

En la cima del Gólgota reuníanse peque-

ños grupos de curiosos que habían precedido al cortejo que se disponía á salir de la ciudad.

El sol bañaba la tierra pedregosa, árida y monótona. Sólo interrumpían aquella grisácea monotonía, hoyos y grietas que se destacaban tanto más negros cuanto más intensa era la luz que bañaba la tierra.

Lejos se levantan las altas colinas estériles veladas por la niebla morada.

Entre las murallas de la ciudad y las faldas del Gólgota se extiende la llanura sembrada de rocas. Es menos árida porque en la poca tierra buena crecen higueras desmirriadas: y yense esparcidas sin orden casas blancas colgadas entre rocas cual nidos de golondrinas, y sepulcros blanqueados que brillan heridos por los rayos del sol.

Próximas las fiestas pascuales llegaban gentes de todos los pueblos de la provincia, y levantaban tiendas ó chozas cabe los muros de la ciudad: era un hormiguero de hombres y camellos.

El sol subía majestuoso cruzando el cielo aun libre de nubes. Era la hora en que estas colinas quedan sumidas en triste silencio, y en que todo ser viviente busca abrigo bajo los muros de la ciudad ó en los repligues del terreno.

A pesar de la inusitada efervescencia de forasteros profunda tristeza inundaba aque-

llos campos inundados de luz. El eco de las voces lejanas que salía de la ciudad semejaba el murmurar de las olas, y dijérase que se perdía absorbido por el silencio de los campos.

Los grupos que desde la mañana esperaban en el Gólgota, tenían en aquel momento fijos los ojos en la ciudad.

El cortejo se organizaba.

La silla de manos de Anthea llegó al Calvario antes del mediodía. La escoltaban los soldados romanos que debían abrirle paso á través de la plebe, y si precisaba, protegerla contra las injurias que siempre pueden temerse de los judíos fanáticos, que odian á los extranjeros.

Cinna seguía la litera, y á su lado el centurión Rufilo.

Anthea parecía más tranquila y se inquietaba menos por la proximidad del mediodía, la hora de las visiones terribles que la anadaban.

Cuanto el procurador le había dicho del joven Nazareno habíase enseñoreado de su alma de tal manera, que hacía olvidar sus sufrimientos.

¡Aquella doctrina tenía para ella algo de admirable... de incomprensible!...

Muchos hombres supieron morir tranquilos como se extingue una pira funeraria, como se consume un tizón.

Esta serenidad, este valor eran hijos de una resignación filosófica á la ineludible necesidad del paso de la luz á las tinieblas, de la vida real á una existencia oscura, desconocida.

Pero hasta entonces nadie había bendecido la muerte; nadie había muerto con esta certeza absoluta de que más allá de la tumba empieza la verdadera vida, la felicidad infinita que no puede darla más que el Dios omnipotente é infinito.

¡Y el Hombre que iba á ser crucificado lo predicaba como verdad incontestable!

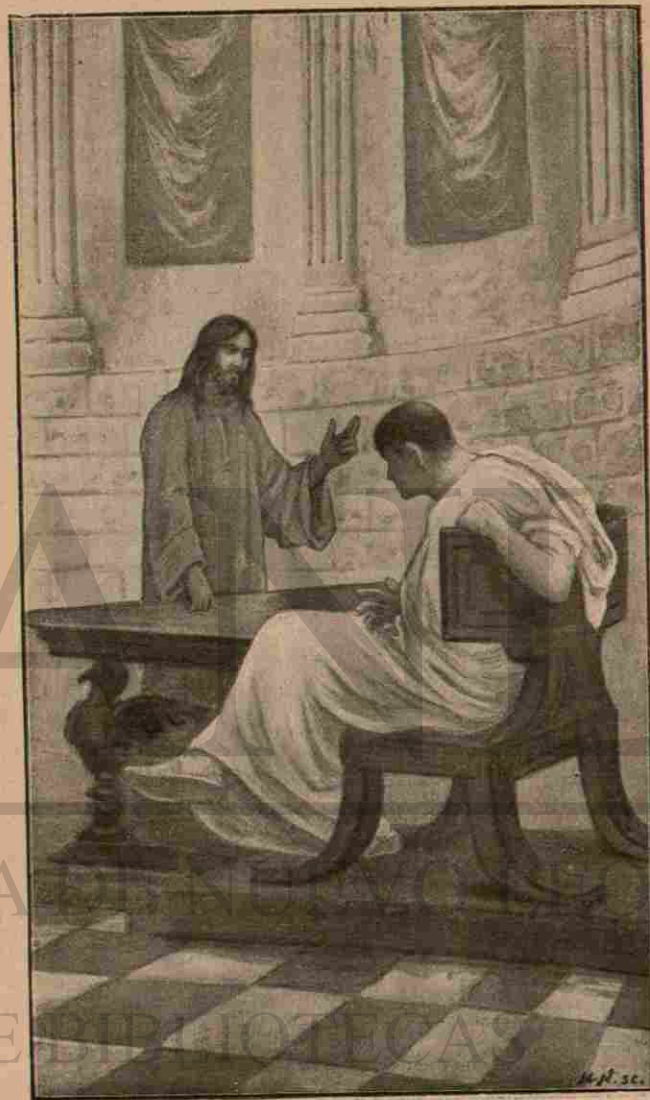
Anthea sentíase profundamente conmovida por estas enseñanzas: parecíanle la única fuente de esperanza y redención. Sabía que estaba próxima á morir, y la agobiaba profunda tristeza.

Morir era para ella abandonar á Cinna, á su padre, á cuantos amaba, al amor encarnado: era la vida helada, el vacío, las tinieblas.

El recuerdo de las alegrías que en este mundo gozara aumentaba su tristeza.

¡Ah! ¡Si la muerte nos hiciera renacer! ¡Si á lo menos nos dejara llevarnos un recuerdo de amor ó un destello de felicidad... la resignación fuera más fácil!...

¡Y ella, que nada esperaba de la muerte, había oído que la muerte puede darlo todo! ¿Quién enseñaba estas cosas? ¡Un extran-



Hablé con El, y me convencí de que enseña cosas extraordinarias...



Ecce Homo!

jero, un Rabbi, un profeta, un filósofo para quien el amor al prójimo era la primera de las virtudes! ¡Un mártir que mientras le atormentaban bendecía á los verdugos! ¡Un rey que iba á ser crucificado!

Y Anthea decíase:

—¿Por qué enseñar esta doctrina si la cruz debe ser su única recompensa?...

«Otros desearon el poder: El nada...

«Otros anhelaron riquezas: El es pobre...

«Otros quisieron palacios, festines, honores, vestidos de púrpura, carrozas incrustadas de nácar y marfil: El vivió pobremamente... Y ha predicado el amor, la piedad, el perdón y la pobreza...

«¿Querrá, acaso, alentar en los hombres vanas ilusiones?...

«Pero ¿y si dijese la verdad? ¡Oh! ¡entonces bendita sea la muerte; la muerte término de las terrenales miserias, trueque de una felicidad relativa por una felicidad sin fin! ¡Luz de los ojos cansados de llorar, raudo vuelo hacia las dichas eternas!!!»

Anthea la comprendía la promesa de la resurrección.

Su alma y su corazón la recibían anhelantes, con los brazos abiertos. Recordaba las palabras del sabio Timón, quien repetía á sus discípulos que sólo una verdad nueva podía salvar á la humanidad de las leyes que la encadenaban.

—¡Esta es la verdad nueva!
—¡La que vence á la muerte!
—¡La que da la vida!

Y Anthea se abismaba en aquellos pensamientos, entregaba tan por completo su corazón á las ideas nuevas, que por primera vez después de mucho tiempo, Cinna no vió en el rostro de ella las señales de la angustia que la torturaba.

El cortejo emprendió la marcha hacia el Gólgota.

De la cima donde se hallaba Anthea veíase perfectamente la multitud. Era numerosa; pero al extenderse por la inmensa llanura y dividirse en grupos confundíase con las piedras grises y parecía escasa. La puerta de la ciudad, abierta de par en par, daba paso incesantemente á nuevas oleadas de gente, que aumentaban al sumárseles la multitud que esperaba fuera del recinto amurallado. A ambas orillas de aquel río viviente se agitaban enjambres de chiquillos.

El cortejo avanzaba entre el remolino de las túnicas blancas, de los chales de escarlata y los mantos azules. En el centro al beso de los rayos del sol brillaban las corazas y las lanzas de los soldados romanos. El lejano rumor de voces confusas era cada vez más perceptible.

Llegaron por último al pie de la colina, y los que iban al frente comenzaron á escalar

la cumbre. La multitud atropellábase para ocupar los sitios más próximos al lugar del suplicio, á fin de no perder el menor detalle. Estrechada por la muchedumbre, con dificultad podía abrirse paso la cohorte que escoltaba á los reos.

Los primeros que llegaron fueron los muchachos: semidesnudos, pelada la cabeza á excepción de dos mechoncitos en las sienes, tez morena, ojos azules y voz chillona, empezaron con gritería salvaje á arrancar piedras del suelo para arrojarlas á los crucificados...

Pronto se vió la meseta invadida por abigarrada multitud, que, insensible á la piedad, daba muestras de gozo por la animación y la esperanza del espectáculo. El tono áspero de la voz, la insensata volubilidad de la palabra y la brusquedad salvaje de los gestos asombraron á Anthea, á pesar de serle familiar la gárrula viveza de las poblaciones griegas. Aquellas gentes discutían como próximas á acometerse recíprocamente, gesticulaban como si estuviesen en peligro de muerte, y chillaban como si fuesen á quitárseles la vida.

Rufilo, acercándose á la litera, con voz tranquila como de soldado en servicio, empezó á dar explicaciones, mientras que incesantemente iba subiendo la marea humana.

Aumentaba la barahunda por momentos.

interrumpido por el choque de las armas y el paso de los legionarios.

Abrióse la multitud en agitado remolino, y la escolta de los condenados llegó a la altura de la litera.

Al frente, á los lados y detrás marchaban los soldados con paso lento y cadencioso, sobresaliendo en el centro los travesaños de tres cruces, que parecían avanzar por sí mismas, por lo mucho que su peso encorbaba á los que las traían.

Advertíase que no se hallaba entre ellos el Nazareno.

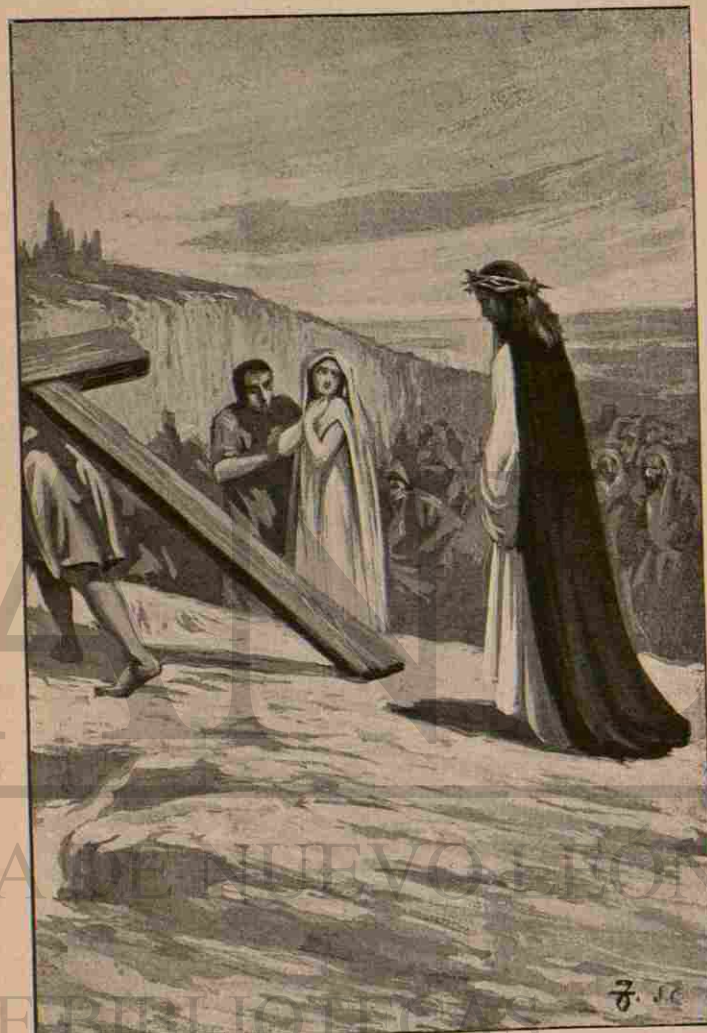
Ante todo dos caras repulsivas y siniestras de bandidos; luego un campesino de alguna edad, visiblemente obligado por los soldados á esa servidumbre, exigida en virtud de la ley.

El Nazareno iba detrás de las cruces, entre dos soldados. Cubría sus hombros un manto de púrpura, y ceñía su cabeza ensangrentada una corona de espinas.

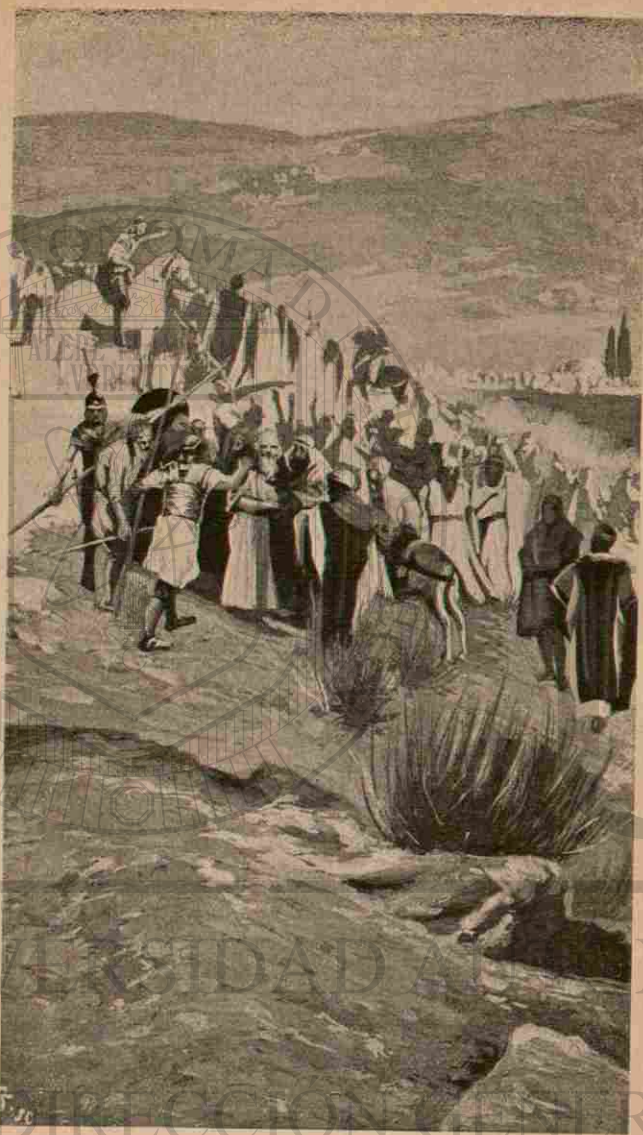
Gotas de sangre corrían lentamente á lo largo de sus mejillas; otras se habían cuajado debajo de la corona, como bayas de agavanzo ó perlas de coral.

Estaba pálido y avanzaba pausadamente, con andar débil, pero majestuoso...

Entre los aullidos de la turba y las imprecaciones del populacho, iba absorto en su idea, como transportado más allá del uni-



¡La Verdad, es Él!



Los soldados del procónsul encargados de abrir paso á través de la multitud...

verso, como si se cerniese ya sobre este mundo, desatendiendo los clamores del odio, como «Aquel que perdona» y cuyo perdón excede la medida humana; como el Sobrehumano; el Ser dispensador de misericordia... bañado de infinito y exaltado sobre la humana escoria... silencioso y dulcísimo; pero triste también, infinitamente triste, con la angustiosa tristeza de toda la tierra...

Los trémulos labios de Anthea murmuraron instintivamente:

—¡La Verdad, es Él!

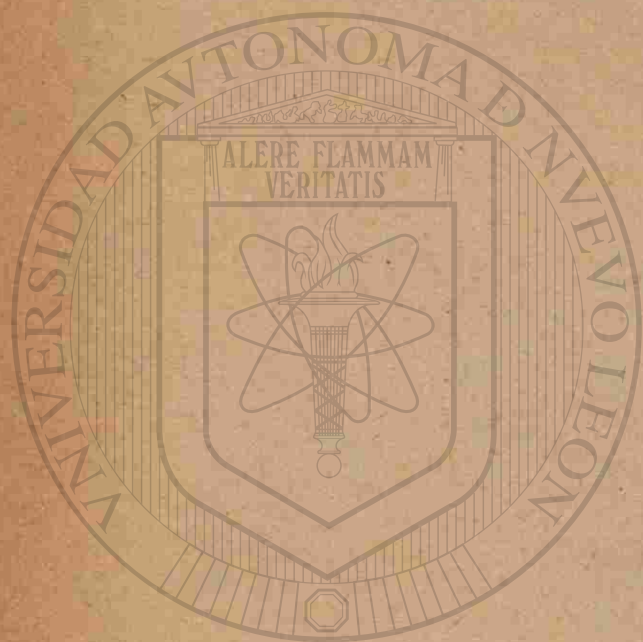
Pasó el cortejo muy cerca de la litera, y detúvose un instante, mientras los soldados se abrían paso á través de la muchedumbre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VIII

AL PIE DE LA CRUZ

ANTHEA veía muy de cerca al Nazareno: veíale los rizados cabellos agitados por suave brisa; veía el morado reflejo de la túnica escarlata teñir tristemente aquella faz pálida y diáfana.

Las oleadas de la multitud que forcejaba para acercarse á El, estrujaban á los soldados, los que viéronse en la precisión de protegerle formando un círculo con sus lanzas. Puños crispados que amenazaban, miradas salvajes, dientes cerrados, el cabello en desorden, ademanes de rabia, bocas espumeantes y las voces roncadas de tanto gritar.

Y El extendía una mirada de amor sobre aquella multitud loca y parecía preguntarle: «¿Qué mal os hice?»

Después elevó los ojos al cielo... ¡oraba y... perdonaba!

—¡Anthea! ¡Anthea! exclamó Cinna con voz conmovida.

Anthea nada oía. De sus ojos caían gruesas lágrimas.

Olvidando la enfermedad, olvidando que desde largos días carecía de fuerzas para abandonar sin ayuda la litera, de súbito se levanta loca de dolor, el alma henchida de lástima, temblando de indignación contra los ciegos aullidos de aquel populacho sin entrañas, y cogiendo los jacintos y las flores de manzano que adornaban la litera avanza bella, majestuosa, y las echa á los pies del Nazareno.

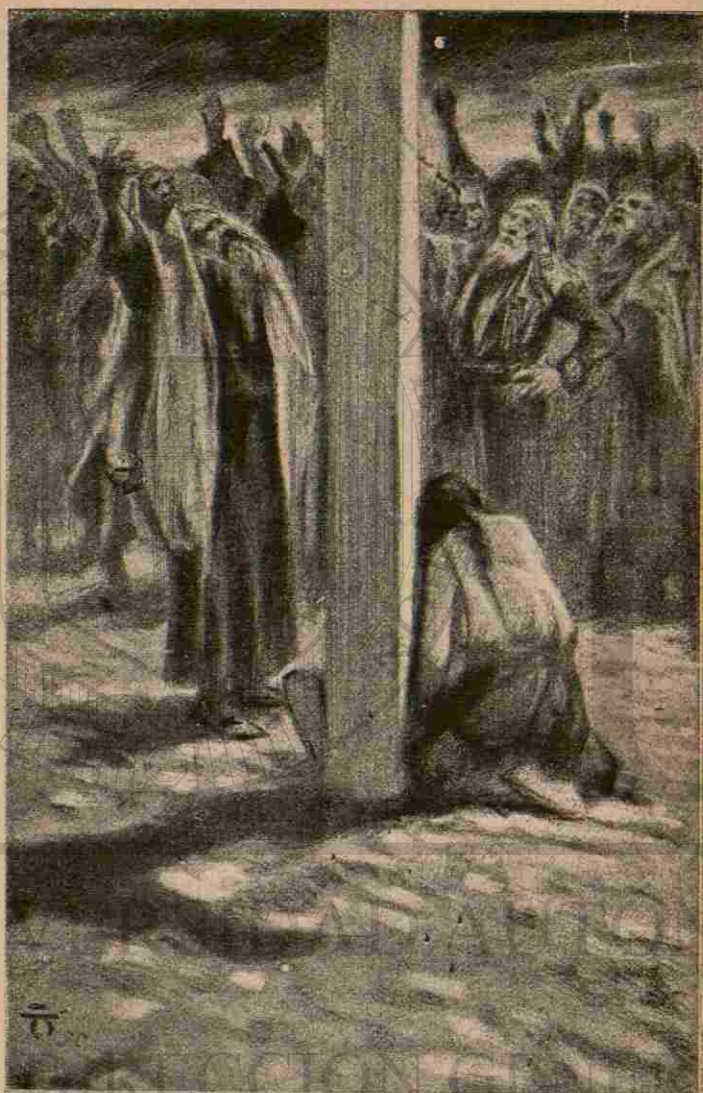
Siguió un momento de silencio. La muchedumbre calla admirada al ver una noble romana inclinarse ante el Condenado.

Y El fijó su mirada compasiva en aquel rostro enfermo, demacrado y sus labios se agitaron dulcemente como para murmurar una bendición.

Hundida en las almohadas de la litera Anthea sentíase inundada por océanos de luz, de ternura, de misericordia, de esperanza, de felicidad... y otra vez sus labios murmuraron:



... y cogiendo los jacintos y las flores de manzano que adornaban la litera...



¡Rey! ¿Dónde están tus cohortes?

—¡La Verdad... es El!

Y de nuevo las lágrimas velaron sus ojos.

Los soldados empujaron al Nazareno hacia adelante á cincuenta pasos de la litera, cabe los tres hoyos, cavados en la roca, que debían recibir las cruces. La multitud volvió á ocultarlo á las miradas de Anthea.

Pero como la colina era alta al breve rato Anthea vió de nuevo el rostro pálido, coronado de espinas.

Los legionarios dispersaron á palos aquel populacho sediento de sangre, para que no entorpeciera la ejecución.

Empezó el suplicio crucificando á los dos ladrones en las cruces laterales.

En la tercera, que era la de enmedio, habían clavado un pergamino que el viento agitaba.

Y el viento del Norte soplaba con fuerza creciente...

Los soldados se acercaron al Nazareno; quisieron desnudarle, y la turba aulló:

—¡A Ti! ¡á Ti, oh Rey!

—¡Rey! ¿dónde están tus cohortes?...

¡Defiéndete!

Una carcajada insultante agitó la soldadesca, y la repitió el populacho y se extendió por toda la colina.

En tanto los verdugos tendieron á Cristo en el suelo, y se dispusieron á clavarle las

—¡Vámanos! dijo Cinna.

—Espera... espera... ¡quiero verle otra vez! contestó Anthea.

La obscuridad velaba los cuerpos de los crucificados.

Cinna mandó acercar la litera á la cruz. Quedaron á pocos pasos del Crucificado.

Destacándose sobre el bistre obscuro de la cruz, entre las tinieblas que cubrían el mundo, el cuerpo del Crucificado pareció á Anthea vestido, aureolado de rayos de luna.

El pecho agitado por penosa respiración, la cabeza inclinada, sus ojos clavados al cielo.

De súbito un ruido sordo recorre las nubes amenazadoras. Brilla el relámpago y el trueno rueda por el espacio con espantoso fragor, que va muriendo lenta, majestuosamente cual perdido entre cavernas inmensas y repetido por ecos cada vez más lejanas, más suaves, más débiles... ¡Pero luego renace con fuerza siempre nueva, y estallan á la vez cien truenos y se repiten y se multiplican y... la tierra tiembla!

Simultáneamente una luz inmensa, incolora, rasga las nubes, ilumina el cielo, la tierra, las corazas de los soldados; el populacho está aterrorizado, ansioso, compacto como rebaño. Y tras esta luz las tinieblas fueron más horribles.

Anthea y las mujeres que se hallaban jun-



¡Era un leproso... y Él me curó!



MATER DOLOROSA

to á la cruz lloraban. Aquellos gemidos interrumpiendo la majestad del silencio tenían algo de terrible. De la multitud salieron gritos. Aquí y allá se oían voces que temblando gritaban:

—¡O jah! ¡Oi lanuh! (1). ¡Hemos crucificado al Justo!

—¡Al que enseñaba la verdad! ¡O jah!

—¡Al que resucitaba á los muertos! ¡O jah!

Una voz estridente grita:

—¡Ay de ti, Jerusalén!

Y otra clama:

—¡La tierra tiembla! ¡O jah!

Nuevos rayos de luz abren los abismos del cielo, y festoneando las nubes los muestran poblados de monstruos, de fantasmas gigantes, que irradiaban luz rojiza, misteriosa.

El huracán despertando de su momentáneo letargo pasa por la colina con furia irresistible, y arrebatando turbantes y mantos, y levanta columnas de polvo, de hojas, de piedras que revueltas suben danzando vertiginosamente.

De nuevo las voces gritan:

—¡La tierra tiembla! ¡O jah!

Muchos espectadores huyen á la desbandada locos de terror: otros permanecen inmóviles, petrificados, sin otra idea que el conocimiento vago, confuso de que presenciaban algo sublimemente terrible.

(1) ¡Ay de nosotros!

Pasó breve rato: disminuyó la intensidad de las tinieblas. El viento azotó las nubes, las dividió y volvió á reunir las para rasgarlas en mil pedazos.

Aumentó la claridad... después se entreabrió el velo sombrío, y por la abertura precipitose un torrente de rayos solares. Todo lo inundó la luz: el Calvario, las cruces, los rostros aterrorizados.

El Nazareno tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, su rostro era pálido como la cera. Los ojos cerrados, los labios cárdenos.

—¡Muerto! murmuró Anthea.

—¡Muerto! repitió Cinna.

Y el centurión hundió su lanza en el costado del Mártir.

La reaparición de la luz y la vista del Muerto dijérase que infundió valor al populacho. Acercóse á la cruz, los soldados se retiraron sin cuidar de cerrar el paso. Y de nuevo oyéronse las voces sacrílegas:

—¡Baja de la cruz! ¡Baja de la cruz!

Anthea contemplaba arrobada aquella cabeza caída, pálida, pero divinamente hermosa, y en voz muy baja cual hablando consigo misma, se decía:

—¿Será verdad que resucitará?

Veía sus ojos vidriosos, sus labios mármoreos, en su rostro manchas amoratadas, sus brazos rígidos, inertes, su cuerpo inmóvil, muerto, y en el tono de la voz de Anthea

adivinábase la desesperada duda que la torturaba.

La misma duda atormentaba el alma de Cinna. El no creía, no podía creer en la resurrección del Nazareno, pero en cambio estaba cierto, ciertísimo, de que viviendo, por su poder bueno ó malo, era el único capaz de curar á Anthea.

La multitud aumentaba al rededor de la cruz. Oíanse sin interrupción sarcásticas carcajadas y voces que rugían:

—¡Baja de la cruz! ¡Baja de la cruz!

—¡Baja! repetía Cinna desesperado en lo más íntimo de su corazón. ¡Cúrala, y mi alma será tuya!

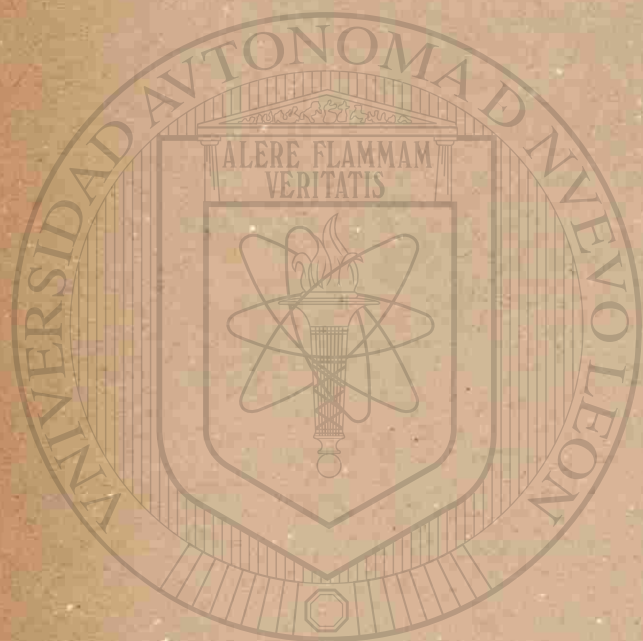
De nuevo se extendía sobre la tierra el cielo azul. Las nubes vestían aún las cimas de los montes más altos, pero sobre el Gólgota y sobre la ciudad ya no quedaban nubes ni nieblas. La torre Antonia al beso del sol brillaba cual otro sol. Soplaban suavemente una brisa primaveral, y en el aire purificado por la tempestad volaban las golondrinas á centenares.

Cinna dió orden de regresar.

Largas horas habrían transcurrido de la del mediodía. Próximos á su casa Anthea dijo:

—¡Hoy no ha venido Hécate!

Y Cinna repitió:—¡Hoy no ha venido!



IX

HACIA EL SEPULCRO

Y AL siguiente día tampoco se presentó el espectro. Antes al contrario, un soplo de vida nueva, efecto quizás de la llegada de Timón, pareció reanimar á la enferma.

El padre, inquieto por la salud de Anthea, alarmado por las cartas que le escribía Cinna, había dejado á Alejandría anhelando ver otra vez, y temiendo fuese la última, á su hija única.

La esperanza pugnaba por entrar en el alma de Cinna, quien resistíase á acogerla,

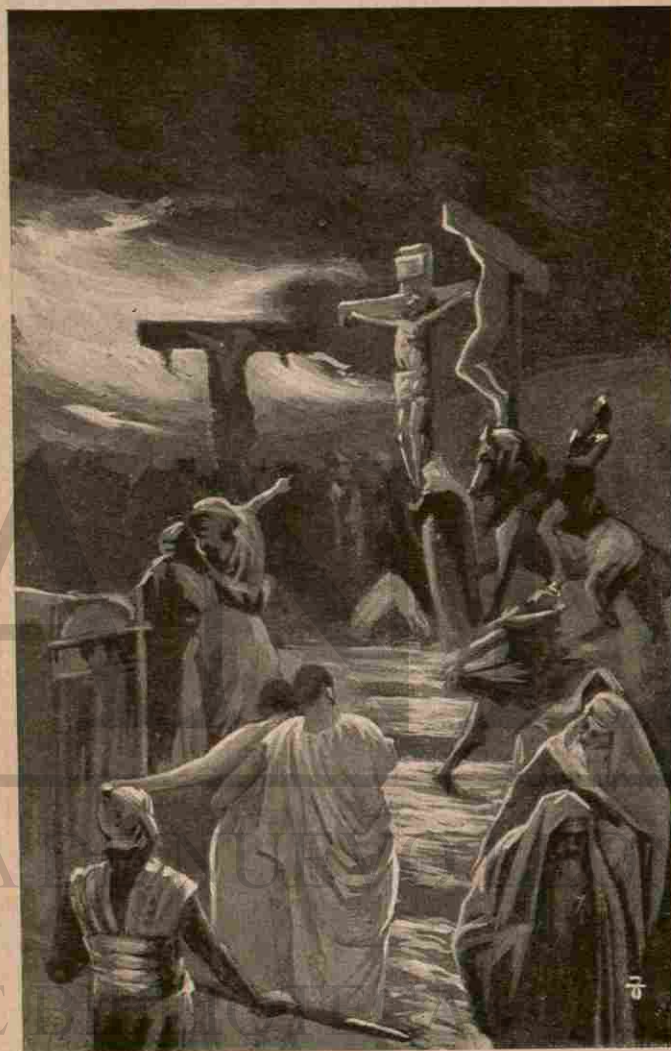
titud bendiciendo á los dioses... Pero luego un estremecimiento de terror recorría su cuerpo, y sentía que la sangre se le helaba en las venas al pensar que aquel renacer fuese quizás el último fulgor de la lámpara que se extingue.

Anhelaba conservarla aquella esperanza, y que alguien la trocara en hermosa realidad; y miraba á Timón. Los mismos pensamientos, iguales temores y esperanzas luchaban en el alma del padre, quien fijaba obstinadamente la mirada en tierra.

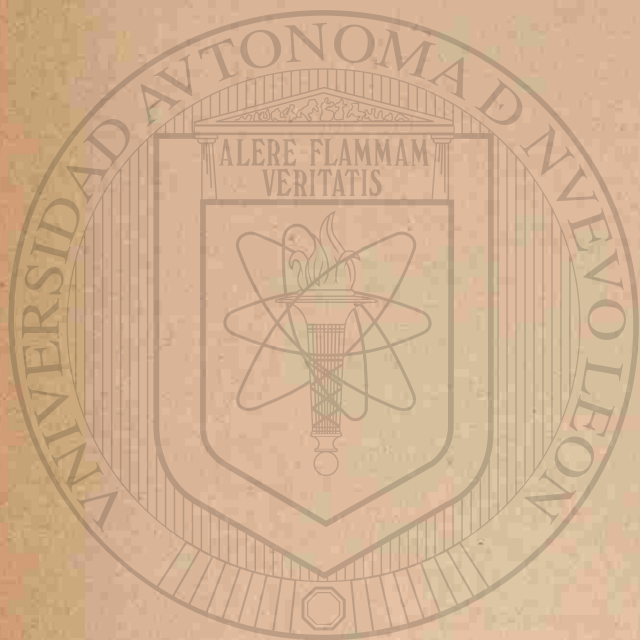
Y nadie osaba recordar que se avecinaba el mediodía. Cinna á cada momento examinaba la progresiva disminución de la sombra que proyectaban, y con el corazón oprimido veía acercarse la hora crítica, terrible.

Permanecían en la colina inmóviles, silenciosos, cual abandonados á sus vagos temores... Anthea parecía menos inquieta: tendida en la litera descubierta, reclinada la cabeza sobre almohada de púrpura, aspiraba con delicioso fruición el aire puro que la brisa ligera llevaba de regiones lejanas.

Al mediodía cesó la brisa. Aumentó el calor. Al beso del sol los plantíos de nardo exhalaban delicado aroma, embriagador perfume. Revoloteaban las mariposas sobre floridas anémonas... Pequeños lagartos, habituados á la presencia de aquella litera y de aquellas gentes, salían de las rocas, uno



... después se entreabrió el velo sombrío...



á uno, ardidamente... atentos siempre al menor movimiento. El mundo descansaba en el seno de la calma luminoso, brillante, cobijado por el cielo intensamente azul.

Timón y Cinna parecían descansar también, cediendo al influjo de aquella calma enervadora. Y la enferma cerró los ojos... dijérase que dormía... Reinaba imponente silencio, sólo turbado de vez en cuando por los suspiros que agitaban el pecho de Anthea.

Cinna, que no dejaba de mirar la sombra, veíala disminuir paulatinamente, hasta que apenas proyectóse en torno de sus piés.

—¡Mediodía!

Anthea de súbito abre los ojos, y con misteriosa voz le llama:

—¡Cinna!... ¡tu mano!

Cinna tiembla, un estremecimiento de terror recorre su cuerpo. Es la hora de las terribles visiones. Anthea con los ojos desmesuradamente abiertos le dice:

—¿No ves, allá, una luz brillante cual gavilla encendida?... ¡Se agita! ¡deslumbra! ¡se me acerca!...

—¡Anthea, no la mires! le suplica Cinna.

Pero ¡oh prodigio!... El rostro de la enferma no expresa temor. Los labios entreabiertos, los ojos radiantes... y el rostro se inunda de paz, de suprema alegría.

—La columna de luz se me acerca, repetía Anthea.

—¡Le veo! ¡le veo!
¡Es El!... ¡El Nazareno!
¡Sonríe dulcemente!
¡Oh amor misericordiosísimo!
¡Me tiende sus manos ensangrentadas!
¡Cinna, me brinda la salud, la redención!...
¡Me llama!... ¡¡Sigámosle!!—
Y Cinna, pálido por la emoción, sólo
acertaba á repetir:
—¡Nos llama!... ¡¡Sigámosle!!

Un momento después por el opuesto lado,
y avanzando por roqueño sendero que con-
duce á la ciudad, vieron acercarse á Poncio
Pilato. La expresión de su rostro exteriori-
zaba la emoción que sentía; pero él era sabio,
era filósofo, y no podía creer otra cosa sino
que aquella noticia era fútil invención del
populacho crédulo é ignorante.

De lejos, y enjugándose el sudor que ba-
ñaba su frente, les gritó:

—¡Asombraos! Ahora pretenden... ¡que
ha resucitado!...

Anthea no oía, no quería oír otras pala-
bras que las de Cinna:

¡Nos llama!... ¡¡SIGÁMOSLE!!

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIN



LILLIÁN

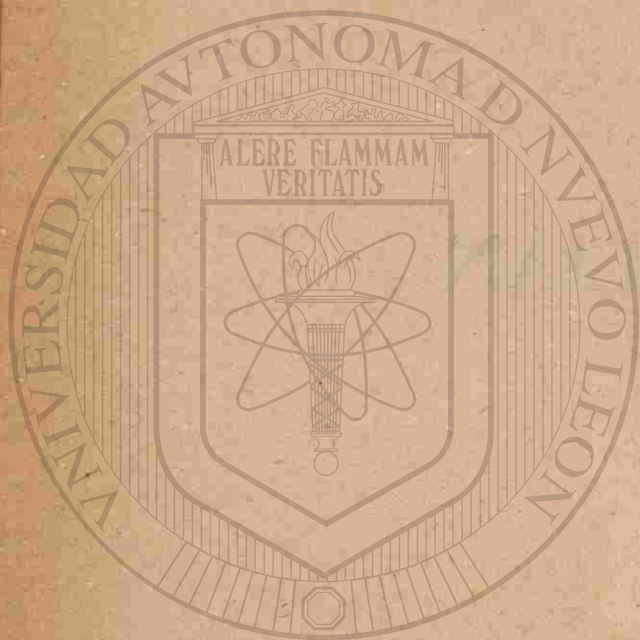
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA
AÑO DE 1904



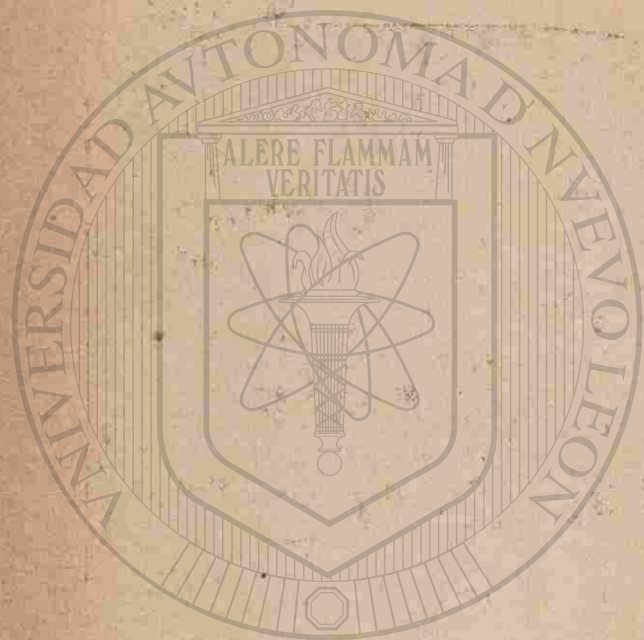


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOVELA TRADUCIDA POR M. C. Y G.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ILUSTRACIONES ORIGI-
NALES DE D. FRANCISCO
* * * GALÍ * * *

CON LICENCIA
ECLESIASTICA





INTRODUCCIÓN

DURANTE mi permanencia en California visité acompañado de mi amigo el pundonoroso y valiente capitán X..., á uno de nuestros compatriotas que vivía en las apenas pobladas montañas de Santa Lucía.

Como estuviese ausente de su casa debimos vivir cinco días en solitaria barranca acompañados de un indio anciano que, durante la ausencia de su señor, cuidaba las abejas y las cabras de Angora.

Siguiendo la costumbre del país dormía todas las horas que el sol baña la tierra, y al

nacer la noche me sentaba junto al fuego siempre vivo y escuchaba las relaciones del capitán, sus maravillosas aventuras, de las que sólo pueden ser teatro los desiertos americanos.

Aquellas horas tenían para mí indecibles encantos. Las noches eran verdaderas noches de California: tranquilas, cálidas y estrelladas. Las llamas del fuego danzaban alegremente, y á su luz contemplaba la estatura gigantesta, las nobles facciones de mi amigo el anciano militar. Fijos los ojos en las estrellas, esforzábame en avivar la memoria de pasados acontecimientos, nombres queridos, rostros hermosos, y el recuerdo de la que le legara aquella expresión de tristeza que leíase en su mirada y que parecía desprenderse de su ser.

Tal como la oí voy á repetiros una de estas relaciones, creyendo que tú, lector, la escuchará con el mismo vivísimo interés que yo la escuchara.



CAPÍTULO PRIMERO

SALÍ para América el Septiembre de 1849, dijo el capitán: permanecí algún tiempo en Nueva Orleans, ciudad en la cual predominaba entonces el elemento francés. De Nueva Orleans remontando el Misisipí dirigíme á una extensa plantación de azúcar, donde hallé trabajo y pingües ganancias. Pero como era joven y audaz, y me gustaba viajar y tenía horror á la vida monótona, presto dejé el empleo y empecé á vivir en el bosque. Me acompañaron varios camaradas, y pasamos algún tiempo recorriendo las orillas de los lagos de la Lui-

siana. Entre cocodrilos y serpientes vivíamos de la caza y de la pesca, y de vez en cuando enviábamos por el río á Nueva Orleans, madera en cantidad más que regular, la que vendíamos á buen precio.

Nuestras expediciones se extendieron hasta lejanas tierras. Llegamos á «Blody Arkansas,» entonces apenas habitado. Y aquella vida llena de penalidades y peligros, de sangrientos encuentros con los piratas del Misisipí y los indios, entonces muy numerosos en Luisiana, Arkansas y Tennessee, robusteció mi salud y dióme un conocimiento tal de aquellas llanuras, que podía leer en el inmenso libro de la naturaleza salvaje tan bien como el más práctico guerrero piel roja.

Cuando se descubrió oro en California casi todos los días salían caravanas de emigrantes de Boston, New York, Filadelfia y otras ciudades orientales. Conocedora de mi reputación una de estas caravanas de emigrantes, me pidió que la guiara, nombrándome su jefe.

Acepté gustoso el nombramiento, pues en aquella época se contaban maravillas de California, y á mí habíanme picado la curiosidad y deseaba visitarla avanzando muy lejos hacia el Far West, sin que por ello me hiciese ilusiones acerca de los peligros del viaje.

En la actualidad el ferrocarril recorre en una semana la distancia que media entre New York y San Francisco, y el desierto sólo se extiende al Oeste de Omaha: ¡cómo cambian los tiempos!

De los pueblos y ciudades que se encuentran hoy entre New York y Chicago y que son más numerosos que las semillas de adormidera, entonces no había ninguno, y Chicago, la que luego ha crecido como seta después de lluvia, era un mísero villorrio de pescadores, no señalado en ningún mapa.

Precisaban carros, mulos y hombres intrépidos para cruzar aquellas regiones salvajes pobladas por los feroces Crows, Blackfeets, Pawnees, Sioux y Orickarees, tribus indias cuyo encuentro era imposible evitar, pues movibles como la arena, carecían de habitaciones estables. Viviendo de la caza recorrían las inmensas llanuras persiguiendo búfalos y antílopes.

Múltiples eran los peligros que nos amenazaban: el que se lanza lejos, hacia el Oeste, debe estar pronto á sufrir lo indecible y á exponer su vida millares de veces.

La responsabilidad que pesaba sobre mí casi me asustaba; pero cuando la hube asumido mi única preocupación fué disponerlo todo para tan largo viaje. En los preparativos empleamos más de dos meses: debimos traer los carros de Pittsburgh; comprar mulos,

caballos, armas, y proveernos de víveres y de cuanto pudiese sernos necesario. Ultimados los preparativos, ya el invierno tocaba á su fin. Hubiera deseado partir en invierno para durante la primavera cruzar los grandes campos que se extienden entre el Misisipi y las montañas Roqueñas. Pues sabía que en verano en aquellas extensas llanuras mueren centenares de hombres víctimas de enfermedades contagiosas provocadas por la intensidad del calor que en ellas reina; razón que me resolvió á dirigir el convoy no por el camino que avanzando hacia el Sud pasa por San Luis; sino por Jowa, Nebraska y el Norte del Colorado; camino que los indios hacían más peligroso, pero que indudablemente era el más sano. Al exponerles mi plan los hombres de la caravana protestaron indignados, y momentos hubo en que temí estallase una rebelión. A sus gritos les contesté, que pues se negaban á obedecerme, podían elegir otro jefe. Acabaron por someterse, y partimos al nacer la primavera. Hasta que mis compañeros se hubieron acostumbrado á mi carácter y á las especiales condiciones del viaje, debí sufrir lo indecible.

Cierto es que les inspiraba confianza, pues mis atrevidas correrías por Arkansas me valieron notoria fama entre la turbulenta población fronteriza, y el nombre de « Ralph el Soberbio, » con que me apellidaban en las lla-

nuras, era asaz conocido de la mayoría de mis gentes. Sin embargo, dadas las circunstancias, para que fuesen amistosas las relaciones entre el jefe y los emigrantes, precisaba un tacto extremado. Debía al anochecer elegir sitio á propósito donde acampar. Y durante el día indicar el camino y dirigir la marcha de aquella caravana tan larga que, avanzando ordenadamente por las llanuras, ocupaba á veces más de una milla. Debía poner centinelas en las alturas vecinas, relevarles, y dar á los hombres cansados permiso para irse á dormir.

Cierto es que los norteamericanos tienen el espíritu de organización elevado á un grado tal de perfección que asombra. Pero efecto de las fatigas de la marcha, las energías desfallecen, y el decaimiento se enseñoorea hasta de los más resueltos. En el decurso de aquellas horas de triste desaliento, se niegan á pasarse el día montados á caballo para practicar los indispensables reconocimientos, y se niegan también á dar la guardia durante la noche. Extenuados, todos odian el trabajo, y sólo anhelan pasarse largas horas tendidos perezosamente en el interior del carro.

Además, para tratar á los yankees precisa que el jefe sepa conciliar la disciplina con la amabilidad, lo que no siempre es empresa fácil. Durante la marcha y las guardias

nocturnas no consentía que nadie desacatará mi autoridad. Pero durante las horas que cada día descansábamos y las que permanecíamos acampados, dejaba de ser jefe para convertirme en amigo. Los hombres quedaban en completa libertad, y más de una vez vine obligado á perdonar las insolencias de algún aventurero. Un día tuve ocasión de demostrar en presencia de múltiples espectadores, que mis brazos eran los más robustos y mis puños los más fuertes, lo que me valió la autoridad necesaria para cortar toda disputa ó conversación desagradable.

Profundo conocedor del carácter americano, procuraba mostrarme siempre amable. Mi amabilidad y paciencia debían mucho, es preciso confesarlo, á unos hermosos ojos azules que del fondo de un carricoche solían fijarse en mí con, al parecer al menos, cierto interés. Eran los ojos grandes, bellos de una joven, casi niña cuya alabastrina frente sombreaban dorados cabellos. Llamábase Lillián.

Era delicada, esbelta; bañaba su rostro indecible expresión de melancolía mezclada con el alegre sonreír de quince años: parecíame una niña.

Desde los primeros días del viaje excitó mi curiosidad aquella hermosa joven, de expresión grave cual la de mujer anciana. Pero el puntual cumplimiento de los deberes que in-

cumben al jefe me impedía pensar en nada que no fuesen ellos.

Durante las primeras semanas del viaje apenas si cambié con *miss* Lillián otras palabras que el saludo cotidiano. Sin embargo, compadecido de su juventud y aislamiento (entre los hombres de la caravana no tenía ni parientes ni conocidos), había mandado se le prestaran algunos servicios por cierto bien insignificantes.

Innecesario era velar por ella con mi autoridad de jefe, pues los norteamericanos, aunque no tan caballeros como los franceses, tratan á la juventud con respeto y consideración.

Habiendo observado que Lillián estaba algo enfermiza, dispuse se trasladara al carricoche más confortable, que dirigía un conductor anciano, hombre muy práctico, llamado Smit. Mandé le prepararan un lecho en el que pudiese descansar cómodamente, y le presté una hermosa piel de búfalo, la mejor de las muchas que á prevención llevaba.

Aunque tales servicios fuesen de escasa importancia, Lillián parecía estar por ellos vivamente agradecida, y procuraba demostrármelo. Y á mí parecíame tan bella como humilde. Dos mujeres, la tía Grosvenor y la tía Atkins, la acompañaban y mimaban cual puede mimar la madre al más querido de sus hijos. Llamábanla «avecilla,» y gustó

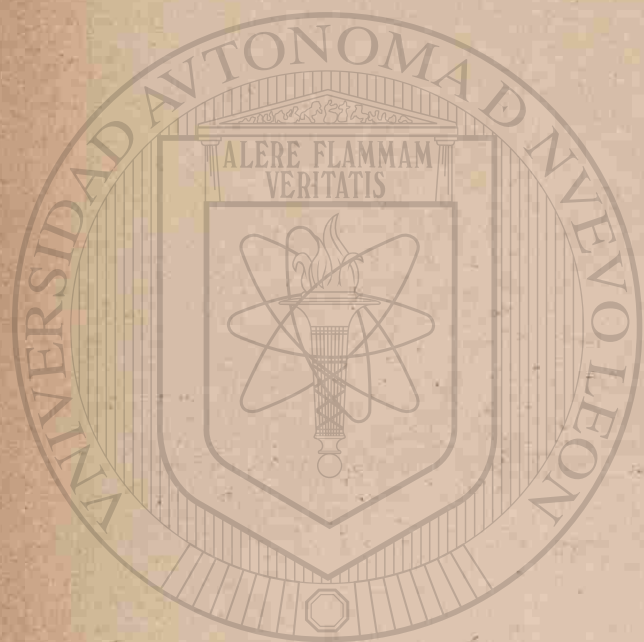
tanto el nombre que en la caravana no se la conocía por otro. Nunca había hablado con Lillián. Al fijarme en que eran para mí las mas hermosas miradas de la joven de ojos azules, creí que aquella simpatía sería efecto de que entre todas las gentes del convoy era el único que había recibido educación semejante á la suya. Lillián, cuya distinción era evidente, veía en mí el hombre que por su educación y manera de ser se acercaba más á la esfera en que ella vivía.

El interés que me manifestaba halagaba no poco mi vanidad: procuré colmarla de atenciones, espiaba sus miradas, y me preguntaba con asombro cómo tan encantadora criatura había podido pasarme inadvertida semanas enteras.

De entonces gusté de hacer caracolear mi caballo en torno del carricoche de Lillián. Cuando moría la brisa matutina y los rayos del sol inundaban la tierra; cuando al mediodía caían perpendiculares sobre nuestras cabezas con fuerza enervadora, y los mulos avanzaban perezosamente y la caravana se extendía por la llanura sin límites cual culebra aletargada, de suerte que el hombre que guiaba el primer carro no veía el fin de aquella larga hilera, gustaba de soltar la rienda á mi corcel y recorrer la caravana de uno á otro extremo, feliz viendo al pasar que se inclinaba aquella linda cabeza, y que



De entonces gusté de hacer caracolear mi caballo en torno del carricoche de Lillián.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquellos ojos hermosos me miraban con curiosidad infantil. Y feliz al sentir que entre tantos extranjeros, no estaba enteramente solo, que se acordaba de mí una alma inocente, encantadora.

Era algo muy superior á vanidad satisfecha lo que sentía, era la felicidad de saber que cerca de mí había un corazón capaz de comprenderme. Lillíán era la reina de mis pensamientos. Gracias á ella al cruzar aquellos bosques y llanuras inmensas no experimentaría la tristeza de la soledad ni la tortura de los vagos temores. Y el viaje tenía para mí nuevos encantos. Antes cuando la caravana suspendía la marcha y los carros se colocaban en el sitio previamente designado para entregarse al descanso, aquel vocear de los carreteros, aquel continuo ir y venir me mareaban. De entonces nó: cuando de la cima de una colina lanzaba la voz de ¡alto! la vista de los carros blancos, vibrando intensamente al beso del sol y medio cubiertos por las altas hierbas como naves en el Océano, y la de los hombres armados y á caballo esparcidos en pintoresco desorden á ambos lados de los carruajes, me llenaba de felicidad no exenta de infantil orgullo. Ignoro lo qué podía sugerirme tales comparaciones, pero la vista de aquella caravana evocábame el recuerdo de un pueblo del Antiguo Testamento al que, cual patriarca, debía yo guiar

á la tierra de promisión. Los cascabeles de las mulas y el grito *jadelante!* de los conductores acompañaban como armonioso concierto mis pensamientos de felicidad.

Cuando hube adquirido la certeza de que existía entre Lillián y yo un sentimiento entonces para mí inexplicable, se apoderó de mí extraña timidez; y sin embargo multiplicaba mis atenciones, y repetidas veces al cruzar por delante su carricoche detenía mi corcel y preguntaba con interés por la salud de la tía Atkins y de la tía Grosvenor, para así justificar mis preguntas y cuidados por la salud de Lillián.

Y creí adivinar en el rostro de esta joven de rubios cabellos y ojos azules indecible expresión de tristeza que me movió á compadecerla. Y compadeciéndola enseñoreóse de mis pensamientos. Y cuando ya anochecido, después de revistar los centinelas para ver si seguían firmes en el sitio que les designara, retirábame á descansar en mi carro, en vano cerraba los ojos deseando conciliar el sueño: parecíame que los mosquitos y abejas, que incansables zumbaban en torno mi cabeza, cantaban sin cesar: «Lillián... Lillián...» Y era la reina de mis sueños, y al despertar mi pensamiento volaba hacia ella cual golondrina, y su recuerdo endulzaba mis sufrimientos y hacía agradables las contrariedades de aquel penoso viaje.

Todos la amaban como á su propia hija, y de este amor tenía todos los días múltiples pruebas. Varias mañanas vi á la tía Atkins que peinando á Lillián la abrazaba con maternal afecto. Y otras veces vi á tía Grosvenor que estrechando entre sus manos las de aquella joven casi niña, procuraba infundirles el calor que le robaba el frío de la noche. Los hombres empeñábanse en colmarla de atenciones. Había en la caravana uno llamado Enrique Simpson, joven aventurero de Kansas, cazador intrépido y dotado de relevantes virtudes, pero tan pagado de sí mismo, tan insolente, que en el decurso del primer mes vime obligado á castigarle dos veces para demostrarle que en la caravana había alguien más fuerte, más valiente que él, y á quien tenía obligación de obedecer. ¡Precisaba verle á Enrique hablar con Lillián! El que no respetara ni al mismísimo Presidente de los Estados Unidos, ante la joven perdía su orgullo y natural atrevimiento. Cada dos palabras repetía: «Señorita Lillián, le pido mil perdones.» Dijérase era un perro encadenado y dócil; y en realidad aquel semi Hércules hallábase pronto siempre á obedecer la menor indicación de aquellas manos de muñeca.

Durante las horas de alto procuraba hallarse donde estaba Lillián, atento á prestarle esos mil diversos pequeños favores que

tanto se agradecen. El encendía el fuego y le buscaba sitio donde el humo no la molestara. Cubría de musgo el lugar donde ella debía sentarse, y luego pareciéndole poco añadía las mantas de su propio caballo. Escogía para ella la más hermosa pieza de caza, y todo con amabilidad y fina y humilde cortesía de que nunca le imaginara capaz.

Viéndole sentía extraño enojo, algo muy parecido á envidia.

Mis quehaceres no acababan nunca. Los carros avanzaban uno tras otro y frecuentemente muy distantes entre sí: cuando para el descanso del mediodía entrábamos en un campo descubierto, siguiendo la costumbre de estas llanuras, los mandaba colocar unos al lado de otros, tan juntos que entre ellos apenas podía pasar un hombre. Indecibles ó poco menos eran las dificultades que debía vencer para ordenar aquella línea defensiva. Las mulas son por naturaleza salvajes é indomables: ó se lanzan con impetu corriendo escapadas, ó se niegan á avanzar, y se des-
aparejan, se muerden y piafan con furiosa impaciencia. De vez en cuando los carros por efecto del pésimo estado de los caminos estropeábanse ó volcaban. Entonces relinchaban los caballos, gritaban los carreteros, los cascabeles sonaban desacompañadamente, los perros ladraban con furia y armába-

se un concierto infernal. Ordenado el campamento, debía vigilar quedasen colocados de manera conveniente los arreos, y que los carreteros apacentaran primero y abrevaran después todas las mulas. En tanto los hombres que marchaban á la vanguardia, abandonaban el llano, recorrían las colinas y bosques vecinos, y á las pocas horas regresaban bien provistos de caza: sentábanse en torno de los numerosos hogueras que encendían, y comían y charlaban alegremente mientras que yo apenas disponía de un momento para probar bocado ó reponer mis fuerzas.

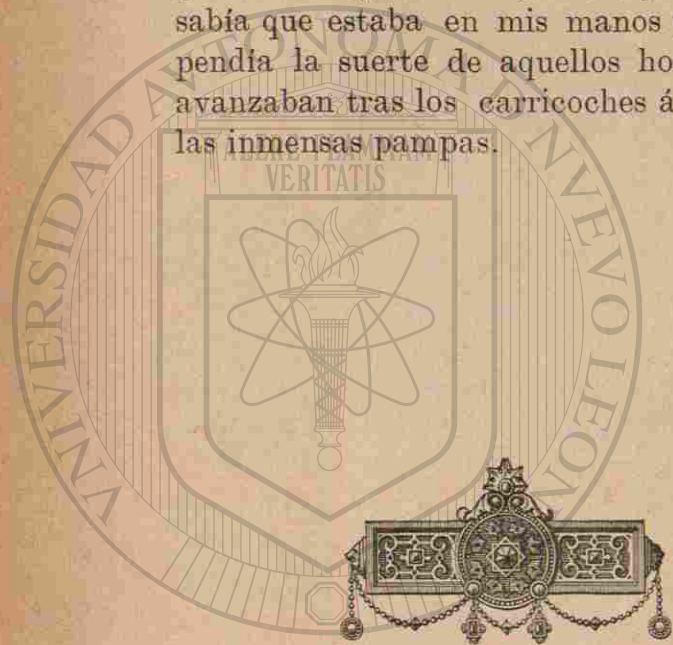
Cuando después del reposo proseguíamos el camino, doblaba la vigilancia: para evitar ruido y desorden mandaba atasen las mulas en vez de dejarlas correr en libertad.

Con enojosa frecuencia los carreteros se avenían, y para evitarse la molestia de un rodeo ó un paso que juzgaban dificultoso desobedecían mis órdenes.

Lo que originaba querellas y disputas sumamente desagradables.

Repetidas veces espoleaba mi corcel, y partiendo á galope tendido, dejaba muy atrás las avanzadas, reconocía los alrededores, buscaba campos donde corriese abundante el agua potable y que en caso de ataque pudiesen ser fácilmente defendidos, y el que parecíame mejor lo elegía para descansar en él durante la noche.

Llegaba á maldecir mis deberes de jefe, y sin embargo el pensamiento de que lo era me llenaba de orgullo. Gustaba de repetirme que era el señor de aquella caravana, el general de aquel semi-ejército, y que Lillián sabía que estaba en mis manos y de mí dependía la suerte de aquellos hombres que avanzaban tras los carricoches á través de las inmensas pampas.

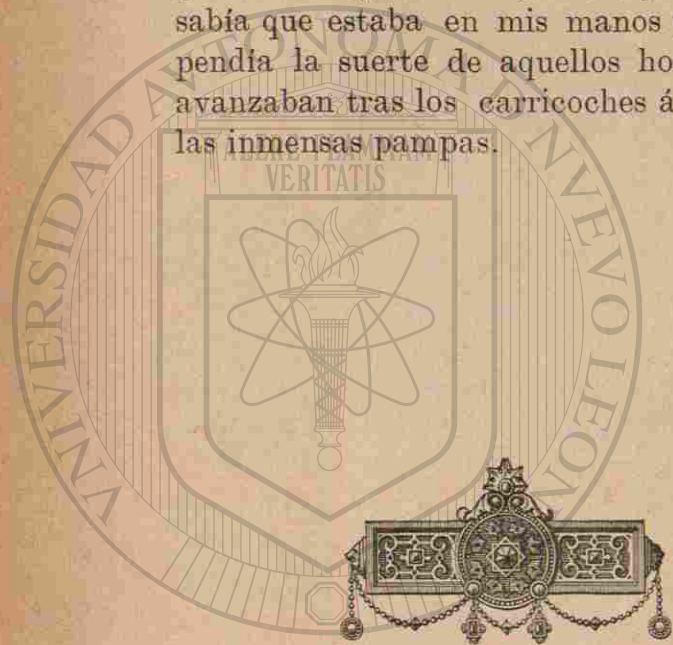


CAPÍTULO SEGUNDO

CRUZAMOS el Misisipí y acampamos en Cedar-River; pasando la noche en sus hermosas orillas, cubiertas de algodoneros.

Cuando me alejaba de los hombres que, armados de hachas, se internaban en los vecinos matorrales para cortar la leña que durante la noche debía alimentar las fogatas del campamento, vi á corta distancia la demás gente de la caravana, que aprovechando las horas de reposo y los encantos del caer de la tarde de un día primaveral, vagaba alegre por la llanura. La hora era

Llegaba á maldecir mis deberes de jefe, y sin embargo el pensamiento de que lo era me llenaba de orgullo. Gustaba de repetirme que era el señor de aquella caravana, el general de aquel semi-ejército, y que Lillián sabía que estaba en mis manos y de mí dependía la suerte de aquellos hombres que avanzaban tras los carricoches á través de las inmensas pampas.



CAPÍTULO SEGUNDO

CRUZAMOS el Misisipí y acampamos en Cedar-River; pasando la noche en sus hermosas orillas, cubiertas de algodoneros.

Cuando me alejaba de los hombres que, armados de hachas, se internaban en los vecinos matorrales para cortar la leña que durante la noche debía alimentar las fogatas del campamento, vi á corta distancia la demás gente de la caravana, que aprovechando las horas de reposo y los encantos del caer de la tarde de un día primaveral, vagaba alegre por la llanura. La hora era

la mejor, pues solíamos para pasar la noche acampar á las cinco de la tarde, á fin de proseguir el camino al alborear del siguiente día.

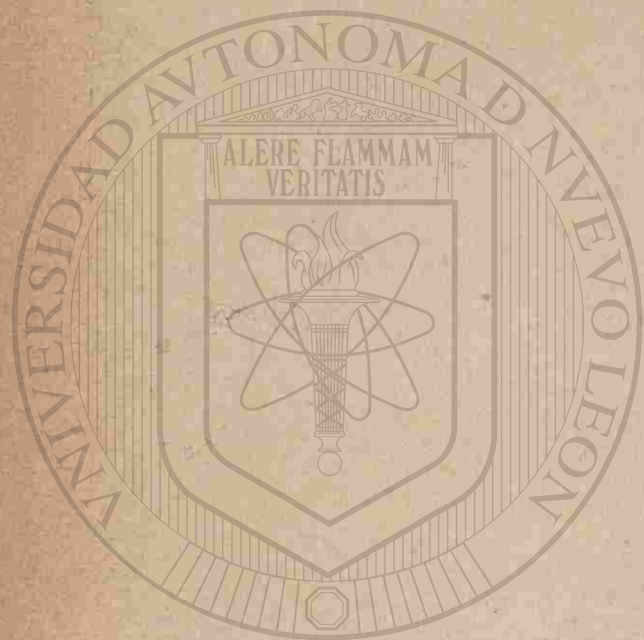
Me dirigia al campamento cuando encontré á Lillían. De un salto puse piés á tierra, y teniendo al caballo de la brida me acerqué á la joven, saludándola, feliz de poder hablarla. Le pregunté cómo tan joven y tan inexperta se atrevía á emprender un viaje capaz de agotar las fuerzas del hombre más robusto.

—De no creerla hija de la tía Atkins, jamás, señorita, la dije, consitínera en dejarla formar parte de nuestra caravana. Y ¿tendrá V. fuerza para seguir adelante? Debe convencerse de que el viaje será incomparablemente más penoso de cuanto V. puede imaginar.

—Lo sé, me contestó sin levantar sus sonadores ojos azules; pero debo continuar, y soy feliz teniendo á V. por protector y guía. Mi padre está en California, y la última carta que de él he recibido me la envían desde Cabo Horn, y me anuncia que se halla en Sacramento atacado de la fiebre. ¡Pobre padre! Nunca supo más que hacer bien y amarme, y por mi amor marchóse á California. Ignoro si lo encontraré vivo; pero siento, sé que yendo hacia á él cumplo mi deber de hija.



De un salto puse piés á tierra, y teniendo al caballo de la brida, me acerqué á la joven...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A tales razones no había objeción posible. Pregunté á Lillián noticias de su padre. Y me contestó que se llamaba Morris, que había sido juez del Tribunal Supremo de Boston, que es el primer tribunal del Estado. Habiendo perdido cuanto poseía, dirigióse á las entonces recién descubiertas minas de California, esperando adquirir una nueva fortuna que legar á su hija, á quien amaba con indecible amor.

Le cogió la fiebre en el insalubre valle de Sacramento, y viendo que iba á morir envió á Lillián su postrera bendición.

Al recibirla la pobre niña vendió cuanto tenía, y resolvió volar al lado de su padre enfermo.

Su primera idea fué hacer el viaje por mar, pero los consejos de la tía Atkins le obligaron á desistir.

Tía Atkins era natural de Tennesse, y había oído de labios de amigos míos el entusiasta relato de mis luchas con los piratas del Misisipí y de mis atrevidas excursiones por Arkansa, y lo había repetido á Lillián. Le ponderó mi experiencia en viajes á través de las pampas sin límites, y los solícitos cuidados de que siempre rodeaba á los débiles (en lo cual nunca creí hacer más que cumplir con mi deber). Tan entusiasta fué la relación que de mis méritos y cualidades hizo la tía Atkins á Lillián, que ésta sin titubear

resolvió sumarse á la caravana que se disponía á partir bajo mis órdenes. A sus exagerados elogios tía Atkins añadió que yo era de noble cuna. Lo cual explica el interés no exento de simpatía, que hacia el capitán de aventureros sentía el alma infantil de Lillián.

—No dude, señorita, la dije cuando acabó sus explicaciones, que nadie la molestará, ni carecerá de nada. Y por lo que á su padre se refiere, California es tierra sana donde nadie muere victima de la fiebre. Sin embargo, venga lo que viniere, no quedará usted sola, no la abandonaré, y... que Dios la bendiga y la proteja.

—Gracias, capitán, me contestó profundamente conmovida. Y seguimos hablando tranquilamente, y nuestra conversación era cada vez más franca y amistosa.

—¿Verdad que en la caravana todos la tratan con amabilidad? pregunté lejos de imaginar que tal pregunta pudiese originar desavenencia.

—Sí, me contestó, todos son amables; tía Atkins, tía Grosvenor y también Enrique Simpson; todos son buenos.

El nombre de Simpson me apenó, produciéndome el efecto de un mordisco de serpiente.

—Enrique es un carretero, le contesté, y cuida de los carros.

Lillián, absorta en sus pensamientos tristes, no se fijó en la alteración de mi voz, y continuó hablando dulcemente como consigo misma:

—Tiene un corazón excelente; mientras viva le estaré agradecida...

—Señorita Morris, interrumpí bruscamente, completad la frase; añadid: seré su esposa. Voy creyendo que me elegisteis por confidente de vuestros secretos.

Al oír estas palabras me miró con asombro; calló y proseguimos paseando en penoso silencio. Mis labios no acertaban á pronunciar palabra; mi corazón estaba henchido de tristeza, y latía con violencia enojado contra ella y contra mí.

Luchaba, sufría tanto, que de súbito exclamé rápida y bruscamente:

—¡Buenas noches, señorita Morris!

—¡Buenas noches! me contestó con dulzura, y volvió la cabeza para ocultar dos lágrimas que rodaban por sus mejillas pálidas.

Salté á caballo y dirigíme donde se oían las voces de mi gente. Entre todas reconocí la de Enrique Simpson. Preso de amarga tristeza sufría lo indecible, y parecíame que aquellas lágrimas caían sobre mi corazón. Tiré la rienda con fuerza y momentos después hallábame de nuevo al lado de Lillián.

—¿Por qué llora, Lillián?

—Señor, me dijo con suplicante acento,

sé que es V. de noble familia, me lo contó tía Atkins, y ha sido V. siempre tan bueno, tan bueno para mí...

Y esforzabase para retener las lágrimas, pero sus esfuerzos fueron inútiles, y los sollozos ahogaron aquella voz suplicante.

¡Pobre joven! mi contestación la había apenado. Me dejé guiar por la envidia, y es mala consejera: al ver á Lillían llorando hubiera querido arrancarme la lengua para testificarle mi dolor. Cogiéndole una mano, le dije con profunda emoción:

—¡Lillían! ¡Lillían! no me comprendió V. No fué el orgullo el que habló por mis labios: no hay en la caravana, no hay en el mundo entero nadie por quien sienta las simpatías que por V. Me afligió un pesar, una tristeza extrema, y tuve necesidad de alejarme, de desvanecerlo; pero sus lágrimas me apenan, no puedo verla llorar: siento más, muchísimo más que V., la pena que le he causado. La admiro, la aprecio, y de no ser así poco me interesaría cuanto pensase de Enrique: es un buen muchacho; pero dejemos estas cosas. Ya ve V. el resultado de sus lágrimas; perdóneme tan sinceramente como lo imploro.

Esta prueba de sinceridad y respeto produjo el efecto deseado. Lillían no cesó en el acto de llorar, pero á través de sus lágrimas adiviné una sonrisa hermosa como rayo

de sol perdido entre nubes negras. Sentí inundarse mi alma de ternura. Y proseguimos paseando silenciosos; y el cielo y la llanura y los árboles y las flores parecíanme más hermosos, más buenos.

El crepúsculo avanzaba. Gozábamos de la admirable temperatura que acompaña la muerte de un día de primavera: y en el aire, que agitábase suavemente meciendo impalpables partículas de polvo, había tanta luz, brillaban con tal fuerza los rayos del sol ponentino, que la llanura con sus grupos de algodoneros que en lontananza la limitaban, los carros de la caravana y las bandadas de ánades salvajes que graznando cruzaban el cielo volando hacia el Norte, parecían bañados de luz nacarina, dorada.

Este día, que fué para mí fecundo en emociones, debía acabar alegremente, pues la gente, enamorada de la espléndida temperatura, resolvió organizar una fiesta al aire libre. Después de una cena más abundante de lo que solíamos, encendiése una gran hoguera en torno la cual debía danzarse. Enrique Simpson había á este objeto mandado cortar las hierbas en el radio de algunos metros cuadrados, y en ella extender fina capa de arena traída de las vecinas orillas del Cedar-River. Cuando los espectadores se hubieron reunido en el sitio así preparado, Simpson inició la fiesta,

bailando con general asombro una danza salvaje al son de las flautas tocadas por negros. Dejaba colgar sus brazos á lo largo del cuerpo inmóvil, y agitaba suavemente los piés golpeando el suelo con los talones. Los movimientos de los piés eran tan varios, tan rápidos, que los ojos apenas podían seguirlos.

Y las flautas dejaron sus notas graves por otras ligeras, locas, y empezó la danza un segundo bailarín, al que siguió un tercero y luego un cuarto... y se generalizó la alegría. Los espectadores, sumándose á los negros tocadores de flauta, golpeaban los calderos de estaño (destinados á lavar tierras auríferas), ó seguían el compás con unos huesecillos que tenían entre los dedos, los que producían un sonido semejante á las alegres notas de las castañuelas.

De súbito gritaron: ¡Los músicos, los músicos! La multitud formó un círculo en torno la improvisada sala de baile, y en medio de él se precipitaron de un salto Jim y Crow, los negros de la caravana: Jim llevaba en la mano un tamboril de piel de serpiente, Crow los huesecillos de que hablé antes. Miráronse un momento agitando sus blancas pupilas, y luego empezaron á cantar un canto negro interrumpido por rápidos y violentos movimientos del cuerpo. El canto era triste y monótono unas veces, y otras salvaje: la ¡ah! prolongada de la palabra:

«¡Dinah!» última de cada verso, trocábase al fin en verdadero rugido, en aullido de animal salvaje. A medida que aumentaba la agitación y el entusiasmo de los danzantes, sus movimientos eran más rápidos, más violentos, y acabaron chocando y golpeándose con fuerza tal que hubiera roto cual cáscara de nuez la piel de los europeos. Era espectáculo por demás fantástico y original ver las siluetas de los negros destacarse sobre el fondo brillante de la colosal hoguera dando zancadas y brincos salvajes. A sus cantos, á los sonos del tamboril, de las cornamusas, de los calderos, y al cloqueteo de los huesecillos, sumábanse disparos de revólver, y los gritos de los espectadores: ¡Viva Jim! ¡Viva Crow!

De súbito, jadeantes echáronse á tierra y empezaron á gemir. Mandé que regalasen á cada negro un buen vaso de aguardiente, con el cual recobraron las fuerzas y la agilidad; pero al breve rato el pueblo soberano pedía discursos.

Cesó el baile y la música. Me levanté, miré á Lillián que de pie sobre su carricoche reía, y luego miré á la multitud.

Al verlas iluminadas por el fuego aquellas siluetas extrañas, aquellos rostros barbudos y cuerpos fornidos, de anchas espaldas, armados de largos cuchillos que, sin vaina, pendían del cinto, parecíame contemplar un

espectáculo de tiempos que fueron, ó creíame jefe de una partida de bandidos. Y todos tenían excelente corazón, aunque la vida de muchos de ellos estuviese sembrada de vicisitudes; pero allí, perdidos en la inmensidad de aquellas soledades, formábamos un mundo pequeño alejado de la sociedad, abandonado á sus propias fuerzas, y al que esperaba una suerte común y amenazaban iguales peligros. Allí el hombre se apoyaba al hombre vecino, se comprendía mejor que todos éramos hermanos. Los parajes salvajes, los desiertos áridos que nos rodeaban, imponían á aquellos aventureros una gran fraternidad. Esto pensaba mirando á Lillián, la pobre muchacha que vivía sin temor entre aquellos hombres, y donde en efecto gozaba de igual seguridad que bajo el techo paterno. Entonces les dirigí la palabra y les dije lo que sentía, todo lo que sentía, tal como debe decirlo un jefe militar que al mismo tiempo es hermano de los aventureros que manda. Los gritos, las aclamaciones interrumpían cada párrafo y cada frase: «¡Hurra! ¡Viva Polonia! ¡Viva *Big Ralph*!» y los aplausos eran ensordecedores. Pero la mayor de mis alegrías, el colmo de mi satisfacción, fué ver entre aquellas manos fuertes curtidas por el sol, dos manos pequeñas que la luz del fuego hacía rosadas agitarse como alas de jóvenes palomas blancas. Entonces sentí crecer en mí el amor al de-

sierto, á los animales salvajes, á los indios, á los proscritos, y exclamé con inquebrantable convicción: «Conquistaré, mataré cuanto osase oponerse á nuestro avance, y guiaré la caravana si es preciso hasta el fin del mundo. ¡Que Dios me castigue si no cumplo mi promesa!»

Un *¡hurra!* ensordecedor y cien veces repetido coronó mis palabras; y á los *hurras* siguió grave, conmovedor, tristemente entusiasta, el canto alegre como la esperanza, pero triste como la realidad del hombre que abandona la patria, de los emigrantes: «Crucé el Misisipi y cruzaré el Missouri.» Después Smith, el más anciano de los emigrantes, un minero de Pittsburg, contestó á mi discurso dándome las gracias en nombre de la caravana, y elogiando mi habilidad en dirigirles y hacerles llevaderas las fatigas de tan penosa marcha.

A Smith le sucedió otro orador, y casi todos los campamentos proporcionaron el suyo. Algunos tuvieron frases muy graciosas, y Enrique Simpson les interrumpía de vez en cuando gritando: «Que me ahorquen si no digo la verdad.» Acabados los discursos sonaron las flautas, cloquearon los huesillos y los hombres reanudaron la danza salvaje.

Reinaba la noche: la luna elevándose calmosamente, brillaba tan clara que las

llamas de la hoguera palidecían. Y gentes y carros aparecían á la par iluminados por la luz rojiza y por la luz blanca. La noche era espléndida. El alegre brillo del campamento contrastaba con la calma y sueño profundos de la pradera sin límites.

Del brazo de Lillián di la vuelta al campamento. Nuestras sombras al pasar por ante las hogueras se alargaban hasta perderse, vagas, informes, confundidas entre las altas y sombrías hierbas, misteriosas como lo desconocido. Dos montañeses interrumpieron un momentáneo silencio tocando en sus cornamusas la tonada triste, las notas henchidas de añorivola dulzura de la *Bonnie Dundee*. Nos detuvimos á corta distancia, y escuchamos sin decir palabra.

Miré á Lillián... y ella volvió la cabeza cual si anhelara esconderla en las sombras. Por aquel entonces aun era joven y sentía que al decirle á Lillián «te amo» iba á ser el término de un período de mi vida y el principio de otro nuevo: ¡ya sería hombre! Y aun presintiendo la felicidad de que una alma pura latiese al unísono de la mía sola y vagabunda, me detuve quizás deslumbrado por la luz que de aquélla irradiaba. Además, cuando el amor no nace de los labios sino del corazón, dudo haya nada más di-

ficil que pronunciar de él ni siquiera una palabra.

Al fin ambos levantamos los ojos y miramos las estrellas cual si eleváramos á Dios una plegaria. Y en aquel momento alguien sentado cabe á la gran hoguera me llamó, y nos dirigimos allí. La fiesta había terminado: para coronarla dignamente los emigrantes resolvieron cantar un salmo antes de retirarse á descansar. Los hombres descubrieron sus cabezas, y á pesar de que entre ellos los había de varias creencias, todos se arrodillaron sobre la hierba de la pradera y reverentes empezaron á cantar el salmo: «Errantes por el desierto...» El espectáculo era imponente. En cada pausa el silencio era tan perfecto que oíase el chisporroteo de la hoguera casi apagada y el saltar de las cascadas del río.

Me arrodillé al lado de Lillián y la miré una ó dos veces: sus ojos brillaban con intensidad desusada, su cabellera caíale sobre sus hombros en ligero desorden, y cantaba el himno tal como deben cantarlos los Angeles.

Acabada la oración los hombres se retiraron á sus campamentos. Siguiendo mi costumbre pasé revista á los centinelas, y luego intenté descansar como los otros. Pero esta vez cuando las misteriosas voces del silencio empezaron á cantar á mis oídos,

cual solían cantarlo cada noche: ¡Lillián!
¡Lillián! ¡Lillián! sabía que no muy lejos
dormía en su carricoche la que era luz de
mis ojos y alma de mi alma, y sentía que en
el mundo entero no había mortal á quien
amase con el amor que amaba á Lillián.



CAPÍTULO TERCERO

CUANDO teñían el cielo los primeros
albores, cruzamos Cedar-River.
Descansamos en la cima de una
colina: entre el río y Numébagó extiéndese
en suave declive hacia el Sud, la vasta lla-
nura que muere en la ancha faja de secula-
res bosques, limite del Iowa.

Aquella mañana observé que Lillián no
me miraba. La vi triste y meditabunda...
¿En qué pude molestarla la vispera?

Apenas salió del carricoche; y tía Atkins
y tía Grosvenor temiéndola enferma la col-
maron de cuidados más solícitos, de testi-

cual solían cantarlo cada noche: ¡Lillián!
¡Lillián! ¡Lillián! sabía que no muy lejos
dormía en su carricoche la que era luz de
mis ojos y alma de mi alma, y sentía que en
el mundo entero no había mortal á quien
amase con el amor que amaba á Lillián.



CAPÍTULO TERCERO

CUANDO teñían el cielo los primeros
albores, cruzamos Cedar-River.
Descansamos en la cima de una
colina: entre el río y Numébagó extiéndese
en suave declive hacia el Sud, la vasta lla-
nura que muere en la ancha faja de secula-
res bosques, limite del Iowa.

Aquella mañana observé que Lillián no
me miraba. La vi triste y meditabunda...
¿En qué pude molestarla la vispera?

Apenas salió del carricoche; y tía Atkins
y tía Grosvenor temiéndola enferma la col-
maron de cuidados más solícitos, de testi-

monios de maternal amor: y no era tristeza de enfermedad la suya, era la tristeza del alma inocente que lucha con el presentimiento de que un afecto nuevo la arrebatara cual hoja muerta, á desconocida tierra...

Por nada del mundo quisiera causarle á Lillián el menor disgusto; que al amor que sentía por ella sumábase extremada compasión: pero cosa extraña, á pesar de quererla y compadecerla tanto, pasó el día sin decirnos palabra, sin apenas mirarnos, cual si la víspera hubiésemos reñido. En vano busqué manera de hablarla.

Felizmente la tía Atkins vino á mi ayuda: díjome que la joven necesitaba ejercicio, que la permanencia en el carro dañaba su salud. Tuve la inspiración de aconsejarle paseara á caballo, y mandé á Simpson ensillar uno para Lillián. En el convoy no había sillas para señora, pero una de estas americanas, altas de delante, que las mujeres emplean en las llanuras de la frontera, podía muy bien servirle.

Le dije á Lillián que corriendo á caballo se alejara cuanto quisiera mientras no perdiese de vista la caravana.

Extraviarse en las llanuras es difícil. Los que enviaba á cazar corrían á gran distancia y en todas direcciones. No debíamos temer á los indios, pues aun cuando los Pawnees visitan esta parte de la llanura hasta

Numébago, entran en ella en la época, entonces aun lejana, de las grandes cacerías. Sin embargo, frecuentaban el lado Sud del bosque numerosas bestias salvajes de las que no se contentan comiendo sólo hierbas. La prudencia no era, pues, superflua.

En honor de la verdad diré que alentaba la esperanza de que Lillián, miedosa como la generalidad de las niñas, se alejaría muy poco ó nada de mi lado.

En marcha la caravana solía precederla á gran distancia, no marchando delante mío más que dos exploradores.

La primera vez que vi á mi amazona á la cabeza del convoy, la fatiga hija del ejercicio y lo que la preocupaba mantener sobre sus hombros la ligera capa que el viento se empeñaba en llevarse, daban á su rostro expresión encantadora.

Cuando llegó saludóme sonriendo alegremente: sabía que iba tomar parte en una excursión que sólo para ella había preparado, y mirándome con infantil picardía fingíame ignorarlo. Mi corazón latía cual el de un joven colegial.

Y entonces acercando mi caballo al suyo le dije: «Lillián, si Dios me hubiese dado los reinos todos y las riquezas todas de la tierra, gustoso las trocara por una trenza de tus cabellos, porque eres el ensueño de mi alma, y la reina de mi corazón. ¡Lillián!...

nunca me alejaré de tu lado; siguiéndote cruzaré montañas y desiertos, velaré sobre tus pasos, te salvaré del peligro... en cambio sólo te pido que me ames un poco, que en el fondo de tu alma te acuerdes de mí...

Y así hablando temblaba como un azogado. Ella balbuceó confusa:

—¡Oh Ralph, vos lo sabéis... lo conocéis todo!!!

Y al oírla no acertaba si reír ó llorar, si soltar las riendas á mi caballo ú obligarle á avanzar al paso: parecíame habersalvado un gran peligro y que ya nada temía en el mundo.

Desde entonces pasábamos juntos todo el tiempo que lo permitían mis ocupaciones, y éstas eran cada día menos absorbentes á medida que nos acercábamos al Missouri. Pocas caravanas habrán tenido tanta suerte como la nuestra durante el primer mes de viaje.

Hombres y animales acostumbrábanse insensiblemente á la disciplina y á las fatigas; no tenía ya tanta necesidad de vigilarles; me había captado la confianza de mi gente, y el orden era perfecto. Nos sobraban las provisiones, y la prematura llegada del buen tiempo colmó á todos de alegría. Estaba convencido de que merced á mi atrevido plan de conducir la caravana, no por el camino habitual, sino á través de Iowa y Nebraska, habíamos evitado un calor insoportable, verdadera tortura, en la región

malsana comprendida entre el Misisipi y el Missouri, en donde las fiebres y otros azotes diezman las filas de los emigrantes. Aquí, por razón de la frescura del clima, eran poco frecuentes los casos de debilidad, y nuestro trabajo menos penoso.

Cierto que siguiendo la ruta de San Luis, donde el camino es más quebrado y más espesos los bosques ofrecen peligro los indios, pero nuestra caravana, compuesta de dos á trescientos hombres bien armados y prontos á combatir, no tenía por qué temer.

Las tribus salvajes, principalmente las que habitan en Iowa, saben muy bien luchar con los blancos; mas al advertir que nuestras fuerzas eran notablemente superiores á las suyas, retrocedían antes de comprometerse en verdaderos combates.

Lo que más convenía al parecer era proteger nuestros mulos y caballos contra los ataques nocturnos, pues la pérdida de estos animales en medio de la pradera pone una caravana en situación apuradísima; sin embargo nosotros podíamos contar con la diligencia y pericia de nuestros centinelas, casi todos acostumbrados tan bien como yo á las estratagemas de los indios.

Cuando tuve organizadas la disciplina y la marcha del convoy, y los hombres hubieron comprendido cuanto exigía de ellos, disminuyeron mucho mis tareas durante el día,

y pude dedicar más tiempo á la que era dueña y señora de mi corazón.

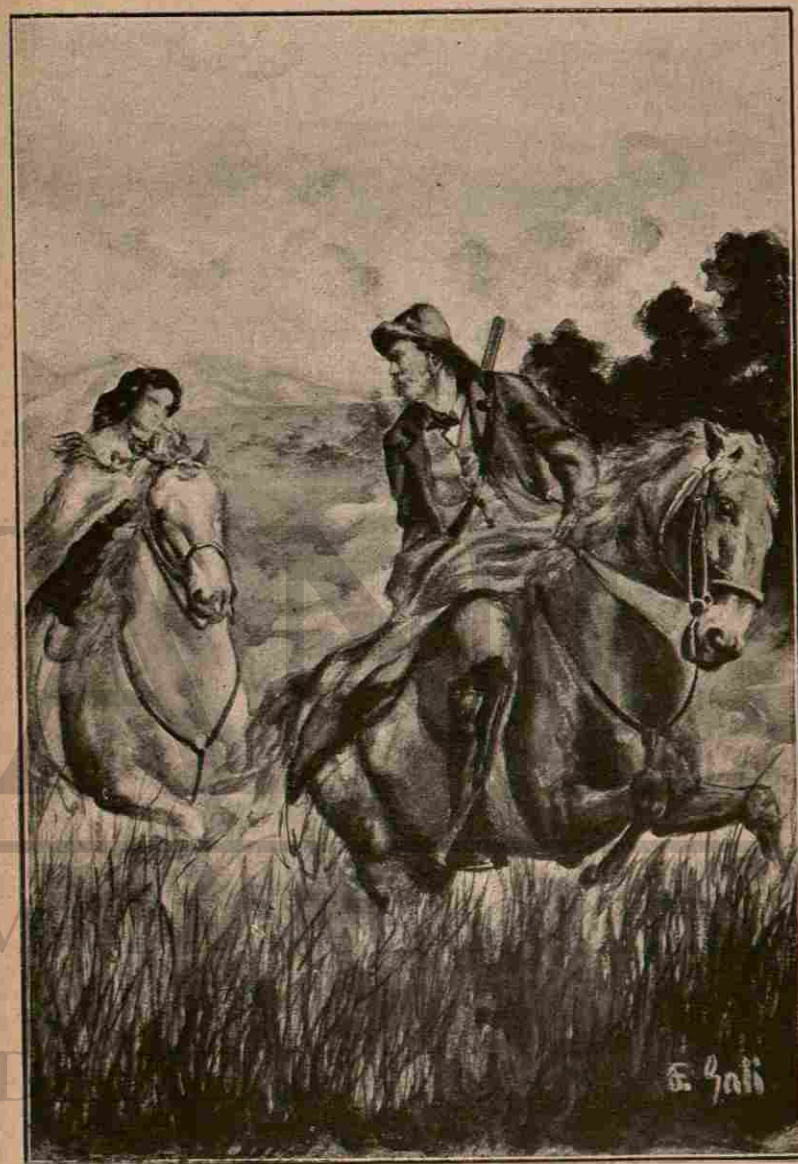
Las gentes de la caravana acabaron por observar mi asiduo empeño en acompañar á Lillián, y al vernos sonreían, y algunos en voz baja hablaban de futuro matrimonio y lo celebraban, porque Lillián y yo gozábamos las simpatías de todos.

Un día el viejo Smith pasando junto á nosotros dijo: «Que Dios os bendiga, capitán, y que bendiga á Lillián:» la unión de nuestros nombres nos hizo felices todo el día.

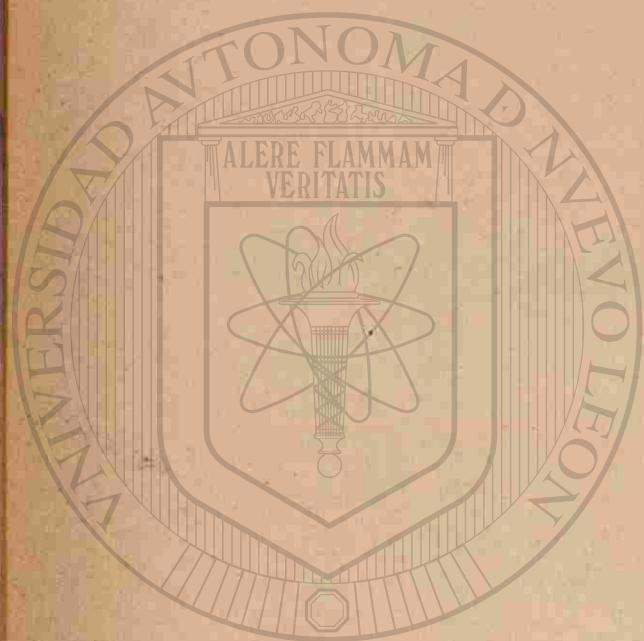
Enrique Simpson era el único que nos miraba con envidia, casi con odio; quizás en su alma forjaba algún plan contra nosotros, pero prefería no darle importancia.

Cada mañana, á las cuatro, marchaba ya al frente de la caravana. Ante mí los exploradores, á unos quince metros de distancia, dejaban andar sus caballos al paso y cantaban los monótonos cantos aprendidos de labios de sus madres indias. Tras de mí la caravana se extendía sobre la llanura como una cinta blanca. Y ¡momento feliz! dos horas más tarde oía acercarse trotando un caballo; volvía la cabeza y ¡era ella, Lillián, que venía á saludarme!

Enseñé á Lillián la frase polaca: *Dziś dobry* (buenos días), y al oírle pronunciar estas palabras gustábame más y más. El recuerdo de mi patria, de mi familia, de



... dos horas más tarde oía acercarse trotando un caballo; volvía la cabeza...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los años pasados, de sucesos antiguos y de tiempos que fueron, revoloteaba ante mis ojos como gaviotas sobre el Océano. Más de una vez tuve que hacer esfuerzos para reprimir las lágrimas, y ella, al verme profundamente emocionado, repetía con voz suave, despacio, dulcemente: *¡Dzien dobry! ¡Dzien dobry! ¡Dzien dobry!* ¿Qué melodía podía parecerme más bella que su voz hermosa hablando en polaco, mi lengua querida?

Enseñéle otras frases, y cuando sus labios no podían articular fácilmente nuestras voces y yo me burlaba de su pronunciación, enfadábase como un niño mimado, y fingía guardarme rencor.

Así pasábamos el tiempo alegres como las ardillas de la pradera, y á veces yo, que era el jefe de la caravana, sentíame casi tan niño como Lillián.

Y pasaban los días tan aprisa que á mi parecer las mañanas se unían á las mañanas sin solución de continuidad como los eslabones de una cadena interminable.

De vez en cuando algo imprevisto variaba esa agradable monotonía.

Un domingo el mestizo Wichita cogió con lazo un antilope de gran tamaño y un cervatillo; éste lo regalé á Lillián, quien le puso un collar, con un cascabel tomado de una acémila.

Al cervatillo le llamamos Katty, y al

cabo de una semana estaba domesticado y comía en nuestras manos.

Durante la marcha iba yo á un lado de Lillián, y Katty corría al otro levantando sus grandes ojos como pidiendo caricias.

Más allá de Nimébago nuestra caravana extendiase por un terreno llano como una mesa: la llanura era inmensa y rica.

A veces entre las altas hierbas los exploradores desaparecían, y al ver á nuestros caballos andar por ellas dijérase que nadaban en un río. Mostré á Lillián todas esas cosas, nuevas para ella, y sentí vivo placer viendo lo mucho que la complacían aquellas bellezas. Estábamos en primavera; Abril tocaba á su fin; era la época del mayor crecimiento de las hierbas, y adornaban la llanura todas las plantas, todas las flores propias de la estación.

Embriagadores perfumes emanaban de la pradera, como de mil incensarios; y cuando soplabá el viento y sacudía aquel espacio florido, el azul, el rojo, el amarillo, combiniándose, entrelazándose formaban inquieto arco-iris

Grandes tallos amarillos sobresalían en aquella floresta, al rededor de los cuales se agrupaban los plateados hilos de una planta conocida con el nombre de «lágrimas,» por asemejarse á ellas sus racimos, compuestos de pequeñas bayas transparentes.

Mis ojos, acostumbrados á leer en las praderas, descubrían una á una las plantas, todas las cuales me eran conocidas. Allí había el kalumna de anchas hojas, que cura las heridas; más lejos la planta llamada «medias rojas y blancas,» que cierra sus corolas al aproximarse el hombre ó los animales. Por fin la hachita indiana, cuyo violento perfume embota todo sentimiento y envenena á quien lo respira.

Enseñé entonces á Lillián á leer en aquel gran libro de Dios siempre abierto. Decíale:

—Deberás vivir en bosques y llanuras, y te será muy útil conocerlos.

A trechos aparecían súbitamente, como oasis del desierto, grupos de algodoneros, entrelazados con vides silvestres y lianas. Formaban verdaderos bosquecillos, donde las hiedras se mezclaban con los espinosos «machtiás,» tan semejante al agavanzo.

Bajo aquella bóveda de verdor brotaban á la sazón flores por doquiera; reinaba allí misteriosa tristeza; á la sombra de copudos árboles iban desecándose las lagunas; de las floridas guirnaldas surgían deliciosos cantos de aves desconocidas.

Quando por primera vez mostré uno de esos oasis á Lillián con sus ramilletes de flores entrelazados, detúvose maravillada, y juntando las manos exclamó:

—¡Oh, Ralph! ¿es posible?

Asustábale la idea de internarse en aquella obscuridad; sin embargo, cierta tarde en que el calor era excesivo y un viento abrasador soplaba de la pradera, entramos á caballo por la espesura.

Nos detuvimos á la orilla de un estanque que reflejaba los caballos y nuestros rostros, y permanecimos allí un instante silenciosos como si nos hallásemos bajo las imponentes bóvedas de una catedral gótica.

La frescura del ambiente refrigeraba nuestros pulmones; filtraba la luz del día á través del follaje, y pájaros ocultos en la arboleda gritaban: «¡No! ¡no!» como si nos exhortasen á que no fuésemos más lejos.

Abandonamos, pues, la umbria floresta, y luego nos hallamos otra vez en la pradera, envueltos por el sol y la ardiente brisa. El panorama que se extendía á nuestros ojos era inmenso y brillante.

Pollos silvestres revolcábanse en el césped y en pequeñas elevaciones de terreno ocupados por perros de pradera, que huían apenas nos acercábamos. Algo más lejos los jinetes rodeaban la caravana.



CAPÍTULO CUARTO

LEGAMOS por fin al Missouri. Los indios escogen generalmente esta época para cruzarlo y caer sobre las caravanas. La defensa es más difícil cuando algunos carros están en una orilla y los otros en el río, pues los animales de tiro, que son duros de cerviz, forcejan por pasar y se produce el desorden entre la gente.

Dos días antes de llegar al río observé que nos seguían espías indios: en su virtud tomé todas las precauciones convenientes, y dirigí el convoy al estilo militar. No permití que los carros permaneciesen en la pradera, como

Asustábale la idea de internarse en aquella obscuridad; sin embargo, cierta tarde en que el calor era excesivo y un viento abrasador soplaba de la pradera, entramos á caballo por la espesura.

Nos detuvimos á la orilla de un estanque que reflejaba los caballos y nuestros rostros, y permanecimos allí un instante silenciosos como si nos hallásemos bajo las imponentes bóvedas de una catedral gótica.

La frescura del ambiente refrigeraba nuestros pulmones; filtraba la luz del día á través del follaje, y pájaros ocultos en la arboleda gritaban: «¡No! ¡no!» como si nos exhortasen á que no fuésemos más lejos.

Abandonamos, pues, la umbria floresta, y luego nos hallamos otra vez en la pradera, envueltos por el sol y la ardiente brisa. El panorama que se extendía á nuestros ojos era inmenso y brillante.

Pollos silvestres revolcábanse en el césped y en pequeñas elevaciones de terreno ocupados por perros de pradera, que huían apenas nos acercábamos. Algo más lejos los jinetes rodeaban la caravana.



CAPÍTULO CUARTO

LEGAMOS por fin al Missouri. Los indios escogen generalmente esta época para cruzarlo y caer sobre las caravanas. La defensa es más difícil cuando algunos carros están en una orilla y los otros en el río, pues los animales de tiro, que son duros de cerviz, forcejan por pasar y se produce el desorden entre la gente.

Dos días antes de llegar al río observé que nos seguían espías indios: en su virtud tomé todas las precauciones convenientes, y dirigí el convoy al estilo militar. No permití que los carros permaneciesen en la pradera, como

dejé se hiciese al Este del Iona: los hombres debían estar juntos y prontos á combatir.

Al llegar á la ribera encontramos un vado, y mandé que dos divisiones, fuertes de sesenta hombres cada una, se atrincherasen en cada orilla, en pequeños fortines, á fin de proteger el paso contra los bandidos. Los otros ciento veinte emigrantes debían seguir el convoy. Mandé avanzar sólo algunos carros á la vez á fin de evitar el menor desorden. Gracias á esta organización todo se hizo metódicamente, y el ataque fué imposible, pues los asaltantes hubieran debido apoderarse de uno ú otro atrincheramiento antes de poder atacar á los que cruzaban el río.

Que estas precauciones distaban mucho de ser superfluas, lo demostró dos años más tarde la muerte de cuatrocientos alemanes asesinados por los kowas en el sitio donde hoy se levanta Omaha.

Por lo demás, mis hombres habían oído repetidas veces noticias venidas del Oeste, confirmando los terribles peligros que amenazan á la caravana en el momento de atravesar las amarillentas aguas del Missouri. Viendo la firmeza y facilidad con que había resuelto el problema fui objeto de confianza ciega, y en aquellas praderas empezaban á considerarme como un espíritu superior.

Esas alabanzas y ese entusiasmo por mi persona llegaron á oídos de Lillián, y pude

ver en sus ojos enternecidos que era yo para ella un héroe legendario. Tía Atkins le dijo:

—Si el polaco está contigo podrás dormir bajo la lluvia, pues no permitirá caiga sobre ti una sola gota de agua.

El corazón de Lillián saltaba de gozo. Durante el paso del río sólo pude estar con ella breves instantes, hablándole más con los ojos que con los labios. De día iba yo á caballo de una á otra ribera, apresurando el paso del convoy, pues deseaba salir lo más pronto posible de aquellas aguas amarillas que arrastraban árboles podridos, hojas, hierbas, y ese limo malsano del Dalcota infestado de fiebre.

A más de que los hombres estaban rendidos por tantas noches en vela, los caballos á su vez caían enfermos á causa de aquella agua insalubre, que debíamos hervir varias veces antes de emplearla.

Al cabo de ocho días todos estábamos por fin en la orilla derecha del río sin que hubiese sufrido desperfectos un solo carro. Tuvimos que lamentar la pérdida de siete mulos y caballos, muertos por las flechas que nos lanzaron el primer día. En cambio mis hombres, siguiendo la bárbara costumbre de las praderas, mataron y desollaron á tres indios que se atrevieron á mezclarse entre los mulos. A la mañana siguiente se nos

presentaron seis guerreros de Bloody Tracks, de la tribu de los pawnees. Sentáronse junto á nuestras fogatas con aspecto terrible, reclamando caballos y mulos como compensación de los indios á quienes mis hombres habían dado muerte. Declararon que en caso de negativa nos atacarían inmediatamente quinientos guerreros.

A los quinientos guerreros no les di gran importancia, pues mi convoy estaba acampado con el mayor orden y lo protegían excelentes trincheras. Comprendí desde luego que la visita de los parlamentarios obedecía al propósito de los salvajes de hallar pretexto para atacarnos y librarse de la responsabilidad de ser ellos los causantes del conflicto. Los despidiera al acto y á cajas destempladas á no desear enseñarlos á Lillián. Mientras permanecían sentados cabe al fuego, inmóviles, clavada en las llamas su vista brillante, Lillián, del interior del carricoche, miraba con vago terror sus vestidos de los que colgaban largas trenzas de cabellos, sus mazas de combate cuyos mangos habían adornado con plumas multicolores, y sus rostros pintados de negro y rojo en señal de guerra. Despreciando tales amenazas, rechacé enérgicamente su petición, y pasando de la defensiva á la ofensiva les dije que si desaparecía uno solo de los mulos del convoy yo, yo mismo iría hasta el cora-

zón de su tribu y aplastaría en la llanura los huesos de los quinientos guerreros.

Logrando á duras penas reprimir su rabia, partieron blandiendo las mazas de combate en señal de que su misión había fracasado. Para que mis palabras quedasen indeleblemente grabadas en la memoria de los embajadores, doscientos de mis hombres, previamente dispuestos, salieron corriendo de entre los árboles que los escondían, avanzaron gritando y, haciendo resonar las armas, quedaron formados en línea de combate. Esta rápida maniobra causó profunda impresión en el ánimo de los salvajes guerreros.

Pasadas algunas horas Enrique Simpson, jefe de los destacados á explorar los movimientos de los salvajes, llegó corriendo, á decirme que los indios en número crecidísimo avanzaban contra nosotros. De antiguo conocía las costumbres guerreras de aquellos pueblos salvajes, por lo que no me inquietó la noticia, pues constábame quedaría reducida á simple amenaza, ya que los indios, armados de arcos y flechas, guardaríanse de desafiar nuestras hermosas carabinas de gran alcance. Así se lo manifesté á Lillián deseando tranquilizarla; temblaba cual en otoño las hojas de los árboles. De mis hombres ni uno solo dudaba de la inminencia del combate. Los más jóvenes, en quienes despertaba el ardor bélico, lo anhelaban. Mi-

nutos después oímos los gritos de los pieles rojas que, distantes apenas un tiro de fusil, buscaban un momento oportuno para caer sobre nosotros.

Al anochecer encendimos grandes hogueras que, consumiendo algodoneros y sauces, mantuviéronse vivas hasta la madrugada. Los hombres, arma en brazo, velaban en torno los furgones; las mujeres reunidas rezaban; los mulos que no fueron, cual solían, apacentados, atados tras los carricoches piáfaban impacientes y mordíanse unos á otros. Ladraban los perros olfateando la presencia de los indios. En resumen, en nuestro campamento reinaba una algarabía infernal. Durante los breves momentos de silencio oíamos los tristes y espantosos aullidos de las avanzadas indias, que se llamaban con lúgubres voces.

Sería la media noche cuando los indios intentaron incendiar la pradera, pero la hierba era joven, hierba de primavera, y á pesar de no haber caído una gota de agua hacía tiempo, el fuego no prendió.

Cabalgando por el campo antes de esconderse el sol vi á Lillián. Rendida por el cansancio, dormía. Reclinaba la cabeza sobre las rodillas de la tía Atkins, la que armada de descomunal cuchillo, juraba exterminar la tribu entera si un indio osaba acercarse á su idolatrada sobrina.

Y yo contemplaba aquel rostro encantador, no sólo con los sentimientos de un corazón que ama, sino con ternura casi maternal, y al igual que tía Atkins, hubiera muerto y despedazado al que osara amenazar mi único tesoro. Porque ella era mi alegría y mi esperanza. Sin ella presentía una vida negra, errante, sin hogar, llena de peligrosas aventuras. ¿No tenía ante mí la prueba evidente? La llanura, el ruido de las armas chocando contra el arzón, las noches pasadas á caballo, los combates con los pieles rojas... y contrastando con tanta inquietud y peligros tantos, la paz, simbolizada por el sueño apacible de aquella criatura encantadora, que depositaba en mí tal confianza que bastó mi palabra para convencerla de que no habría combate, y durmióse tranquila, feliz, cual bajo el techo del hogar paterno.

Comparaba esos dos cuadros, y por primera vez sentía que era amarga mi vida aventurera y sin mañana, y que lejos de Lillián no encontraría felicidad ni paz. ¡Si estuviésemos en California, pensaba yo; si al menos estuviésemos en California! Pero apenas habíamos recorrido la primera mitad del camino, que era la mitad más fácil, la menos penosa, y ya la fatiga marcaba sus huellas en aquel hermoso rostro pálido... Sin embargo, al fin del viaje nos esperaba con los

brazos abiertos una comarca cobijada por cielo siempre azul y eternamente vestida de primavera. Así pensando, despojéme del abrigo de piel de búfalo, y despacio, cuidadosamente cubrí los piés de la niña dormida, para que no la dañara el frío de la noche, y saltando sobre mi caballo volví al extremo opuesto del campamento.

Ya era tiempo, pues levantábase del río densa niebla que perezosa se extendía por la llanura. Los indios podían aprovecharse de ella para avanzar sin ser vistos. Las hogueras disminuyeron paulatinamente en intensidad, y acabaron por morir. Pasó una hora: la niebla lo envolvía todo, y los hombres apenas separados, no se veían unos á otros. Di la orden de gritar cada minuto, y pronto se oyó en el campo el grito repetido siempre igual de «Sin novedad,» que pasaba de boca en boca como las palabras de interminable letanía.

En el campo indio reinaba tal silencio que dijérase habían muerto sus hombres. Aquel silencio acabó por inquietarme. Al despuntar la aurora sentímonos presos de profundo decaimiento. Dios sabe cuantas horas habían pasado mis hombres sin conciliar el sueño: además, la humedad, que era excesiva, entumecía nuestros miembros: ¿no sería preferible, preguntábame, que en vez de permanecer inactivos esperando que á los indios

se les antoje avanzar, los atacásemos de improviso dispersándolos y persiguiéndolos?

Esta idea era no sólo hija de la imaginación de un aventurero audaz, sino también consecuencia de maduro raciocinio, pues un ataque atrevido, coronado por el éxito, nos daría tal nombre y fama que corriendo de tribu en tribu, todos los salvajes nos respetarían y nos aseguraba vernos libres de sus ataques durante largo tiempo. Dejando en el campamento ciento treinta hombres á las órdenes de Smith, buen conocedor de la llanura, mandé á otros cien que cabalgaran, y avanzamos con precaución y alegría. El frío era intenso, y moviéndonos al menos lográbamos reaccionarnos, entrar en calor. Distábamos dos tiros de fusil del campo enemigo cuando ordené avanzar á galope tendido: en medio de nutrido fuego de tercerolas caímos como alud sobre el campo de los salvajes. Una bala, disparada por un mal tirador que se hallaba entre nosotros, pasó silbando á mis oídos y me rozó el kepis.

Distábamos sólo un tiro de fusil de los indios, y aún éstos ni siquiera soñaban en la posibilidad de ser atacados, pues con seguridad nosotros fuimos los primeros emigrantes que nos atrevimos á tomar la ofensiva contra aquellas tribus reinas de la inmensa llanura. Al ver nuestra acometida, primero les paralizó el terror, luego huyeron á la desbandada

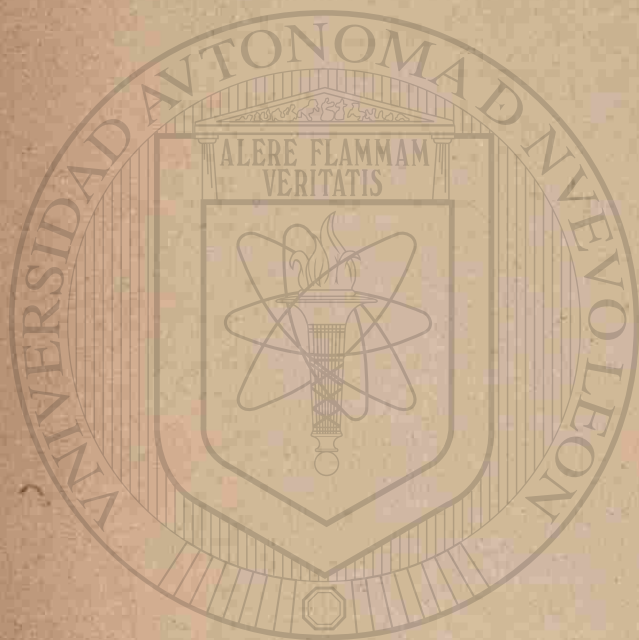
aullando como fieras heridas y dejándose matar sin defenderse. Un grupo de ellos acorralados junto al río y sin retirada posible, se defendieron con heroísmo y antes que rendirse prefirieron arrojar al agua y perecer.

Sus lanzas, cuyas agudas puntas son de asta de ciervo, y sus mazas de piedra dura, no eran peligrosas, pero servíanse de ellas con suma habilidad y destreza. Hice prisionero á un famoso jefe salvaje á quien desarmé de un hachazo durante la lucha.

Nos apoderamos de algunas docenas de caballos; pero eran tan salvajes y viciosos que nos fué imposible utilizarlos. Hicimos también algunos prisioneros, todos heridos. Mandé que fuesen asistidos y curados, y luego, á petición de Lillián, les di la libertad, regalándoles vestidos, armas y caballos. Estos pobres salvajes, creyendo les atormentaríamos, sentados sobre las hierbas habían empezado á cantar sus monótonas canciones de muerte. Al verse libres el terror les impidió moverse: imaginaron que los soltábamos para luego entretenernos cazándolos cual suelen hacerlo los indios salvajes, pero convencidos de que no les amenazaba el menor peligro, alejaronse pregonando nuestra bravura y la bondad de la «flor pálida,» nombre con que apellidaron á Lillián. Y sin embargo, este día acabó con un triste acon-



Huyeron aullando como fieras heridas, dejándose matar sin defenderse.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



tecimiento que amargó la alegría de tan importante victoria.

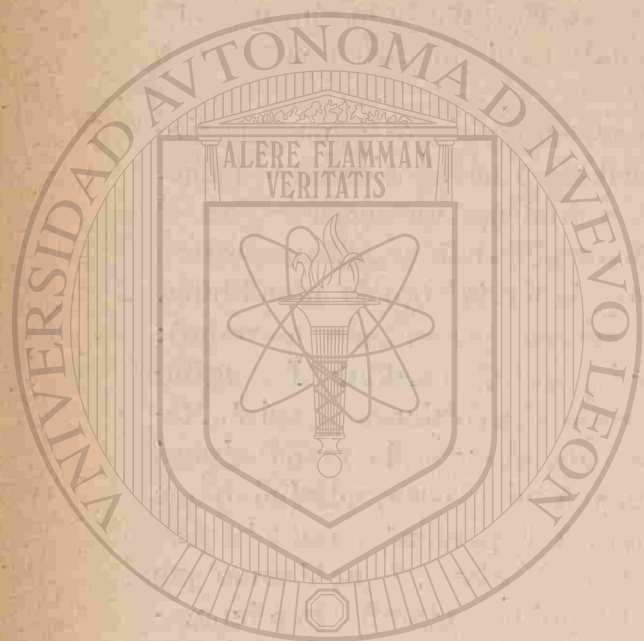
En nuestras filas no debimos lamentar ni un muerto, pero sí algunos heridos. De estos el más grave fué Enrique Simpson, que durante el combate había luchado con bravura indecible.

Al anoecer su gravedad aumentó. Sintiéndose morir rogó me acercase á su lecho, pues quería confiarme un secreto. Pero el desventurado no pudo hablar, pues un certero golpe de mazo le había roto la mandíbula.

Con voz apenas perceptible murmuró: «¡Perdón, mi capitán, perdón!» Le agitaron las postreras convulsiones y expiró. Recordando la bala que por la mañana pasó silbando junto á mi cabeza, adiviné lo que quiso decirme. Y le perdoné cual debe perdonar un buen cristiano. Constábame que se llevaba al sepulcro un profundo é ignorado amor á Lillián, y supuse que había luchado buscando la muerte.

Murió á media noche: cavamos su tumba bajo las ramas de un inmenso algodónero, y sobre la tumba planté una cruz.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO QUINTO

Al siguiente día proseguimos la marcha: ante nosotros extendíase, magníficamente salvaje, una pradera sin límites: era tan imponente su grandeza, que el blanco deteníase ante ella cual admirado y temeroso: entrábamos en Nebraska.

Los primeros días avanzamos á marchas forzadas á lo largo de grandes extensiones desnudas de vegetación, tanto que llegó á inquietarnos la probabilidad de carecer de leña para encender los fuegos. En las orillas del Río de la Plata, que atraviesa en

toda su longitud estas inmensas llanuras, abundan sauces y mimbrés, mas este río, de cauce poco profundo, había entonces cual suele todos los años en esta época primaveral, inundado los campos vecinos, y por tanto nos veíamos forzados á caminar separados de él.

Aquellos días pasábamos las noches alrededor de pequeñas fogatas alimentadas con estiércol de búfalo, combustible que como no era seco daba poca llama y nos molestaba con mucho humo.

Entonces fué cuando resolvimos dirigirnos hacia al río *Big Blen*, en cuya cuenca abunda el combustible. El país que nos rodeaba tenía el aspecto de la tierra virgen, no pisada por humana planta. El convoy avanzaba en línea recta; ante él desfilaban en vertiginosa carrera rebaños de antílopes de pelo largo y erizado. Al verlos, entre la hierba espesa, dijérase eran búfalos de cabeza descomunal, ojos sanguíneos é inquietas narices. Al acercarnos veíamos aquellas cabezas agrupadas, formando negras manchas, huir muy lejos á través de los campos. De vez en cuando cruzábamos por delante de poblaciones levantadas por perros de pradera y circundadas de murallas de tierra. Avanzamos largo tiempo sin ver indios. Un día distinguimos á lo lejos tres caballeros indígenas, adornados de largas plumas, que desaparecieron cual fantasmas. Por aquel



... ante el convoy desfilaban en vertiginosa carrera rebaños de antílopes...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entonces supe que la lección que les di en el Missouri me había valido el nombre de Big Ara. Me cambiaron el de Big Ralfa por el de Big Ara, apodo terrible entre las múltiples tribus de ladrones que pueblan aquellas llanuras. El trato casi paternal que había dispensado á los salvajes prisioneros y heridos, el haberles devuelto la libertad, encantó á aquel pueblo salvaje y vengativo, pero adornado de nobles sentimientos.

Llegado que habíamos al río Azul, resolví descansar diez días en su ribera vestida de árboles gigantes. La parte del camino que nos faltaba recorrer era más difícil que la recorrida: al límite de la llanura levantábanse los montes Roqueños, y tras ellos extendíanse las tierras insalubres y estériles de Utah y la Nevada. Mulos y caballos, á pesar de que los pastos abundaban, habían enflaquecido y parecían extenuados por las fatigas de la marcha. Era, pues, absolutamente necesario que un descanso relativamente largo restaurase sus quebrantadas fuerzas. Estos fueron los motivos que me resolvieron á hacer alto en el ángulo formado por el río Azul y el Beaver Creek.

Rodeaban la fuerte posición dos ríos y la línea de los carricoches: el agua y los bosques hacíanla inexpugnable. En el campamento escaseaba el trabajo. No precisaba gran vigilancia, y los emigrantes podían dis-

poner del tiempo que quisiesen y emplearlo á su gusto. Los días eran espléndidos, brillaba el sol de primavera. La temperatura era suave, y las noches tan cálidas que permitían dormir al aire libre.

Al amanecer los hombres salían á cazar y regresaban al mediodía cargados de antílopes y pájaros que vuelan á millares alegrando la imponente majestad de las selvas. Las demás horas del día pasábanlas comiendo, durmiendo ó cantando con añorívolá dulzura las canciones de la patria abandonada, aprendidas en el hogar paterno de labios de la inolvidable mujer que fué su madre.

Al recordar mi azarosa existencia no encuentro en ella días tan intensamente felices como los pasados entre esos dos ríos de plácida corriente.

Del amanecer al morir el día lo pasaba junto á Lillián. Ya no eran aquellas visitas cortas, aquel cambiar dos palabras al pasar á caballo junto á su carricoche, sino que podía compartir con ella mi existencia entonces tan feliz. Y cada día era más intenso, más grande el amor que sentía á aquella criatura tan hermosa y tan buena. Pasaba las noches pensando en ella. Su rostro hermoso, sus largas trenzas, sus ojos más azules que el cielo de Nebraska y su talle esbelto, flexible y delicado, parecían decirme: «¡Sostenme, defiéndeme, siempre... siempre: sin ti desfa-

llezco, no puedo subir la cuesta de la vida!»

Su dulzura y sensibilidad eran exquisitas.

He conocido muchas mujeres, pero ni una sola comparable á Lillián.

El alma de Lillián era como la sensitiva: adivinaba mis pensamientos, los comprendía y respondía á todos como el agua transparente y profunda refleja cuanto vive en sus orillas.

No había en la tierra otra como ella: inocente, humilde, pura...

Un día al amanecer nos dirigimos al Beaver Creek. Deseaba enseñarle los castores, cuyo reino distaba apenas media milla del campamento.

Avanzando despacio y silenciosos á lo largo del río, pronto llegamos al lugar objeto de la excursión. La corriente formaba una pequeña ensenada, tranquila como un lago. La rodeaban altos árboles: sauces llorones inclinaban sus ramas flexibles hasta besar el agua. El dique, construido por los castores, avanzaba hasta el centro de la ensenada. Regularmente alto, mantenía el agua de aquel pequeño lago inmóvil, y sobre su límpida superficie destacábanse las diminutas chozas de aquellos animales de admirable instinto.

Probablemente jamás la planta humana había hollado aquel lugar, protegido por árboles gigantesos que parecían empeñados

en esconderlo á la vista de los hombres. Apartando con precaución las hojas de los sauces, miramos el agua muy azul y lisa como un espejo.

Los castores aún no trabajaban: aquel pueblecito acuático dormía tranquilamente, y era tal el silencio que reinaba en el lago, que percibía la respiración de Lillián, que junto á mi inclinaba la cabeza mirando el agua á través del ramaje.

Acostumbrado á vivir en tierras salvajes amaba la naturaleza casi como á mi madre. Y en aquel momento sentía que iba á ser testigo de un espectáculo de los más sublimes de la creación, prueba elocuente del poder de Dios.

La hora era hermosa: la luz filtrábase á través del tupido ramaje de los árboles gigantes: las gotas del rocío que se desprendían de las hojas de los sauces, al caer sobre el agua del lago dijérase exhalaban un suspiro; y el mundo se inundaba de luz cada vez más brillante.

Por la opuesta orilla vimos avanzar dos gallinas salvajes: plumaje gris, cuello negro y las cabezas coronadas por hermosas crestas pequeñas. Llegaron junto al agua, bebieron levantando la cabeza, y luego partieron, siempre juntas.

—¡Oh Ralph, qué hermoso sitio! suspiró Lillián.

Y parecíame que las alegrías de la natu-

raleza eran nuestras alegrías, aquella calma, nuestra calma, y aquella luz deslumbradora que lo inundaba todo se me antojaba debía ser la que inundaría de luz nuestra futura felicidad.

En aquel momento en la superficie inmóvil dibujóse un círculo, y de la onda surgió lentamente la faz barbuda de un castor rosado por los rayos de la aurora: luego apareció un segundo, y los dos animalillos nadaron soplando con fuerza. En la superficie del agua dejaban una estela azul.

Subieron al dique, y sentándose se pusieron á gritar. A tales gritos surgieron como por encanto cabezas pequeñas y grandes. Dijérase que hervían las aguas del lago. Primero el diminuto rebaño parecía jugar y divertirse gritando. Pero cuando los dos primeros, sentados aún en el dique, lanzaron un silbido prolongado, en un abrir y cerrar los ojos la mitad de los castores subió al dique y la otra mitad llegó nadando á las orillas, y escondiéndose bajo las ramas de los sauces llorones agitaban el agua. Un ruido semejante al de la sierra indicaba que los animalillos trabajaban cortando ramas y arrancando cortezas.

Lillián y yo contemplábamos las idas y venidas, los trabajos y los juegos de aquellos animalillos, tan mansos cuando el hombre no los molesta.

Al cambiar de posición Lillián agitó una rama, y al momento los castores desaparecieron. Sólo el agua turbia indicaba que en el seno del lago vivía aquel mundo pequeño. Al poco rato volvió á ser limpia y transparente el agua, reinó imponente el silencio de las selvas, sólo interrumpido por las aves que picoteaban las cortezas de los árboles.

Ya el sol reinaba por encima de los árboles y empezaba á sentirse calor. Como el paseo no había cansado á Lillián, resolvimos dar la vuelta al lago.

.....

Cuando salimos de bajo los sauces llorones miré á Lillián: rodeaba su frente querida brillante aureola de sacrificio y dignidad.

Al darle la mano me abandonó dulcemente la suya, y fijos en el cielo sus ojos azules me dijo:

—¡Ralph! repítame que soy tu esposa: ¡dímelo muchas veces!

Como en el inmenso desierto en que nos hallábamos no era posible hallar sacerdotes ni cabía en consecuencia otro matrimonio que el de los corazones, me arrodillé, y cuando Lillián estuvo arrodillada á mi lado dije:

—Ante el cielo y ante Dios te declaro mi compañera, Lillián Morris; te elijo por esposa. ¡Amén!

Al oír estas palabras, ella contestó:

—Y yo ¡oh Ralph! desde ahora soy tuya, soy tu esposa para siempre jamás.

Y desde entonces quedamos casados: ya no era mi prometida, era mi legítima esposa.

Tan hermosa realidad me hacía feliz, y sentí nacer en mi corazón un sentimiento de respeto profundo hacia Lillián, algo que ennoblecía nuestro amor, que lo hacía más grande y lo santificaba.

Cogidos de la mano, alta la cabeza regresamos al campamento, donde todos nos esperaban presos de viva inquietud... Varios, temiendo una desgracia, habían salido á buscarnos.

Reuní á todos mis hombres, y cuando hubieron formado el círculo que solían, tomando á Lillián de la mano y colocándola al centro, dije:

—Señores: sed testigos de que ante vosotros tomo por esposa á esta mujer, y testificadlo ante la ley, ante la justicia, ante cuantos desde el Este al Oeste pudieran pedíroslo.

—Gustosos lo haremos y... ¡vivan los nuevos esposos! contestaron todos.

Entonces el anciano Smith preguntó á Lillián si quería tomarme como esposo, y en cuanto hubo tímidamente pronunciado el «sí,» fuimos legalmente casados ante aquel pueblo.

En las tierras del extremo Occidente, en las regiones donde no hay ni iglesias, ni

pueblos, ni Autoridades, los casamientos no se hacen de otro modo; y en cuanto un hombre llama, ante Dios y ante testigos, esposa á la elegida de su corazón, el matrimonio es válido, puesto que es el único posible (1).

Los hombres de la caravana aceptaron este matrimonio con el mayor respeto y con intensa alegría, pues aunque dejándome guiar por mi amor á la disciplina, les obligara á guardarla quizás con mayor severidad que los demás jefes, ellos reconocían que siempre obraba con justicia, y era cada vez mayor el afecto que me testificaban y más solícitas las atenciones que prodigaban á mi esposa.

Y empezaron las fiestas y las diversiones. Las llamas de numerosas hogueras iluminaron el campamento: los escoceses arrancaron de sus flautas aquellas notas tan suaves y que tanto gustaban á Lillián: los americanos cogieron los huesecillos, su instrumento favorito, y entre cantos, gritos y salvas disparadas para honrarnos, pasó la tarde y las primeras horas de la noche del día de nuestras bodas.

Tía Atkins, riendo y llorando, abrazaba y volvía á abrazar á Lillián. Y yo me sentía intensamente conmovido, conmoción que aumentó la siguiente ceremonia tradicional

(1) Forma de matrimonio solamente válida donde no se ha publicado el Santo Concilio de Trento. (N. del C.).

entre estos pueblos americanos, tan nómadas, que pasan casi su vida entera en los carricoches.

Cuando la luna se escondió tras las montañas, cada hombre ató á su fusil haces de mimbre ardiendo, y en procesión y presididos por Smith fuimos de coche á coche. Ante la puerta de cada uno de ellos Smith preguntaba á Lillián:

—¿Es esta vuestra casa?

Mi esposa, contestaba:

—¡No!

Y proseguíamos la marcha.

Al llegar al carricoche de tía Atkins todos nos sentimos presos de emoción intensa, pues en él había hasta entonces viajado Lillián. Cuando en voz baja contestó «No,» la tía Atkins cogió á Lillián, la abrazó, y siempre llorando repetía: «¡Hija mía! ¡amor mío!» Lillián también lloraba, y hasta los corazones endurecidos de aquellos hombres sin patria y sin hogar llegaron á conmoverse, y en sus ojos brillaron las lágrimas.

Al acercarnos á mi carro apenas acertaba á conocerlo: estaba cubierto de ramaje y flores. Llegados á él los hombres, levantaron las antorchas, y Smith en alta voz y solemne acento preguntó:

—¿Es esta vuestra casa?

—¡Esta es! ¡esta es! contestó Lillián.

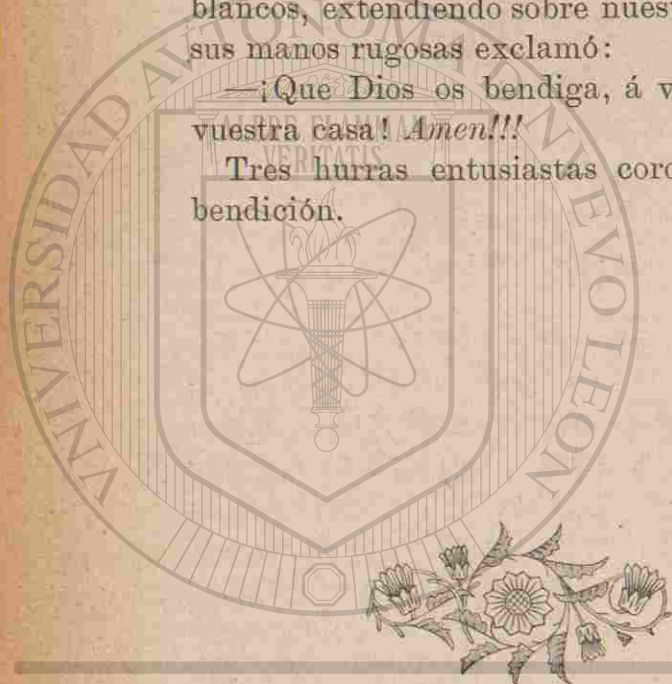
Y todos se descubrieron y reinó tan pro-

fundo silencio, que oíase el chisporrotear del fuego y el ruido de las ramas quemadas que caían á tierra.

Entonces el anciano minero de cabellos blancos, extendiendo sobre nuestras cabezas sus manos rugosas exclamó:

— ¡Que Dios os bendiga, á vosotros y á vuestra casa! *Amen!!!*

Tres hurras entusiastas coronaron esta bendición.



CAPÍTULO SEXTO

AL amanecer, dejaba mi esposa durmiendo, y me iba á buscar flores que le ofrecía al despertar. Cada momento me repetía: «¡Casados! ¡nos hemos casado!» Y este recuerdo me llenaba de alegría tan intensa, que levantaba los ojos al cielo y daba gracias á Dios que me había permitido vivir hasta ese instante supremo en que el hombre siente la necesidad de un afecto tierno y sincero.

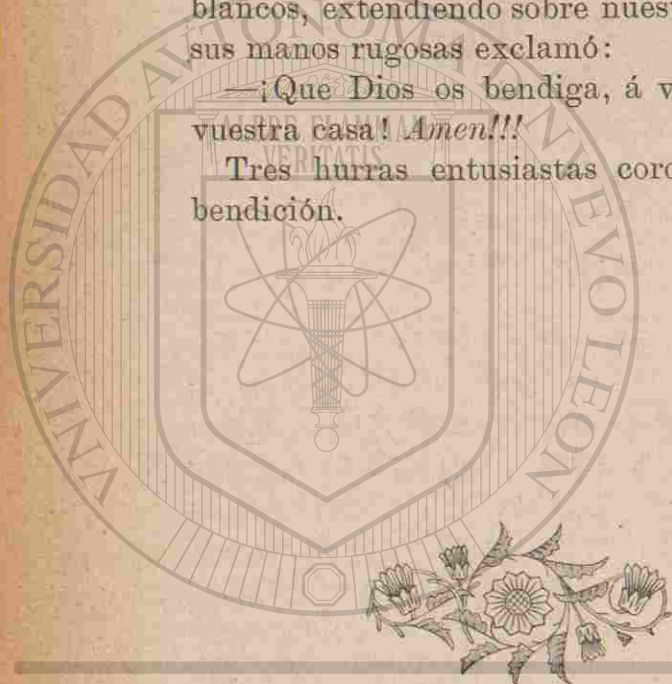
Un sér encantador era mío, me pertenecía. Y yo que no poseía otra cosa que mi pobre carricoche, me sentía inmensamente

fundo silencio, que oíase el chisporrotear del fuego y el ruido de las ramas quemadas que caían á tierra.

Entonces el anciano minero de cabellos blancos, extendiendo sobre nuestras cabezas sus manos rugosas exclamó:

— ¡Que Dios os bendiga, á vosotros y á vuestra casa! *Amen!!!*

Tres hurras entusiastas coronaron esta bendición.



CAPÍTULO SEXTO

AL amanecer, dejaba mi esposa durmiendo, y me iba á buscar flores que le ofrecía al despertar. Cada momento me repetía: «¡Casados! ¡nos hemos casado!» Y este recuerdo me llenaba de alegría tan intensa, que levantaba los ojos al cielo y daba gracias á Dios que me había permitido vivir hasta ese instante supremo en que el hombre siente la necesidad de un afecto tierno y sincero.

Un sér encantador era mío, me pertenecía. Y yo que no poseía otra cosa que mi pobre carricoche, me sentía inmensamente

rico. Y recordaba mi vida de antes, y me parecía triste y digna de compasión, y me causaba asombro haber podido vivir tantos años solo, sin amar ni ser amado.

Jamás hubiera ni siquiera logrado imaginar que en la palabra esposa pudiera compendiarse toda la felicidad de un hombre.

Desde que amaba á Lillián ella sola reinaba en mis pensamientos, y del día que fué mi esposa preguntábame con frecuencia si acaso enloquecería de felicidad: ¡mi esposa! es decir, mía para siempre. ¡Y á mí, pobre aventurero, era á quien pertenecía tal tesoro! ¿Qué me faltaba? ¿Qué podía ambicionar! ¡Nada! ¡Y si estas llanuras no ardieran al beso de un sol de fuego; si no hubiese temido los peligros que en ellas amenazaban á mi amada, y sin el deber de guiar á mis hombres á donde les había prometido, renunció para siempre y con alegría á visitar California, y me establezco en Nebraska con Lillián!

Iba á California en busca de oro: esta idea me hacía sonreír. ¿Qué otra riqueza podía ambicionar? ¡Oro! ¿para qué? Elegiría un valle donde todo el año reinara la primavera: cortaría aquellos árboles gigantes y levantaría una casa, un palacio para ella. Allí viviríamos. Un arado y un fusil bastarían para proveer á nuestra existencia. Y jamás nos visitaría el hambre... Así pen-

saba mientras cogía flores: cuando tuve muchas volví al campamento. Por el camino encontré la tía Atkins.

—¿Duerme mi reina? me preguntó.

—Sí, la respondí.

Tía Atkins, guiñándome el ojo, me dijo:

—¡Pícaro afortunado!

En tanto nuestra reina ya no dormía: la vimos salir del carricoche, y protegiendo sus ojos con las manos para librarlos de los rayos del sol, miró á todos lados. Al vernos corrió á nuestro encuentro sonrosada, fresca como la alborada. La recibí con los brazos abiertos, y ella repetía riendo: *Dzien dobry! Dzien dobry! Dzien dobry!*

Y mirándome á los ojos me preguntó: «¿Soy tu esposa?...» ¿Qué responderle? tenía su mano entre las mías y la cubrí de besos.

El anciano Smith cuidaba, hasta que reanudásemos la marcha, de los trabajos que me incumbían.

Volvimos á visitar el lago de los castores.

Remontamos el Bleu-River en pequeña piragua. Al regresar del río vi y enseñé á Lillián dos búfalos que hundían sus astas en la tierra.

Dos días antes de partir debieron cesar nuestros paseos. Primero, porque en los alrededores vimos vagar grupos de indios; después, porque mi querida «señora» sintióse algo delicada. Palidecía y perdía sus fuer-

zas. Y al preguntarle la causa de su debilidad, me contestaba sonriendo que estaba buena y que ésta desaparecería. Pasaba las noches en vela junto al lecho en que ella descansaba, y sólo anhelaba prodigarla cuidados y librarla hasta del menor soplo del viento de la noche. La inquietud me torturaba á todas horas.

Tía Atkins entornaba misteriosamente los ojos cada vez que le hablaba de la enfermedad de Lillián. Y á mí me preocupaban seriamente los tristes pensamientos que decíame Lillián se enseñoreaban de su alma. Se le había metido en la cabeza que quizás no era lícito amarnos como nos amábamos, y un día colocando su dedo sobre la Biblia, que leíamos todos los días, me dijo tristemente:

—¡Lee, Ralph!

Lei, y en efecto me sentí preso de un sentimiento extraño: «Quien no confía en la palabra de Dios, y adora y sirve á la criatura más que al Creador, sea maldito...» Cuando hube leído me dijo:

—Pero si ofendimos á Dios, confío que en su bondad inmensa me castigará sólo á mí.

Yo la tranquilizaba, diciéndola que el amor era como un ángel que tomando las oraciones del fondo de nuestras almas, las elevaba hasta el trono de Dios.

Y no volvimos á hablar de estas cosas,

porque empezaron los preparativos del viaje. La colocación de carros y animales y otras mil ocupaciones me robaban todas las horas del día. Al llegar la de la marcha, nos despedimos llorando de aquellas orillas, de aquella llanura testigos de nuestra felicidad. Cuando vi el convoy extenderse á lo largo de la llanura, unos carros tras otros, y los tiros piafando y prestos á marchar, sentí intensa satisfacción al pensar que cada día íbamos acercándonos al término de nuestro viaje, y que á los pocos meses veríamos California. Sin embargo, los primeros días de camino no fueron muy agradables.

Del Missouri hasta casi los montes Roqueros la pradera sube siempre. La fatiga extenuaba á las bestias, que con frecuencia caían rendidas, quedando fuera de servicio. Además no podíamos acercarnos al Platte River, aun cuando hubiesen descendido las aguas, por reunirse junto á él en este tiempo, época de las grandes cacerías de primavera, numerosos indios que van en busca de rebaños de búfalos.

La vigilancia nocturna se hizo difícil y penosa: no transcurría una noche sin alarmas.

El cuarto día, pasada la bifurcación del río, dispersé un numeroso grupo de bandidos indios en el momento en que intentaban apoderarse de nuestras mulas. Lo más penoso era pasar las noches sin fuego. Como

no podíamos acercarnos al Platte River, con frecuencia carecíamos de combustible. Todos los días al amanecer caía una lluvia menuda pero espesa, y las deyecciones de búfalo, que en caso de necesidad sustituían la madera, estaban húmedas y no querían arder.

También los búfalos llegaron á inquietarme. Más de una vez vimos rebaños de millares de estos animales cruzar la pradera como un huracán, rompiendo cuanto se oponía á su paso y triturando cuanto caía bajo sus piés. La fuerza de estos rebaños es tal, que pueden tumbar y destruir un convoy.

Para colmo de desgracias, infestaban la pradera aves de rapiña de todas clases. Y á los búfalos y á los indios vinieron á sumarse los terribles osos grises y los grandes lobos de Kansas y del territorio indio. Solíamos pernoctar junto á los riachuelos, y muchas veces al morir el día vimos las fieras venir hasta ellos á apagar su sed.

Una vez un oso se arrojó sobre el mestizo Vichita, á quien afortunadamente pudieron socorrer Smith y Tom, pues de lo contrario muere despedazado. Yo de un tremendo hachazo hendi la cabeza de la fiera. El animal herido arrojóse sobre mí, y no cayó hasta que Smith y Tom le metieron por la oreja un par de balas de carabina. Era tal la audacia de aquellos animales salvajes, que

durante la noche llegaban junto al convoy, y una semana matamos dos que se hallaban apenas á cien metros de los furgones. Y esta era la causa de que desde la noche al amanecer los perros, ladrando incansables, armaran una algarabía infernal que impedía conciliar el sueño.

Siempre me había seducido esta existencia inquieta y tan llena de peligros como para mí de encantos. El año último había pasado en Arkansas la estación de los fuertes calores, y aquella atmósfera de fuego, aquel sol abrasador, aquel cielo plomizo, eternamente desnudo de nubes, me admiraban... y me gustaban. Pero las circunstancias habían cambiado, y ya no lograba apartar de mi mente que en el fondo de un carricoche mi Lillían temblaba de miedo en vez de dormir... y anhelaba que los indios y los osos y los pumas se hundieran para siempre en la barranca más profunda para que mi pobre esposa, tan delicada y á quien tanto amaba, lograra gozar unos días, unas horas al menos, de plácida calma.

Sentí renacer la alegría en mi corazón, cuando después de tres penosas semanas de marcha descubrí las cristalinas aguas de un caudaloso río. Hoy se llama «Republican River;» entonces aun no tenía nombre inglés. Largas hileras de sombríos sauces extendíanse como velo negro á lo largo de aquellas

aguas blancas y podían facilitarnos abundante combustible, al que añadíamos una arena especial que, levantando nubes de chispas, ardía mejor que las deyecciones de búfalo.

Resolví descansar un par de días en este lugar, pues las rocas que esparcidas á ambas orillas del río se levantaban cada vez más altas, indicaban la proximidad de un país sembrado de colinas precursoras de los montes Roqueños. Avanzando siempre habíamos subido mucho sobre el nivel del mar, siendo buena prueba de ello el frío que reinaba durante la noche.

Estos cambios de temperatura nos causaron graves molestias y enfermedades. Las fiebres hicieron presa del anciano Smith y de otros hombres de la caravana, obligándolos á guardar cama algunos días.

Quizás en las orillas de Missouri cogieron los gérmenes de la enfermedad, cuyo desarrollo favorecieron las extremadas fatigas. La vecindad de las altas montañas nos daba lisonjeras esperanzas de pronta curación. Mi mujer se desvivía para prodigarles los más solícitos cuidados, pero aquel trabajo extremado la debilitaba visiblemente. Al despertarme por la mañana clavaba en su rostro hermoso mi primera mirada, y mi corazón latía inquieto al ver su palidez y los círculos azules que rodeaban sus ojos. A veces mientras la contemplaba, ella abría

los ojos, me sonreía y de nuevo quedaba dormida. Entonces hubiera dado gustoso la mitad de mi salud tan robusta para hallarnos en California, ¡país anhelado y siempre tan lejos!

Pasaron los dos días; reemprendimos la marcha, y á las pocas horas llegamos al Republican-River. Avanzamos luego á lo largo del White Man y del Platte, que se extiende por el Colorado.

A medida que avanzábamos la región era más montuosa. A ambos lados surgían del suelo macizos de rocas que unas veces levantábanse altivos cual los campanarios de un templo gótico y otras se extendían como murallas. La madera abundaba, pues en los intersticios de las rocas crecían abetos y pequeñas encinas. Oíanse aquí y allá los murmullos de fuentes y torrentes. La verbena trepaba cual rapaz atrevido sobre las rocas gigantes. El aire era fresco, puro y saludable. A los pocos días la fiebre abandonó al último enfermo; pero mulos y caballos, forzados á comer un forraje en el que en vez de la nutritiva hierba del Nebraska abundaban los arbustos, enflaquecían sensiblemente y hacían penosos esfuerzos para arrastrar los pesados carros.

Un día, al caer de la tarde vimos levantarse ante nosotros altas rocas que de lejos semejaban torres gigantescas cuyas cimas desva-

necíanse en el horizonte vestido de nieblas: eran cual murallas de una ciudad sin límites, coronada de torres que se erguían hasta tocar al cielo. Al verlos se produjo en la caravana un movimiento de general sorpresa. Los hombres para ver mejor se encaramaron sobre las cubiertas de los furgones y de todas partes surgieron gritos entusiastas: «¡Los Montes Roqueños!» Y los sombreros fueron echados al aire y en los rostros se reflejó la alegría.

Los americanos saludaban los Montes Roqueños: yo me fui á mi carricoche, y estrechando contra mi corazón la cabeza de mi esposa, le juré una vez más fidelidad y amor ante aquellos montes, altar gigantesco, obra sublime del mismo Dios, que preside aquella imponente inmensidad, llena de misteriosa grandeza. El sol se acercaba al ocaso. Y se extendió por el cielo y la tierra el crepúsculo vespertino, y besados por los últimos rayos del sol los colosos de granito semejaban masas inmensas de carbones ígneos. El rojo fué perdiendo en intensidad, y sucediéronle las tintas violáceas, tristes precursoras de las sombras. Y los contornos, cada vez más vagos, acabaron por desaparecer, por fundirse en la inmensidad monótona; y brillaron las estrellas en el cielo: reinaba la noche.

Distábamos aún ciento cincuenta millas de la gran cordillera. De vez en cuando los

montes se ocultaban tras colinas ú ondulaciones del terreno, y luego reaparecían para de nuevo desaparecer.

Avanzábamos lentamente, venciendo los naturales obstáculos del camino, y aun cuando procurábamos no separarnos del cauce del río, á veces era tan escarpada la orilla que nos forzaba á dar grandes rodeos y á buscar paso más fácil por los valles vecinos.

En éstos nacían brezos y guisantes salvajes que, sin ser buen alimento para los animales de tiro, dificultaba no poco su marcha, pues los largos tallos de los guisantes se entrelazaban de mil maneras formando espesared difícil de salvar. De vez en cuando grietas profundas, largas de algunos centenares de metros, rompían la tierra, y siéndonos imposible cruzarlas nos obligaban á nuevos rodeos. Otras veces los exploradores venían corriendo á anunciarnos nuevos obstáculos, ó el suelo erizado de gruesas rocas, ó que el que imaginábamos buen camino guiaba á profundo barranco.

Un día avanzábamos por hermoso valle cuando de súbito vimos con sorpresa abrirse ante nosotros un precipicio tan profundo que nos causó vértigo. Los robles seculares que en el fondo del abismo extendían sus copas siempre verdes, semejaban macizos de rocas negras, y gruesos insectos los búfalos que bajo ellos pacían.

Y nos internábamos cada vez más en la región de los abismos. Rocas enormes lanzadas al parecer unas sobre otras formaban salvaje caos. Los ecos repetían dos ó tres veces los juramentos de los carreteros y los relinchos de caballos y mulos. Los carros que en las llanuras nos parecían de proporciones majestuosas, allí, al pie de las rocas colosales resultaban pequeños, y desaparecían en aquellos desfiladeros cual tragados por fauces enormes.

Cascadas de escaso caudal, á las que llaman los indios «aguas que sonríen,» nos forzaban á veces á rodeos de algunos kilómetros, y la fatiga agotaba nuestras fuerzas y las de las bestias.

Cuando se dibujaba en el horizonte la silueta de los montes más altos nos parecían siempre igual, lejanos, siempre velados por las mismas nieblas.

Gracias que el cambio continuo de paisajes, excitando nuestra curiosidad, nos ayudaba á vencer la fatiga.

Ninguno de mis hombres, excepción hecha de los nacidos en las Alleghanies, había jamás visto región tan grandiosamente salvaje. Yo contemplaba admirado aquella inmensidad; donde la naturaleza dijérase complacióse arrojando unos sobre otros descomunales castillos de rocas, palacios y ciudades de piedra.

Encontramos algunos indios muy distintos de los que pueblan la llanura. Eran nó-madas é incomparablemente más salvajes. Les asustaba la vista de los blancos, y á la par despertaba en ellos instintos sanguinarios. A juzgar por las apariencias serían aún más crueles que sus hermanos del Nebraska. Eran de talla más corta y de color más negro. Sus narices anchas y ojos brillantes les daban un aspecto feroz. Sus movimientos reflejaban á la par vivacidad y timidez. Mientras hablaban apretaban con los pulgares las mejillas, pintadas de blanco y azul. Iban armados de maza y flechas, hechas éstas de un oxiacanto de montaña tan fuerte que un hombre no podía ni doblarlo siquiera. El encuentro de crecido número de estos salvajes hubiera podido sernos fatal. Su pasión dominante era el robo. Vimos pocos, quizás en conjunto no llegarían á cincuenta. Eran Tabeguachis, Vinemucas y Yampas.

Nuestro guía, que conocía todos los dialectos indios, no acertaba á comprender su lenguaje.

El camino se hizo tan difícil que á duras penas logramos avanzar quince millas diarias. Y por aquel entonces los caballos empezaron á morir, pues eran menos resistentes que los mulos y necesitaban mejor alimentación.

También los hombres sintieron que sus

fuerzas se agotaban; pues días enteros debieron auxiliar á los mulos á tirar los carros y á salvar los pasos difíciles.

La excelente voluntad que había caracterizado siempre á mis hombres empezó á decrecer en los más débiles: de algunos se enseñoreó el reuma, y uno tuvo vómitos de sangre y murió á los tres días maldiciendo el instante en que cruzó por su mente la idea de abandonar New-York. Entonces salvábamós la parte más difícil del camino, la que avanzaba junto al riachuelo que los indios llaman «Riowa.»

Cierto que no había montañas tan altas como las del Colorado, pero en cambio la región entera, hasta donde alcanzaba la vista, estaba sembrada de pedazos de rocas enormes, lanzadas sin orden, unos sobre otros.

Rocas que derechas y firmes unas, caídas otras, semejaban ruinas de colosal cementerio.

Eran en realidad los «Bad Lands» del Colorado, parecidos á los que se extienden hacia el Norte, más allá de Nebraska.

Tras una semana de inauditos trabajos logramos salir de camino tan penoso.



CAPÍTULO SÉPTIMO

LLEGAMOS á la falda de los Montes Roqueños. Me sentí sobrecogido de extraño temor al contemplar aquellas enormes masas de granito, enyuetas por la niebla, y aquellas altas cimas que coronadas por nieves eternas se pierden en las nubes.

Su imponente majestad silenciosa me hizo sentir mi extrema pequeñez; y postrándome ante el Señor omnipotente le supliqué se dignase conducir mis carros, mi gente y mi esposa á través de aquellos muros colosales.

Después de esta plegaria entré en los des-

fuerzas se agotaban; pues días enteros debieron auxiliar á los mulos á tirar los carros y á salvar los pasos difíciles.

La excelente voluntad que había caracterizado siempre á mis hombres empezó á decrecer en los más débiles: de algunos se enseñoreó el reuma, y uno tuvo vómitos de sangre y murió á los tres días maldiciendo el instante en que cruzó por su mente la idea de abandonar New-York. Entonces salvábamos la parte más difícil del camino, la que avanzaba junto al riachuelo que los indios llaman «Riowa.»

Cierto que no había montañas tan altas como las del Colorado, pero en cambio la región entera, hasta donde alcanzaba la vista, estaba sembrada de pedazos de rocas enormes, lanzadas sin orden, unos sobre otros.

Rocas que derechas y firmes unas, caídas otras, semejaban ruinas de colosal cementerio.

Eran en realidad los «Bad Lands» del Colorado, parecidos á los que se extienden hacia el Norte, más allá de Nebraska.

Tras una semana de inauditos trabajos logramos salir de camino tan penoso.



CAPÍTULO SÉPTIMO

LLEGAMOS á la falda de los Montes Roqueños. Me sentí sobrecogido de extraño temor al contemplar aquellas enormes masas de granito, enyuetas por la niebla, y aquellas altas cimas que coronadas por nieves eternas se pierden en las nubes.

Su imponente majestad silenciosa me hizo sentir mi extrema pequeñez; y postrándome ante el Señor omnipotente le supliqué se dignase conducir mis carros, mi gente y mi esposa á través de aquellos muros colosales.

Después de esta plegaria entré en los des-

filaderos con más confianza. Cuando tras de nosotros se hubieron cerrado las montañas, nos sentimos como separados del resto del género humano: sobre nuestras cabezas, muy alto, el firmamento, por cuya inmensidad volaban majestuosamente las águilas, y á nuestro rededor granito y siempre granito. Un laberinto de caminos, barrancos, grietas, precipicios, torrentes, edificios abandonados y grutas gigantescas de fantástico aspecto. Es tal la solemnidad de estos lugares, que el alma se siente embargada por tanta grandeza, y los hombres sintiendo su pequeñez sólo osan hablar en voz baja.

Parece que las montañas le cierran el paso y que una voz le grita: «Detente, el camino acaba aquí.» Y parécele también al aventurero que va quizás á violar un misterioso secreto, sellado por la mano de Dios.

De noche la luna extiende sobre las cimas un manto de plata, intensamente triste. A nuestro rededor se levantan sombras extrañas, y una emoción nueva se apodera hasta de los más audaces aventureros. Pasamos horas y horas junto á las hogueras, mirando con supersticioso terror la obscuridad de los barrancos donde mueren los fulgores rojizos. Nos parecía que ante nuestros ojos iba á surgir algo terrible.

Un día en un agujero de las rocas encontramos el esqueleto de un hombre. A juzgar

por los cabellos, que aun quedaban unidos al cráneo, era indio. A su vista nos asaltaron pensamientos de muerte, pues aquel esqueleto de mueca horrible parecía advertirnos que cuantos intentaban penetrar en el corazón de aquellas montañas, perecían.

Al mismo día un mestizo llamado Toin cayó de caballo, dió contra una roca y murió del golpe. Indecible tristeza se enseñoreó de la caravana. Hasta entonces habíamos avanzado alegremente, pero las penalidades y desgracias alejaban la alegría: ya los conductores no llamaban á las bestias gritando y jurando: la caravana avanzaba en triste silencio, sólo interrumpido por el monótono rechinar de las ruedas.

Con frecuencia los mulos se negaban á avanzar, y si un carro se detenía interceptaba el paso á cuantos seguían detrás. Tantas dificultades me exasperaban. Anhelaba pasar horas acompañado de mi esposa, pero debía doblar la vigilancia y ser el primero en dar ejemplo de firme valor é inquebrantable confianza.

Mis hombres soportaban las fatigas con la entereza propia de los norteamericanos. Sin embargo, era evidente que sus fuerzas se agotaban.

Mi salud era invencible. Pasaba muchas noches durmiendo sólo dos horas. Ayudaba á los conductores á guiar los carros, apos-

taba los centinelas, recorría el campamento, en una palabra, trabajaba doble que los demás. Para mí era evidente que la felicidad me daba fuerzas, pues cuando llegaba extenuado á mi carricoche encontraba lo que más he amado en el mundo: un corazón fiel, y una mano querida que secaba el sudor que bañaba mi frente.

Lillián, aunque algo delicada, jamás se iba á dormir hasta después de mi regreso, y si la reprochaba por ello, sellándome la boca con una mirada de ternura, me suplicaba que no me enojase.

Y cuando le rogaba que durmiese, lo hacía estrechando mi mano entre las suyas. Frecuentemente durante la noche cubriame de pieles de castores, y siempre solicita, siempre amable, se desvivía por mí, y era causa de que cada día fuese más intenso mi amor.

Y se me antojaba que surgiendo del corazón de aquellas murallas de granito, Lillián, tan pálida, tan débil, crecía hasta tocar el cielo. Ante ella desaparecían los montes inmensos, y la veía más alta, más grande que cuanto me rodeaba.

No es, pues, sorprendente que mientras los demás sentían decrecer su energía, yo la conservase entera. En el fondo del alma guardaba la íntima convicción de que teniendo á Lillián nada podía faltarme.

A las tres semanas de viaje vimos, al fin,

abrirse ante nosotros las montañas y correr á corta distancia el White-River. Los indios winta nos prepararon una emboscada y lograron sorprendernos; pero cuando las flechas empezaron á caer sobre el carricoche de Lillián, me lancé contra ellos al frente de los míos, con empuje tal que huyeron á la desbandada. Matamos dos ó tres é hicimos un solo prisionero; un joven de dieciséis años que, repuesto del natural terror, se esforzó en hacernos comprender, por medio de ademanes, que avanzando hacia el Oeste encontraríamos blancos, aserto al que se nos hacía difícil dar crédito.

Y sin embargo, el hecho resultó cierto: fácil de imaginar es el asombro y la alegría de mis hombres, cuando el día siguiente, descendiendo de elevada cima, vieron extenderse á nuestros piés un ancho valle. En él veíanse distintamente no sólo carros, sino también casas de troncos y ramas recién cortadas. Las casas estaban dispuestas formando círculo: al centro de éste se elevaba una torre fuerte y fácil de ser defendida, levantada al parecer para servir de refugio en caso de necesidad. Cruzaba la llanura un riachuelo, y en sus orillas pacía un rebaño de mulos, guardado por dos hombres á caballo.

La presencia en este valle de hombres de mi raza me causó gran sorpresa, que pronto

se trocó en temor, pues ocurrióseme que aquellas gentes podían ser criminales proscritos, refugiados en el desierto para escapar de la muerte. Sabía por experiencia que tales hombres son temibles, especialmente en los desiertos donde suelen formar agrupaciones organizadas militarmente.

A veces fundan poblaciones nuevas que, al principio, no tienen otra manera de vivir que robando á cuantos pasan por sus alrededores.

En las orillas del Misisipi, cuando dirigía el transporte de madera á Nueva Orleans, tuve con estos condenados repetidos encuentros y luchas sangrientas. Su crueldad y valor me eran sobradamente conocidos.

No los temiera á no acompañarme Lillián; pero al pensar los peligros y penalidades sin cuento que afligirían á mi esposa si teníamos la desgracia de ser vencidos, me sentí preso de profunda inquietud. Y por primera vez en mi accidentada existencia tuve miedo. Sabía que si aquellos hombres eran criminales nos atacarían, y sabía también que era muy distinto luchar con ellos que con los indios.

Advertí á los míos el peligro probable que nos amenazaba, y les di orden de prepararse á combatir. Estaba resuelto á luchar hasta la muerte para destruir aquel nido de víboras, y resolví atacarlos.

En tanto las gentes del valle nos habían visto, y del campamento salieron dos caballeros, que lanzando sus caballos á escape, vinieron á nuestro encuentro. Entonces me tranquilicé: de ser criminales no hubieran enviado mensajeros.

Poco tardamos en saber que eran cazadores, dependientes de una Compañía americana que negociaba pieles, y que habían levantado su «campamento de verano» en aquel valle. En vez del temido combate nos esperaba el más cariñoso recibimiento. Aquellos honrados cazadores del desierto nos colmaron de atenciones; nos recibieron con los brazos abiertos, y dimos gracias á Dios que, apiadándose de nuestra miseria, nos deparaba tan agradable descanso.

Mes y medio había transcurrido del día en que abandonamos el Big Bleu River: nuestras fuerzas estaban agotadas, las mulas medio muertas: en aquel valle descansaríamos una semana gozando de absoluta seguridad, de comida abundante para nosotros, y de excelente hierba para las bestias: era casi la salud.

Mr. Thornston, el jefe del campamento, hombre inteligente y de esmerada educación, al saber que yo era jefe de la caravana, me favoreció con su amistad y me cedió su propia casa para que la habitara con Lillián, cuya salud estaba algo quebrantada.

Le hice guardar cama dos días. Estaba tan extenuada que durante las primeras veinticuatro horas apenas abrió los ojos. Y yo cuidaba que nada le faltara. Me senté junto á la cabecera de su lecho y pasé las noches velándola. A los dos días sintióse con fuerzas necesarias para salir, pero le impedí que hiciera trabajo alguno. También mis hombres todos pasaron los primeros días durmiendo á pierna suelta. Las penalidades, las fatigas pasadas habían agotado sus energías. Hasta que el reparador descanso se las hubo devuelto no nos ocupamos en remendar nuestros vestidos.

Aquellos intrépidos cazadores se complacían ayudándonos. Eran en su mayoría canadienses contratados por la Compañía. Durante el invierno cazaban castores, skunks y otros animales.

En verano levantaban su campamento en el valle que más les gustaba, y en él se hallaban aún quizás mejor que en los grandes talleres, y trabajaban y preparaban por un procedimiento especial las pieles, y luego organizaban convoyes y las enviaban hacia el Este. Aquellos hombres, contratados por determinado número de años, trabajaban con celo. Vivían en regiones salvajes donde abundan toda clase de animales y donde les amenazaba constantemente el peligro de ser atacados por los pieles rojas. Ciertamente es que

cobraban crecidos sueldos, pero muchos no trabajaban por el dinero, sino por amor á la vida del desierto, fecunda en aventuras.

Para tal oficio son preferidos hombres robustos, de salud inmejorable, capaces de vencer todo peligro y de sobrellevar todas las penalidades. Su alto talle, sus gorras de pieles y sus largas carabinas recordaban á Lillían los cuentos de Cooper. Excitaron su curiosidad y se complacía haciéndoles preguntas acerca de su vida y de las costumbres que regían en sus campamentos. En aquél reinaba la más rigurosa disciplina.

Thornston, el jefe de la Compañía, y á la vez su representante, mandaba á sus hombres á lo militar.

En una palabra, eran gentes muy honradas y amables.

También á ellos les complació nuestra caravana, y aseguraron no haber visto otra en que reinara tan excelente disciplina.

Thornston, en presencia de todos los míos, elogió mi idea de tomar el camino del Norte, en vez de el de San Luis y Kansas. Nos dijo que por el de San Luis una caravana de trescientos hombres, dirigidos por un aventurero llamado Marchwood, habían tras múltiples sufrimientos perdido todas las bestias de tiro, y luego sido vencidos y muertos por los indios arapahoes.

A los canadienses se lo contaron los ara-

pahoes, á quienes habían vencido en sangriento combate, cogiéndoles numerosas cabelleras, arrancadas junto con la piel del cráneo y, entre otras, la del infortunado Marchwood.

Estas noticias causaron á mis gentes profunda sensación; Smith, el viejo veterano, que antes se había opuesto tenazmente á que nos dirigiéramos á través del Nebraska, declaró en presencia de todos que mi experiencia superaba á la suya, y que necesitaba de mis consejos.

Durante la estancia en aquel hospitalario campamento, restauramos nuestras fuerzas asaz maltrechas por tanto sufrimiento. Y además de la íntima amistad que llegó á unírnos con Mr. Thornston, conocí á Mick, el célebre aventurero cuyos hechos le hicieron popular en todos los Estados de Norte América. Este hombre, que no era de los del campamento, había cruzado los desiertos acompañado de otros dos intrépidos exploradores, Lincoln y Kit Carson.

Hombres extraordinarios, los tres solos habían sostenido serios combates con numerosas tribus indias.

Su habilidad, su valor incomparable y la superioridad de sus armas, les habían dado siempre la victoria. El nombre de Mick (de cuyas aventuras se han publicado varias relaciones), era tan temido de los indios, que

daban á sus palabras más fuerza y valor que á un tratado con los Estados Unidos. El Gobierno se sirvió de sus excelentes oficios como mediador, y los premió nombrándole gobernador del Oregón.

Cuando le conocí tendría unos cincuenta años, pero su cabello era negro como el plumaje del cuervo, y su mirada altiva y bélica respiraba, sin embargo, bondad y ternura.

La fama pregonaba que era el hombre más fuerte de los Estados Unidos, de manera que el día que luchamos y le vencí, sus compañeros quedaron asombrados, pues fué aquella la única vez que otro hombre superó sus fuerzas.

Explorador de corazón generoso amaba mucho á Lillián, y se complacía elogiando sus virtudes y belleza. El día de nuestra marcha le regaló unas chinelas de piel de corzo, hechas por él. Oportuno fué el presente, pues ya no quedaban á mi esposa ni un par de zapatos buenos.

En fin, restauradas nuestras fuerzas y provisto de datos preciosos acerca los caminos que debíamos seguir y los que debíamos evitar, proseguimos el viaje.

Nos aprovisionamos de caza salada; más aún, el generoso Thornston se quedó con las peores de nuestras mulas, dándonos á cambio otras suyas fuertes y descansadas.

Mick, que conocía la California, nos contó maravillas de este delicioso país, de sus riquezas naturales y de su clima suave, de sus espléndidos bosques de encinas y de sus montañas más grandiosamente hermosas que cuantas se admiran en los Estados Unidos.

La alegría y las esperanzas lisonjeras se enseñorearon de nuestros corazones: ¡tan lejos estábamos de imaginar siquiera las desgracias que nos esperaban antes de pisar aquella tierra de promisión!

Al partir agitamos largo tiempo gorras y sombreros, dando á nuestros amigos y protectores nuestro postrer adiós.

Este día quedó indeleblemente grabado en mi corazón, porque después de la comida, mi Lillán, la estrella querida de mi existencia, acercándose sus labios al oído, ruborosa, temblando de emoción y hablando quedo me confió un secreto. Oí la feliz confianza, caí á sus piés y llorando de alegría le cubrí las manos de besos y de lágrimas.



CAPÍTULO OCTAVO

ALAS dos semanas de marcha, habíamos cruzado el Utah. Esta parte del viaje, aunque difícil, se hizo con mayor rapidez que las anteriores. Nos faltaba aún salvar la parte oriental de los montes Roqueños, donde se extiende el desfiladero llamado Wasatch Range. Dos caudalosos ríos, el Greem y el Great River, que al unirse forman el inmenso Colorado, y sus numerosos afluyentes, cortan las montañas por todos lados y dificultan el paso del viajero. Avanzando por donde podíamos llegamos, al cabo de algún tiempo, á Utah

Mick, que conocía la California, nos contó maravillas de este delicioso país, de sus riquezas naturales y de su clima suave, de sus espléndidos bosques de encinas y de sus montañas más grandiosamente hermosas que cuantas se admiran en los Estados Unidos.

La alegría y las esperanzas lisonjeras se enseñorearon de nuestros corazones: ¡tan lejos estábamos de imaginar siquiera las desgracias que nos esperaban antes de pisar aquella tierra de promisión!

Al partir agitamos largo tiempo gorras y sombreros, dando á nuestros amigos y protectores nuestro postrer adiós.

Este día quedó indeleblemente grabado en mi corazón, porque después de la comida, mi Lillán, la estrella querida de mi existencia, acercándose sus labios al oído, ruborosa, temblando de emoción y hablando quedo me confió un secreto. Oí la feliz confianza, caí á sus piés y llorando de alegría le cubrí las manos de besos y de lágrimas.



CAPÍTULO OCTAVO

ALAS dos semanas de marcha, habíamos cruzado el Utah. Esta parte del viaje, aunque difícil, se hizo con mayor rapidez que las anteriores. Nos faltaba aún salvar la parte oriental de los montes Roqueños, donde se extiende el desfiladero llamado Wasatch Range. Dos caudalosos ríos, el Greem y el Great River, que al unirse forman el inmenso Colorado, y sus numerosos afluyentes, cortan las montañas por todos lados y dificultan el paso del viajero. Avanzando por donde podíamos llegamos, al cabo de algún tiempo, á Utah

Labre, donde empiezan las tierras de sal. Entonces se extendió ante nosotros un país extraordinario, triste, monótono, de grandes valles, circundados de altas rocas. A unas montañas sucedían otras, siempre semejantes, sin variación alguna. Y su vista nos causaba extraño entumecimiento, y nos parecía hallarnos en los desiertos bíblicos. Los lagos son salobres y sus orillas estériles. La tierra contiene sal y potasa. La cubre una vegetación gris de largas hojas, que al ser rotas despiden un polvo blanco semejante á la sal. El viaje es extenuante. Nuestras fuerzas decrecen, y se enseñorean de nuestras almas tristes pensamientos de muerte.

Pronto mis hombres miraron con estoica indiferencia cuanto les rodeaba. Pasamos Utah, y la aridez de aquellas tierras continuaba siendo horrible. Entramos en la Nevada, ¡y siempre igual! Era tan ardiente el sol que nuestras cabezas hervían. De la blanca capa de sal que cubría la tierra, desprendíanse reflejos tan vivos que nos deslumbraban, y enrarecía el aire un polvillo finísimo que inflamaba los párpados. De vez en cuando un animal de tiro caía víctima de un ataque de insolación para no levantarse jamás. No obstante, la mayoría de los emigrantes se animaba pensando que dentro breves días aparecería en el horizonte la Sierra Nevada,

y tras ella la anhelada California. Pero pasaban días y semanas, y las penalidades aumentaban. En el decurso de una semana fuimos obligados á abandonar tres carros por carecer de animales de tiro.

¡Oh! ¡era una tierra de desgracia y de miseria! En la Nevada el terrible aspecto de la peste vino á aumentar nuestras desgracias, sentando sus reales en la infortunada caravana.

Una mañana mis hombres me anunciaron que Smith estaba enfermo: fuí á visitar y vi con horror que el tifus había herido al viejo minero. En esos climas terribles, el trabajo excesivo y el reposo escaso desarrollan los gérmenes de esa enfermedad. Lillián, á quien Smith amaba cual si fuera su propia hija, se empeñó en cuidarle.

Viva inquietud me causó su empeño, pero no podía impedirle el ser buena cristiana. Pasó en el carricoche del anciano días enteros, y le veló las noches en que era mayor la gravedad. Sus tías Atkins y Grosvenor imitaron su ejemplo. El segundo día de la enfermedad perdió el conocimiento, y el octavo murió en brazos de Lillián. Yo mismo cavé su sepulcro, y lo deposité en él derramando lágrimas sobre los restos del que había sido siempre no sólo mi ayuda y mi brazo derecho, sino un verdadero padre para Lillián y para mí. Alentábamos la esperanza de que

después de sacrificio tan doloroso Dios se apiadaria de nosotros; pero aquella fué la primera de una larga serie de pruebas: apenas enterrado Smith, se sintió enfermo otro minero, y de entonces no pasó día sin que un nuevo atacado aumentara el contingente... Así avanzábamos tristemente á través del desierto, y el tifus nos seguía incansable sin nunca saciarse de víctimas. La enfermedad atacó á tía Atkins: gracias á los desvelos de Lillián pudo vencerse.

Mientras Lillián asistía á los enfermos, pasaba yo angustias de muerte, avanzando solo, rodeado de densas tinieblas, al frente del convoy. Apoyada mi cabeza en la palma de la mano, la estrechaba con fuerza y elevaba á Dios una plegaria ardiente, febril. Le pedia se apiadara de ella, sin nunca atreverme á pronunciar el «Hágase tu voluntad y no la mía.» A veces, durante la noche, me despertaba de súbito y saltaba del lecho: soñaba que la muerte abría la puerta de mi carricoche y que venía á arrebatarme á Lillián.

Las horas que pasaba lejos de ella eran para mí horas de ansiedad y tormento; sentía la soledad del que vive lejos de cuanto ama. Lillián había resistido todas estas pruebas. Veía á los hombres más robustos caer. Cierto que había enflaquecido, que bañaba su rostro triste palidez pero con-

servaba una robustez relativa é iba de carro en carro animosa y alegre. Ni me atrevía á preguntarle por su salud; sólo anhelaba colmarla de atenciones, hacerla un poco menos desgraciada, y anhelaba también hablarle, confiarle mis temores; pero algo extraño oprimía mi garganta con fuerza tal, que no lograba pronunciar palabra.

Pasamos días: gradualmente la esperanza fué renaciendo en mi corazón, y ya no oía resonar junto á mis oídos aquellas terribles palabras de la Biblia: «El que adorare y sirviere á la criatura más que al Creador...» Llegábamos á la parte occidental de la Nevada, donde, salvada la ancha faja de los lagos secos, acaban la tierra de sal y las rocas desnudas. Dos días llevábamos sin deber lamentar nuevos enfermos. Me alegré pensando que nuestros males habían concluido, y ¡cuánto nos convenía que así fuese! Nueve de mis hombres habían muerto, seis seguían enfermos, y además el contagio había quebrantado no poco la disciplina. De los caballos apenas quedaba uno vivo, y las mulas parecían esqueletos.

De los cincuenta carricoches que contábamos al abandonar el campamento de verano, sólo treinta y dos rodaban á través del desierto. El bosque estaba lejos, y temiendo separarse excesivamente de la caravana y no poder ser socorrido en caso de necesidad,

nadie salía á cazar y nuestras provisiones disminuían. Deseando economizarlas pasamos una semana comiendo ardillas de tierra negra, pero su pésima carne nos disgustaba en extremo, y lo peor del caso era que ni aún aquella desagradable comida lográbamos procurarnos en cantidad suficiente.

Pasados los últimos lagos secos abundaron más la caza y la hierba. Volvimos á encontrar indios, y contra su costumbre nos atacaron en pleno día y en medio de la llanura. Durante el combate recibí un hachazo en la cabeza, y fué tal la herida, que, por efecto de la sangre perdida, la tarde de aquel día infausto sufrí un desvanecimiento. Debí permanecer tres días tendido en el carricoche, días felices porque ella, mi esposa, no se separó un instante de mi lado, y me curaba la herida y me atendía cual la más amante de las madres al más querido de sus hijos. Al tercer día creí poder montar á caballo, pero mis deseos me engañaron. Entonces comprendí cuánto habían quebrantado mis fuerzas las continuadas fatigas y cuán grande era mi debilidad. Había enflaquecido extraordinariamente, lo que hacía padecer á Lillán las mismas inquietudes que antes yo padeciera por ella. Al fin cesaron los desvanecimientos, y pude montar el único caballo que nos quedaba y dirigir rápidamente la caravana, pues á forzar la marcha me obliga-

ron señales extrañas, síntomas alarmantes. Sufríamos un calor casi sobrenatural, y ardía el aire cual hálito de inmensa hoguera. El horizonte era triste y sombrío. Cubría el cielo densa humareda gris. De los animales de tiro se apoderó un decaimiento insólito, y respiraban penosamente abierta la boca, levantada la cabeza, cual si buscasen aire más puro... Y nosotros respirábamos fuego.

Creí que la causa del calor era el viento que venía del desierto de Gila, viento cuyos efectos extraordinarios, ya en el Este me ponderaron. Sin embargo en la llanura reinaba la calma, y no se agitaban ni hierbas ni flores.

Al morir la tarde, el sol se escondía rojo cual mancha de sangre, y sucedíanse noches sin estrellas, tan oscuras que daban horror. Los enfermos pedían á gritos agua, y los perros aullaban toda la noche. Me aventuré algunas millas para cerciorarme de que la llanura no ardía, y vi que eran infundados mis temores. Me tranquilicé, convencido de que el humo procedía de un incendio extinguido.

Un día me asombró ver liebres, antílopes, búfalos y hasta ardillas precipitarse hacia el Este cual si huyeran de la California, á la que nos dirigíamos á costa de tantas fatigas. Pero como aquel día fuese más puro el aire y menos intenso el calor, supuse que

habiendo un incendio arrasado aquellas tierras, huían á otras en busca de alimento.

Nos precisaba avanzar hasta el teatro del incendio, y ver si podíamos cruzarlo ó si nos forzaba á nuevo rodeo. Según mis cálculos nos hallábamos á trescientas millas de Sierra Nevada, ó sea á unos veinte días de marcha regular. Resolví llegar hasta ella, haciendo un postrer esfuerzo que, de no justificarlo la necesidad, hubiera sido inhumano exigir de mis hombres extenuados. Viajábamos de noche, porque durante el día el calor era insoportable.

Una noche no pudiendo tenerme á caballo por causa de mi debilidad y de mi herida, me había sentado en el carricoche al lado de Lillián. De súbito me sorprendieron el extraño rechinar de las ruedas y los gritos de «¡Alto!» repetidos de un extremo á otro del convoy. Salto del carro, y á la luz de la luna veo á los carreteros inclinados examinando la tierra con atención.

Al verme uno grita: «¡Capitán, andamos sobre carbón!» Me inclino y toco la tierra, y... en efecto, avanzábamos sobre una llanura incendiada. Mandé detener la caravana y esperar la salida del sol.

Al amanecer, un espectáculo maravilloso hirió nuestros ojos: la llanura que se extendía hasta confundirse con el horizonte era toda negra: no sólo arbustos y hierbas ha-

bían sido quemados, sino que también la tierra era tan negra y tan brillante, que en ella se reflejaban como en un espejo las piernas de los caballos y las ruedas de los carricoches.

No podíamos ver los límites del incendio, pues el humo cubría el horizonte; pero sin titubear di orden de retroceder hacia el Sud. Sabía por experiencia qué era viajar por tierras incendiadas, donde no se encuentra ni una hierba para las bestias. Viendo que el fuego empujado por el viento se había extendido hacia el Norte, esperaba que dirigiéndonos hacia el Sud halláramos tierras más hospitalarias.

Mis compañeros me obedecieron, pero con recelo, pues sólo Dios sabía cuánto retardábamos el término del viaje. Al mediodía, durante el alto, disminuyó el humo, pero el calor fué tan excesivo que á duras penas podíamos respirar: de súbito se operó un cambio maravilloso.

La niebla y el humo se desvanecieron y, cual mágica evocación, surgió ante nosotros la Sierra Nevada, verde, sonriente, vestidas de nieve sus cimas altivas, tan cerca que distinguíamos las fragosidades de las montañas, los lagos sonrientes, los bosques vestidos de primavera. Nos parecía que una brisa fresca, perfumada por los bosques de abetos, venía á besar nuestras frentes cru-

zando los campos quemados, y que á las pocas horas alcanzaríamos las colinas floridas.

Al verlas mis hombres, extenuados por las miserias de aquel desierto, no cabían en sí de contentos. Unos cayeron de rodillas llorando de alegría, otros elevaban sus brazos al cielo y reían con risa de histéricos, otros palidecieron y no lograron articular palabra.

También Lillán y yo lloramos de alegría; pero yo sin acertar á volver de mi asombro, pues según mis cálculos al menos distábamos de California ciento cincuenta millas. Y sin embargo no había duda, las montañas estaban allí ante nosotros, y nos sonreían á través de los campos negros, y parecía que compasivas se acercaban y cariñosas se inclinaban para consolarnos, y nos invitaban á correr hacia ellas.

No habían transcurrido las horas del descanso, y ya mis hombres no querían ni oír hablar siquiera de alto más largo: hasta los enfermos, á través de la tela que cubría los carros-hospitales, alargaban los brazos y extendían las manos suplicándonos engancháramos los mulos y prosiguiéramos la marcha.

Animosos emprendimos el camino, y al triste gemir de las ruedas sobre la tierra carbonizada, respondían chasquidos de látigos, y gritos y cantos.

Viajar sobre tierra ardiente era en aque-

llos momentos un juego, una alegría, porque á pocas docenas de millas estaba California, la tierra de hermosas montañas nevadas... Y seguimos adelante sin desfallecer. De súbito el humo cubrió otra vez aquella visión espléndida. Pasaron horas, el horizonte se vistió de púrpura, murió el día, apareció la luna y la noche extendió sobre los campos negros su manto de misterios.

Brillaban en el cielo las estrellas, y seguíamos avanzando siempre, sin parar ni un instante para cobrar aliento. Era evidente que las montañas estaban más lejos de lo que creíamos. La media noche sería cuando los mulos empezaron á relinchar y á pararse. Una hora después la caravana se detuvo, porque la casi totalidad de los mulos habían caído extenuados. Los hombres se empeñaron en hacerles levantar, pero fué en vano. Aquella noche nadie durmió. Al despuntar el día clavamos con ansiedad loca la mirada en el horizonte, y... nada. Hasta donde la vista alcanzaba se extendía un desierto, triste, sombrío, monótono, limitado por una línea negra que cortaba el horizonte. De las montañas de la víspera sólo quedaba el recuerdo.

Los hombres estaban atónitos. Entonces comprendí que habíamos sido víctimas del espejismo... y temblé. ¿Qué hacer? ¿Seguir adelante?... La llanura ardiente se extendía

á centenares de millas. ¿Desandar lo andado hasta el límite de esta tierra quemada? Los mulos se negarían á ello, y si les obligáramos, sus fuerzas no llegarían á tanto.

¿Qué hacer?... y sin embargo, urgía tomar una resolución. Monté á caballo y me interné, ordenando á la caravana que no avanzase: con el auxilio de un anteojo descubrí larga extensión. A corta distancia vi una mancha verde: andé una hora y llegué á ella: era un lago cuyas orillas conservaban plantas verdes respetadas por el fuego.

La llanura incendiada se extendía más allá del alcance de mi anteojo. Era necesario, urgente que la caravana retrocediera. Volví grupas al caballo: creía hallar los carros donde los había dejado, pues al partir di orden de esperarme; pero durante mi ausencia, desobedeciendo mis instrucciones, los hombres obligaron á los mulos á levantarse y la caravana prosiguió la marcha. A mis preguntas contestaron invariablemente: «Las montañas están allí; queremos llegar á ellas.» Ni les reprendí por su insubordinación, ni siquiera intenté hacer prevalecer mi autoridad, pues comprendí que no existía poder humano capaz de detenerles.

Quizás hubiera retrocedido con Lillían, pero tampoco estaba allí mi carricoche: Li-

llían acompañada de tía Atkins siguió á la caravana... ¡Y siempre adelante! De nuevo la noche extendió su manto y nos obligó á detenernos. Sobre la llanura incendiada se levantó una luna lúgubre, iluminando la tierra negra.

Por la mañana sólo prosiguieron la marcha la mitad de los carros, pues habían muerto los mulos que tiraban los restantes. El calor era terrible: los rayos del sol, absorbidos por la tierra ardiente, enrarecían el aire hasta hacerlo de fuego. Y... ¡adelante! un enfermo expiró entre convulsiones terribles: nadie intentó enterrarlo. Lo extendimos sobre la llanura, y... siempre adelante, con la tenacidad de la desesperación.

El agua del lago hasta cuya orilla llegara el día anterior, refrescó por un momento las fuerzas de los hombres y de las bestias, pero no logró restaurarlas. Treinta y seis horas hacía que los mulos no comían hierba, y sólo se alimentaban de la paja que retirábamos de los carricoches: recurso del que pronto carecerían.

Sus cadáveres sembraron nuestra ruta: á los tres días sólo nos quedaba un mulo. A viva fuerza lo cogí para Lillían. Los carros y los útiles que debían servirnos para ganarnos el pan en California fueron abandonados en el desierto. Todos avanzábamos á pie menos Lillían.

Pronto nos amenazó un nuevo enemigo... ¡el hambre!

Parte de las provisiones habían sido abandonadas en los carros... Cuantas llevó cada uno, se habían comido, y no había en nuestro rededor medio de subsistencia: todo era árido y quemado.

De los hombres de la caravana era yo el único que conservaba unos bizcochos y un pedazo de carne salada: los guardaba para Lillían, y estaba dispuesto á matar á quien osara pedirme los. No comía nada, y la llanura horrible se extendía sin fin.

Cual si deseara acrecentar nuestras torturas, al mediodía surgió de nuevo el espejismo, mostrándonos montañas y bosques y lagos... la siguiente noche fué la más terrible de las sufridas hasta entonces.

Todos los rayos del sol que durante el día absorbiera la tierra, durante la noche nos quemaban los piés y secaban la garganta. Un hombre enloqueció; sentóse en el suelo y empezó á reir de modo que daba miedo. Aquellas carcajadas lúgubres nos persiguieron largo tiempo á través de la horrible obscuridad. La mula que montaba Lillían cayó extenuada: los hombres hambrientos la despedazaron en un abrir y cerrar de ojos; poco era para satisfacer á doscientos hambrientos.

Pasó el día cuarto y pasó el quinto igualmente tristes.

El hambre convirtió á mis compañeros en aves de rapiña. Se miraban unos á otros con rabia, con algo peor que la rabia. Sabían que yo tenía algunas provisiones, pero sabían también que pedirme las era morir. Las daba á Lillían sólo cuando eran más densas las tinieblas de la noche para que no la viesen comer.

Al dárselas me suplicaba, en nombre de lo más sagrado, que tomara mi parte, pero le contestaba amenazándola con dispararme un balazo al corazón si insistía.

Lillían logró burlar mi vigilancia dando algunos bizcochos á las tías Atkins y Grosvenor. El hambre me despedazaba las entrañas con mano de hierro, y la herida de la cabeza hervía.

Durante cinco días no había probado otra cosa que el agua del lago. El pensamiento de que teniendo pan y carne podía ser tentado á comer llegó á torturarme; tuve miedo de que la herida de la cabeza me volviera loco y llegase á probar aquellos alimentos.

—¡Señor, grité, alejad de mí toda flaqueza; que mi mano no tome lo destinado á Lillían!

Pero el Señor no escuchaba mis plegarias.

La mañana del día sexto vi con horror unas manchas rojas en el rostro de Lillían: sus manos quemaban, su respiración era anhelante. De súbito fijó en mí una mirada

vaga henchida de tristeza, y me dijo hablando aprisa, cual si temiera perder la serenidad:

—¡Ralph, dejadme aquí, salvaos; para mí no hay esperanza!

Rechiné de dientes, sentí anhelos de gritar, de blasfemar; pero logré vencerme, y cogiéndole las manos se las estreché con ternura.

Mis ojos, nublados por la desesperación, creían ver destacarse en el aire letras que moviéndose incansables, vertiginosas, me perseguían formando aquellas palabras terribles: «Quien adorare y sirviere á la criatura más que al Criador...»

Sentí cual si me clavaran una flecha en el corazón. Entonces fijando la mirada en los cielos despiadados, grité con el alma ardiendo en ira: «¡Yo!» Y... comenzó la expiación: ¡mi único tesoro, mi santa y amada mártir iba á morir!

Ignoro como yo aún vivía, pues era insensible al hambre, al calor, á los sufrimientos. Ante mí no veía ni mis hombres ni la llanura incendiada, sólo veía á Lillián. Aquella noche se agravó considerablemente. Perdió el conocimiento. Gemía, y en voz temblorosa murmuraba: «¡Ralph, agua... por Dios! ¡cuánto sufro!» ¡Y yo sólo poseía carne salada y bizcochos secos! Desesperado me herí el brazo con un cuchillo para con

mi sangre humedecer sus labios. Recobró el conocimiento, lanzó un grito, y luego cayó en profunda postración de la que temía no verla salir.

Cuando volvió en sí me pareció quería decirme algo, pero la fiebre que la devoraba le impidió hablar. Sólo murmuró estas palabras:

—¡Ralph, no te aflijas, soy tu esposa!

Al séptimo día la Sierra Nevada apareció por fin en el horizonte... A medida que el sol iba al ocaso se extinguía la vida de Lillián.

Al sentir la proximidad del instante supremo la coloqué sobre la tierra ardiente y me arrodillé á su lado. Sus grandes ojos, intensamente abiertos, se clavaron en mí, parecieron animarse un instante, y balbuceó: «¡Esposo mío!...» Un gran temblor se apoderó de su cuerpo, sus ojos se llenaron de terror y expiró...

Yo me arranqué las vendas de la cabeza y perdí el sentido. No recuerdo qué pasó. Tendido en una especie de litera comprendí, de modo vago, que los que me rodeaban cogían mis armas; cavaban un hoyo... y luego en mi delirio sólo me perseguían aquellas palabras terribles: «Quien adorare y sirviera á la criatura más que al Criador...»

Al cabo de no sé cuántos días recobré el conocimiento en California, en la casa de un colono llamado Noskyski. Cuando estuve

en parte restablecido partí para la Nevada. La llanura estaba vestida de hierba joven, del más alegre verde, y me fué imposible hallar la tumba de Lillián: hoy ignoro dónde descansan sus restos sagrados.

¿Qué hice, Dios mío, para que te alejaras de mí, y por qué me abandonaste? Lo ignoro.

Si me hubiera concedido llorar una hora al menos sobre su tumba, la vida me pareciera más soportable.

De entonces que todos los años voy á la Nevada, y siempre la busco en vano. Largos años hace que pasaron aquellas horas terribles, y mis labios infortunados han repetido muchas veces: «¡Hágase, Señor, tu voluntad!» ¡Pero sin Lillián, cuán amarga es la vida!

El hombre tiene la obligación de vivir entre sus semejantes, y hasta á veces debe sonreír; pero el corazón ama, sufre y recuerda.

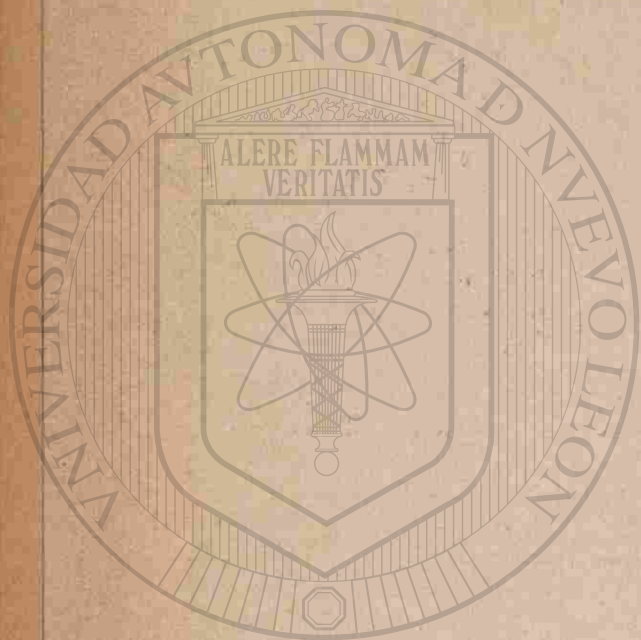
Soy viejo; pronto emprenderé otro gran viaje, el viaje á la eternidad. Y sólo le pido al Señor, que en las llanuras celestes encuentre mi esposa añorada, para nunca jamás separarme de ella.

DIRECCIÓN GENERAL DE

FIN



De entonces que todos los años voy á la Nevada, y siempre la busco en vano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de la novela titulada: *¡Sigámosle!* seguida de la titulada: *Lillián*, originales de Enrique Sienkiewicz, mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final de la obra y entréguese dos ejemplares de la misma rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

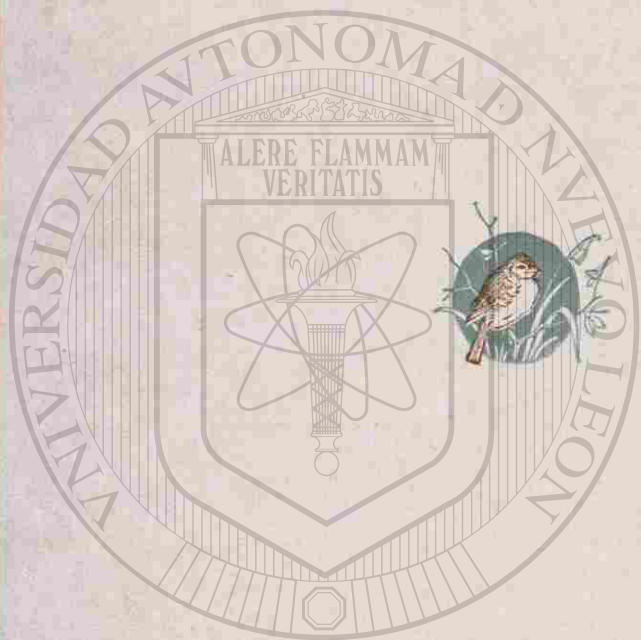
Barcelona, 8 de Enero de 1904.

El Vicario General
† RICARDO, obispo de Eudoxia

Por mandado de Su Señoría

LIC. JOSÉ M.^a DE ROS, Pbro., *Scrio.*





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

AÑO DE 1904

LIB.-TIPOGRAFÍA

* CATÓLICA *





AD AUTÓNOMA DE NUE
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE